

14



Alexis Rosas

La Masacre
de Cantaura



Fondo Editorial Ipasme

COMANDANTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRIAS †
LIDER SUPREMO DE LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

Nicolás Maduro

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Arreaza

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



COLECCIÓN



Alexis Rosas

La Masacre
de Cantaura



Fondo Editorial Ipasme

La masacre de Cantaura

Alexis Rosas

Deposito Legal:lf6512013800535

ISBN:978-980-401-172-6

Montaje: **Luis Durán**

Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, Republica Bolivariana de Venezuela.

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: 0058.212.6335330

Fax: 0058.212.6329765

A la memoria de los caídos

A sus familiares

Al pueblo de Cantaura

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin la colaboración del Dr. Rafael Hurtado, una de las personas más conocedoras de la Masacre de Cantaura, quien me puso en contacto con valiosos textos escritos por él y por otros ciudadanos, los cuales me permitieron la reconstrucción de los hechos. Además, ha sido Hurtado quien ha mantenido vivo el recuerdo de las víctimas escribiendo artículos todos los años, buscando de esa manera que el suceso que enlutara familias de Anzoátegui, Caracas y el exterior, no fuese enterrado en las catacumbas del olvido, lo que para mí debe ser el empeño de todo revolucionario. De hecho, después de la primera versión de este libro, Hurtado escribió otro, bajo el título de Cantaura: la masacre anunciada. Bien por él. Mientras más se escriba sobre estos hechos, más contribuiremos a su esclarecimiento.

El agradecimiento lo hago extensivo a mi hermano Bladimir, por haberme puesto en

contacto con personas que, en su oportunidad, tuvieron vinculación directa con los hechos y a éstas por haber accedido a declarar.

Ignacio Ramírez Romero, amigo, compañero de luchas en este camino en que nos metimos desde hace años en defensa de los derechos humanos, él como abogado, presidente de la Federación de Derechos Humanos durante muchos años, y yo como periodista.

Mi agradecimiento, también, al colega Diógenes Carrillo, revolucionario de vieja data, exguerrillero, quien me alentó a la reimpresión del siguiente texto, corregido. Diógenes ha sido igualmente un ardoroso defensor de las causas justas, y especialmente de los derechos humanos, tanto en la IV como en esta, la V República.

Finalmente, vaya mi agradecimiento a José Vicente Rangel, quien me sugirió la idea de escribir este libro; él, de siempre comprometido en la defensa de los humildes, mantiene una campaña tendiente a esclarecer muchos casos de crímenes y desapariciones de ciudadanos en los tenebrosos años 60, 70 y 80, algunos de los cuales relatamos en las siguientes páginas.

“La vida pende de un hilo. Ella es muy susceptible y la señora muerte nos acompaña desde el primer momento en que cobramos vida. Por ello debemos tomarla como compañera obligatoria para todas las correrías del mundo, y así como vivimos con intensidad y alegría, así debemos morir”

Carlos Alberto Zambrano Mira
Caído en Cantaura

“El revolucionario auténtico respalda con la muerte el acto de vivir en rebeldía”

Orlando Araujo

No al olvido

Octubre de 1982 fue un mes de noticias escandalosas en Venezuela. Un falso jeque se vaciló como le vino en gana a la alta sociedad vanidosa de Caracas, se acostó con sus mujeres de porcelana, se bebió sus vinos importados y se llevó su plata pulida, en una acción que, entre las clases más pobres, causó hilaridad como nunca antes había sucedido. La verdad es que fue risible la forma como el jet-set caraqueño, en su adulancia sin límites a todo lo que oliera a riqueza, cayó en las garras del supuesto jeque y se dejó manipular inocentemente.

El “jeque” había llegado al país, procedente de nadie sabe dónde. Tampoco nadie se lo preguntó. Simplemente, lo vieron como el anhelado magnate de los dólares fáciles y se le tiraron en los brazos con velocidad de prostíbulo. Y el jeque disfrutó de las mieles del pubis millonario que sin sonrojo alguno se abrió ante él, ofreció villas y castillos, a cambio de los cuales consiguió mucho dinero; después desapareció. Todavía lo andan buscando. O mejor dicho, nunca lo buscaron, porque los afectados prefirieron el silencio estratégico a la publicidad negativa.

Octubre fue también el mes en que la dirigencia política trataba de saludar a la bandera mil veces pisoteada, planteando la necesidad de reformar la Ley de Salvaguarda para incluir el delito de cobro de comisiones, que a partir de ese momento, en lugar de disminuir, se amplió como el cáncer que, transformado en metástasis, acabaría con la Cuarta República.

Fue también, cómo no, el mes de la polémica pública entre la izquierda y la derecha de cara a las elecciones del año siguiente.

La única noticia positiva sería el Premio Nóbel de Literatura para Gabriel García Márquez, tan colombiano como venezolano, tan latinoamericano como universal.

El 4 de octubre amaneció tan tranquilo que nada hacía presagiar que sería un día de muerte y desolación para buena parte del país, porque, en la mañana, murió Lorenzo Fernández, excandidato presidencial de Copei, una de las más conspicuas figuras de la política venezolana de aquellos tiempos; y la hermosa Maye Brandt, Miss Venezuela 1980, se suicidó en el interior de su residencia, en Baruta, disparándose en la sien. Era la esposa del actor Jean Carlo Simancas y tenía apenas 21 años; el arma que utilizó fue una pistola que le había regalado la Policía Metropolitana. Fue una fugaz que permanece en el recuerdo de mucha gente.

12

Aún no había amanecido ese mismo día, cuando a 400 kilómetros de Caracas, en las cercanías de Cantaura,

“la muerte tomó posiciones de asalto en alevoso cerco de exterminio”, para decirlo en palabras del padre de una de las víctimas. Luego, vestida con uniformes de la Disip, la PTJ y la Guardia Nacional, apoyada en aviones Bronco y Canberra, desató su ira sobre 23 jóvenes idealistas que pudieron haber sido rendidos fácilmente, y sembró el terror y la destrucción como nunca antes había sucedido en este tipo de confrontación, pues la masacre fue la más grande ocurrida durante los veinte años de la lucha antiguerrillera.

Por eso no ha sido ni será olvidada jamás. Cada año esta población del centro del estado Anzoátegui se reúne en un acto al cual acuden gentes de todo el país, en afligido recuerdo de las víctimas. Bajo la consigna de ¡No al olvido!, estudiantes, artistas, cantantes, escritores, poetas, obreros, amas de casa, profesionales y autoridades, cada 4 de octubre, rinden respetuoso homenaje a la memoria de los caídos, al tiempo que condenan el insólito suceso ocurrido durante el Gobierno de Luis Herrera Campíns.

Pero hasta ahora, igual que ha sucedido en otros casos similares como las masacres de El Amparo y el Caracazo, desde que se instauró la democracia después de la caída de Pérez Jiménez, las familias no han recibido el consuelo de una investigación imparcial que ponga a los autores del abominable hecho a los pies de la justicia. Muchos de los culpables, entre ellos el autor de la fatídica orden, el general Vicente Luis Narváez Churión, han fallecido cristianamente, en sus

camas de “hombres buenos y soldados de la patria”, cobijados por el manto de la impunidad odiosa con la que el Poder Judicial los ha protegido durante casi un cuarto de siglo. Otros, como el tristemente célebre Remberto Uzcátegui –gendarme del odio como ningún otro--, disfrutaron a plenitud del retiro obligado después de sus meritorios servicios a una generación política que hizo del negociado, de la corrupción y de las malas costumbres su apostolado. Apenas en el Gobierno del presidente Chávez se han dado algunos tímidos pasos por castigar a los responsables, pues se han exhumado los cuerpos de las víctimas. En el caso de la Masacre de Yumare, en cambio, sí se han establecido responsabilidades y se han dictado medidas privativas de libertad contra los autores del alevoso crimen.

La Masacre de Cantaura, por sus características mismas y por el momento en que fue cometida, puede perfectamente inscribirse en los crímenes de la “Operación Cóndor” programada y ejecutada, con la ayuda de Gobiernos de derecha, por la dictadura chilena de Augusto Pinochet, la cual buscaba por todos los medios posibles, así fueran los más ominosos (o mientras más ominosos, mejor), la desaparición de las izquierdas en Latinoamérica. Fue este un pacto de criminales que impunemente regó de sangre el hemisferio, amparado en la tristemente célebre Escuela de las Américas donde a los militares de esta parte del continente se les enseñó el arte de la tortura, la desaparición de ciudadanos y la forma de ejecutar las masacres más abominables que mente alguna pudiera imaginar.

Asimismo, los muertos de Cantaura, a la par que recordados por su pueblo, han sido injustamente abandonados por algunos de sus camaradas de ideales que prefirieron aliarse a sus enemigos de antes, en el trasegar de estos años del nuevo milenio en que, irónicamente, la izquierda, por voluntad popular, ascendió al Gobierno en Venezuela.

Necesario es, entonces, que en las páginas de la memoria revolucionaria queden impresos los pormenores de esta masacre y la traición de quienes, debiendo exigir justicia y reclamar justo castigo para los autores del crimen, prefirieron plegarse a los designios de estos, renegando de su vida pasada. Solo de esta manera, la Historia, que nunca olvida, porque es el archivo inviolable de la Humanidad, los pondrá en evidencia en el recuerdo de las generaciones futuras. Este libro pretende cumplir ese objetivo, con la finalidad de que hechos como el que usted leerá a continuación no vuelvan a repetirse jamás.

Es bueno decir que esta es una nueva versión del libro donde corregimos aspectos de la primera versión, porque, con el tiempo, algunas cosas han dejado de tener vigencia, y otras han debido ser actualizadas. De esa primera versión hubo varias ediciones.

Sin más preámbulos, tomando las precauciones del caso, volvamos a transitar los peligrosos caminos de la IV República...

CAPÍTULO 1

Las guerrillas. Bandera Roja y el Frente Américo Silva

La historia de las guerrillas en Venezuela, a la par que emocionante, fue trágica, quizás porque sus integrantes actuaron motivados por el romanticismo de los años sesenta, cuando, en medio del furor por el triunfo de la Revolución Cubana, se fueron al monte en la creencia de que podían tumbar Gobiernos de derecha e instaurar Gobiernos de izquierda con facilidad, pero en el camino encontraron tantos escollos que pronto se convencieron de que la aventura estaba condenada al fracaso.

La de la lucha armada es una historia de sentimientos profundos pero también de increíbles traiciones y delaciones. Aún así, y por encima del amargo sabor de la derrota, muchos de los participantes, al paso de los años, no se arrepienten de haberlo intentado. Unos murieron, otros se pasaron al enemigo y, los más, pagaron prisión o se sometieron al proceso de pacificación

cuando se percataron de la inutilidad de sus esfuerzos, pero para todos, este camino largo y lleno de obstáculos fue un aprendizaje en el que algunos imberbes se hicieron hombres y mujeres antes de tiempo, y en el que otros probaron, en medio del fuego de la metralla, de qué estaban hechos.

Lo que pasó fue que no se percataron de que iban a enfrentar a un formidable enemigo, poseedor de cuantiosos recursos y de armamento sofisticado, especialista en subterfugios y artimañas inimaginables para conseguir sus objetivos, los Estados Unidos, al frente de Gobiernos sumisos que, como los de Venezuela, practicaban sin vergüenza alguna una política de sumisión incondicional ante los designios del imperio. Divididas, enfrentadas algunas veces, sumidas en sus propios errores y contradicciones, no era posible que las guerrillas triunfaran por las armas.

Al paso inexorable de los años pesarosos, sus dirigentes se convencieron de ello y desistieron de la lucha armada como medio para obtener el poder. Decidieron entonces participar en las elecciones, en las cuales, una y otra vez, como en un ritornelo, volvieron a morder el polvo de la derrota. No podía ser de otra forma, pues los Gobiernos contaban con los medios de comunicación, arma magnífica que a raíz de su tecnificación se hizo más poderosa y efectiva con el tiempo, y con ellos amedrentaron a la población, que veía en las izquierdas al mismísimo demonio. Pero, como no hay mal que dure cien años ni mentira que se congele en el tiempo,

en los comicios de 1998, de la mano del comandante Hugo Chávez, la izquierda venezolana al fin saboreó las mieles del triunfo.

De los errores propios del pasado se debe aprender, sin embargo, para no volver a cometerlos; de los errores ajenos los del adversario-, más aún, para no incurrir en las mismas violaciones a los derechos humanos que hicieron tan odiosos a los Gobiernos adecos y copeyanos, Gobiernos que, juzgados por el pueblo mancillado que antes los respaldaba con pasión, fueron expulsados del poder por la mayoría de los ciudadanos.

Para entender cómo pudo producirse una masacre como la de Cantaura, es necesario retrotraernos en el tiempo al momento en que se constituyeron los frentes guerrilleros después del triunfo de Fidel Castro en Cuba, en 1958. Incluso, como se sabe, Cuba apoyó la constitución de estos frentes como si los procesos revolucionarios pudieran ser copiados al carbón, error en el que también cayó el guerrillero más emblemático del mundo, Ernesto Guevara, asesinado en Bolivia por órdenes de Estados Unidos, después de ser capturado, en octubre de 1967.

Quizás por eso, en 1970, después del triunfo de Allende, el propio Castro habló de la necesidad de que los revolucionarios chilenos entendieran que debían mantenerse en democracia, pues los dos procesos eran diferentes, ya que uno había triunfado por las armas y el otro en libérrimos comicios.

El año 2005, con motivo del Festival Internacional de la Juventud realizado en nuestro país, en relación a este tema, el presidente de la Asamblea Nacional de Cuba, Ricardo Alarcón, le dijo al periodista Alejandro Boitía, del diario Ultimas Noticias: “Yo sí creo, y lo he dicho muchas veces, que el socialismo del futuro sería multi-color, diverso. En verdad debemos hablar de ´socialismos´. Se acabó para siempre la idea de que hay un solo modelo. Ese fue un enfoque erróneo de la época de la Guerra Fría... Yo creo que hay que agradecerle al presidente Chávez ese aporte que está haciendo de concebir el socialismo como algo que no puede ser impuesto”.

Pero este es el pensamiento presente; antes, en aquellos tiempos, buscando emular a la Revolución Cubana, jóvenes universitarios, obreros y profesionales se agruparon en varias organizaciones guerrilleras, siendo la primera de ellas el Frente Simón Bolívar, comandado por Argimiro Gabaldón, en 1961. Este frente operó en las montañas del estado Lara, y, además de Gabaldón, lo comandaban Carlos Betancourt y Juan Vicente Cabezas. Gabaldón murió en 1964 cuando al arma de uno de sus hombres se le escapó un tiro que le dio en el pecho.

En 1962, surgieron las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), brazo armado del Partido Comunista y del MIR, sectores disidentes de URD y oficiales de las Fuerzas Armadas en la clandestinidad. Los grupos de las FALN estaban distribuidos así: el Frente José Leonardo Chirinos, en occidente, en las monta-

ñas de Falcón y Yaracuy, cuyos líderes eran Douglas Bravo, Luben Petkoff y Elías Manuitt Camero; el Frente Manuel Ponte Rodríguez, en el oriente, al mando de Alfredo Maneiro y el teniente Héctor Fleming Mendoza; las guerrillas del MIR, en el Bachiller, estado Miranda, y, finalmente, el Frente José Antonio Páez, creado en 1965, en los llanos de Apure, y que estuvo comandado por Francisco Prada, Ángel María Castillo, el sargento de la Armada Adalberto González y Daniel Antonio Buitrago.

El capitán de navío Manuel Ponte Rodríguez, quien había sido jefe del estado mayor de la Marina de Guerra, se pasó a la guerrilla y fue designado comandante supremo de las FALN. Dirigió el alzamiento de la Base Naval de Puerto Cabello, (caso conocido como El Porteñazo), el 2 de julio de 1962, pero fue detenido y sentenciado a 30 años de presidio, la pena máxima en el país.

Ponte Rodríguez estaba preso en el sector A del Cuartel San Carlos cuando, el 24 de julio de 1964, sufrió un ataque al corazón, y a pesar de las demandas de auxilio de sus compañeros, los carceleros se hicieron los desentendidos y lo dejaron morir. En su honor, el frente guerrillero del oriente del país que comandó Maneiro fue bautizado con su nombre.

Otros comandantes guerrilleros fueron Alí Rodríguez Araque (Fausto), Armando Daza Zurita (el Chino Daza), Daniel Buitrago, Julio Chirinos (el Cabito), Diego Salazar, Elegido Sibada (Magoya), el catire Morales, el catire Edgar Rodríguez Larralde, etc.

Bandera Roja, otro de los grupos –del cual nos ocuparemos en este libro, porque los muertos de Cantaura fueron suyos en el papel, pero de todo el país en el sentimiento— tenía como sus máximos dirigentes a Carlos Betancourt (comandante Gerónimo) y a Gabriel Puerta Aponte (‘comandante Fernando’). Surgió en 1970, a raíz de la división del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido que, a su vez, venía de la división de Acción Democrática. La organización guerrillera fue fundada, entre otros, por Américo Silva, el ‘Motilón’ Márquez Finol, Tito González Heredia y Gabriel Puerta Aponte. Durante muchos años, BR fungió como el brazo armado de la izquierda venezolana.

Venezuela se transformó durante algunos años en una revuelta donde perecieron miembros de la guerrilla y de las fuerzas militares.

Nuevamente Cuba y Estados Unidos volvían a medir fuerzas en los entretelones de esta guerra de guerrillas que amenazó con extenderse por toda América Latina cuando el Ché Guevara decidió avanzar por los caminos de otros países en busca de consolidar los procesos revolucionarios por las armas.

En Colombia, la guerrilla extendía sus tentáculos, porque Colombia siempre ha sido un escenario de guerra; al menos desde el crimen de Jorge Eliécer Gaitán, en abril del 48.

Para finales de 1969 la unidad se resquebrajó en la izquierda, mientras la derecha consolidaba el Pacto de

Punto Fijo y se alternaba en el poder. Un comunicado atribuido a Héctor Pérez Marcano anunciaba la baja de Julio Escalona, Marcos Gómez y Fernando Soto Rojas del Frente Guerrillero Antonio José de Sucre, comandado en principio por Carlos Betancourt y, con el tiempo, desplazado por Puerta Aponte. A los conflictos de oriente se le agregan los de occidente cuando se anuncia que Lubén Petkoff, uno de los jefes guerrilleros de mayor nombradía, había depuesto las armas.

El Gobierno de Rafael Caldera, ese año de 1969, da un paso en firme para la pacificación del país con una política de integración a la legalidad de aquellos guerrilleros dispuestos a deponer las armas; a esa política se acogieron muchos de los que hoy acompañan a Chávez en el proceso revolucionario venezolano, uno de ellos, Alí Rodríguez Araque, quien ha sido diputado al Congreso Nacional, ministro de Energía y Minas, secretario general de la OPEP, presidente de PDVSA, canciller de la República, ministro de Finanzas, ministro de Energía Eléctrica y secretario general de Unasur con buen pie, a pesar de su cojera –secuela de la lucha guerrillera– y con buen tino; ‘el Chino Daza’ se fue a Cuba durante dos décadas y regresó a mediados de los noventa cuando –por ironías del destino– el mismo Caldera estaba otra vez en el poder; otros, como Douglas Bravo, quien junto a Julio Escalona depuso las armas en 1979, han preferido mantenerse al margen; otro, Domingo Alberto Rangel, se separó de la política activa, aunque participó en los alzamientos del 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992, y se mantuvo como

un irreductible crítico de todos los Gobiernos, incluyendo el del presidente Chávez. Escribió numerosos libros y columnas periodísticas y falleció a mediados del 2012. Los menos, como Puerta Aponte, se pasaron al enemigo con armas y bagajes, sin rubor alguno, en medio de la vergüenza de muchos de sus camaradas.

A finales de 1971, los jefes guerrilleros de BR bajaron de la montaña para formar los cuadros urbanos. Uno de ellos era Américo Silva, quizás el guerrillero mejor entrenado en esos años, motivo por el cual llegó a ser el comandante del frente Antonio José de Sucre que operaba en las montañas de Monagas y Anzoátegui, y que había sido fundado por Alfredo Maneiro. El frente guerrillero masacrado en Cantaura llevaba su nombre. Américo Silva nació el 16 de marzo de 1933 en Maturín, estado Monagas, y desde temprana edad se involucró en organizaciones de izquierda, en defensa de los derechos de los humildes. Combatió la dictadura de Pérez Jiménez y al instaurarse la democracia, cuando se inició el proceso de industrialización del hierro, trabajó como dirigente obrero en Ciudad Piar, donde impulsó el primer sindicato de trabajadores del hierro en el país. En el oriente fue dirigente agrario y promotor de las luchas contra el latifundio, a favor de las reivindicaciones campesinas y el derecho a la tierra. Fue marxista-leninista y decidido activista urbano y guerrillero rural. Fue miembro de la juventud de Acción Democrática, dirigente del MIR, guerrillero del Frente Ezequiel Zamora, en El Bachiller; cofundador del frente guerrillero Antonio José de Sucre, en el oriente, y

cofundador de Bandera Roja. Como comandante guerrillero se mantuvo con reconocida solvencia y honestidad, y dio la vida por sus convicciones, que es como actúan quienes verdaderamente creen en lo que hacen.

Silva murió el 31 de marzo de 1972, en una alcabala de la Guardia Nacional en el Estado Bolívar. En ese momento era miembro del Comité Político Nacional de BR, miembro de la comandancia del Frente Antonio José de Sucre y responsable político-militar del distrito Trino Barrios; había bajado de la montaña cuatro meses antes para reunirse con otros operadores de la guerrilla y, cuando regresaba a San Félix, estado Bolívar, en el kilómetro 27 de la carretera de El Pao, se topó con el grupo de la GN. Cuando le pidieron la identificación, disparó contra los efectivos, quienes le hicieron frente y lo mataron. A raíz de su muerte, se transformó en un emblema de la lucha guerrillera y sus compañeros decidieron darle su nombre a uno de los frentes más importantes que existió en el país.

El Frente Américo Silva (FAS), como queda dicho, se formó a raíz de la división de Bandera Roja, cuando la mayoría de la dirección del Frente Antonio José de Sucre se fue con Carlos Betancourt y Pablo Hernández Parra. En 1977, en un pleno realizado en Mérida, se decidió la creación del FAS y su primera acción fue programar y ejecutar la fuga de los presos de La Pica que relataremos más adelante.

Otro de los grupos guerrilleros de los años 70 fue Punto Cero, que estaba comandado por Ramón Antonio

Olivares, conocido como Rubén, y los hermanos Rafael y Federico Bottini Marín. Una de las acciones más arriesgadas de este grupo fue la toma del Destacamento de la Guardia Nacional en Ocumare del Tuy, compuesta por 30 efectivos, de donde se llevaron las armas, las cuales, sin embargo, serían posteriormente rescatadas por los cuerpos de seguridad del Estado debido a la delación de un guerrillero capturado por los funcionarios.

Este problema, el de la delación, sería uno de los más constantes y graves con el que se enfrentarían las guerrillas en el duro camino que debieron transitar para poner en práctica sus ideales en un país que en esos años era completamente dominado por sus enemigos.

Y fue precisamente por una delación que se produjo la masacre de Cantaura; mejor dicho, por eso y por la impunidad con que actuaban los cuerpos de seguridad del país que llegaron a transformarse en un Estado dentro del Estado, al punto de que la partida secreta mil millonaria era manejada a su antojo por los jefes de esos cuerpos, los cuales, además, tenían sus propias normas, códigos y leyes. No sería aventurado afirmar que los Presidentes sentían un temor reverencial ante ellos y por ese motivo los dejaban hacer... y deshacer a su libre albedrío.

De una reunión entre los comandantes de las FALN y de Bandera Roja se formó el Comando de Integración Revolucionaria (CIR), que coordinaría acciones conjuntas a comienzos de los años setenta. Una de las más importantes fue el secuestro del industrial de la hojala-

ta, Carlos Domínguez Chávez, que se produjo el 1° de junio de 1972. Como en los mejores tiempos de los grupos subversivos latinoamericanos, Domínguez permaneció en poder de sus captores durante varias semanas al cabo de las cuales los guerrilleros cobraron por su rescate cinco millones de bolívares, una verdadera fortuna en esos tiempos. La cueva donde estuvo el industrial fue localizada en Los Teques por los cuerpos de seguridad del Estado, un año después.

Precisamente, al día siguiente del plagio, en la avenida Páez de El Paraíso, en Caracas, fueron asesinados por la policía política Rafael Bottini Marín y Ramón Antonio Olivares, quienes, como explicamos en el libro *El terrorista de los Bush* (donde el colega Ernesto Villegas y el suscrito describimos los crímenes cometidos en Venezuela por Luís Posada Carriles), habían sido detenidos con antelación por la Disip, cuyos funcionarios simularon un enfrentamiento aduciendo que ambos pretendían atracar el Banco Consolidado, ubicado –¡qué casualidad!– exactamente al frente de la residencia del industrial. Al día siguiente, en La Victoria, estado Aragua, Posada Carriles y su gente asesinarían a otras cinco personas, al vincularlas a este suceso.

En Cumaná, en 1973, Bandera Roja planificó el secuestro de Lorenzo Fernández, candidato presidencial de Copei, pero falló en el intento y por eso desistió. Uno de sus dirigentes en esa época, el abogado Manuel González Meyer, recuerda que después hicieron dos intentos de secuestrar a Gonzalo Barrios, presidente de AD.

La primera vez un grupo de guerrilleros chocó el vehículo de Barrios cuando salía de la casa de este en Las Mercedes. “Pero”, dice González Meyer, “en el carro no iba Gonzalo Barrios sino su chofer”.

Dos semanas después lo intentaron de nuevo. “Tomamos una escuela cercana a la casa de Barrios, donde mantuvimos de rehenes a algunas personas. Eso fue el 31 de enero de 1974 en la noche. Esperamos el Año Nuevo, pues el primero de enero del 75 se iba a realizar el acto de nacionalización de la industria petrolera. Barrios siempre tomaba a la derecha después de bajar de su casa; allí lo estábamos esperando, pero ese día, no sé por qué, tomó a la izquierda y nos echó a perder el trabajo”.

Otro de los sucesos que proyectaron a Bandera Roja en el ámbito nacional e internacional fue la espectacular fuga del Cuartel San Carlos, organizada por el grupo unos días después de fracasado el intento de secuestro de Barrios, el 19 de enero de 1975. Entre los 23 fugados, estaban Gabriel Puerta Aponte, quien sería en el futuro el comandante del Frente Américo Silva, y Emperatriz Guzmán, Chepa, quien sería una de las víctimas de Cantaura casi ocho años más tarde.

La segunda Fuga del San Carlos

La fuga fue la segunda de las fuerzas de izquierda del mismo cuartel en menos de diez años; anteriormente se habían escapado Todor Petkoff, Pompeyo Márquez y Guillermo García Ponce. La diferencia entre una y otra fuga estuvo en que, en la primera, el túnel se construyó desde afuera hacia adentro y tuvo como protagonista principal a un personaje de película a quien se conocía como Simón el Árabe, que se ganó la confianza del personal de la prisión mientras se construía el túnel, y después se fue a Rusia; y en la segunda fue al revés: de adentro hacia afuera.

Los nombres de todos los fugados son los siguientes:

Por las FALN, William José Álvarez Blanco, Ramón Morales Rossi, Francisco Prada Barazarte, Quintín Moya Sánchez, Pedro Triana Rojas, Carlos Leonardo Araque Cárcamo, Vicente Contreras Duque, Marco Tulio Cróquer, Antonio Chang López, Héctor Vivas Torres, Marilú Rojas, y Dimas Petit Vásquez.

Por Bandera Roja, Argenis Betancourt, Carlos Betancourt, Pablo Hernández Parra, José Asdrúbal

Guzmán Cordero, Blanco Ludeña Acosta, Jesús Marrero Romero, Gabriel Puerta Aponte, Alí Torres Domínguez, Rosa Emperatriz Guzmán Cordero y Rafael Antonio Uzcátegui.

Y por Punto Cero, Leonardo Solórzano Serrano.

En esta oportunidad, los procesados cavaron durante ocho meses un túnel de 42 metros de largo por 80 centímetros de ancho. Según los ingenieros militares que condujeron la investigación, los presos extrajeron 150 toneladas de tierra. Para eso, por supuesto, contaron con ayuda externa, e incluso con dinero. El dinero provino del rescate cobrado a la familia de los hermanos Molino Palacios, secuestrados en Monagas, pero la acción fue organizada y coordinada desde el exterior de la prisión por Eder Puerta Aponte, hermano de Gabriel.

Todos los detenidos habían sido torturados en forma inclemente por los funcionarios de la Disip en los tiempos en que Luis Posada Carriles, Orlando García, Rafael Rivas Vásquez y Remberto Uzcátegui hacían de las suyas en los cuerpos de seguridad del Estado. Para ellos, la salvación de la democracia estaba en la muerte de los derechos humanos de sus enemigos.

Para los efectos de la narración que nos proponemos, solo profundizaremos en los casos de hermanos Gabriel y Eder Puerta Aponte, líderes de Bandera Roja

³⁰ Gabriel, producto de las torturas que le infligió uno de los más representativos esbirros de esa época, Henry López Sisco, sufrió desviación de la columna vertebral

y encogimiento de una pierna; Eder se quedó sin tabique nasal cuando lo golpearon en el rostro con la culata de un fusil. Pero en el momento de la fuga solo estaba preso Gabriel; Eder, en libertad, organizaba desde afuera.

El túnel por el cual escaparon los guerrilleros fue cavado desde el Pabellón B-1 hasta una de las habitaciones de una casa marcada con el número 20, ubicada entre las esquinas de San Carlos a San Rafael, en la Parroquia Altagracia. En esa vivienda vivían el músico Víctor Cuica, su esposa Iraida y un ex funcionario de la Dirección de Inteligencia Militar llamado Jesús Carapaica.

La casa fue tomada por miembros de Bandera Roja, comandados por Tito González Heredia. Primero se hicieron pasar por funcionarios de la DIM en inspección y después, cuando los dejaron entrar, sometieron a la mujer y a otra dama que estaba de visita, y luego a Carapaica, quien llegó más tarde.

Cinco expertos tiradores, bien armados y mejor dispuestos, fueron ubicados estratégicamente en el balcón de la vivienda que daba al cuartel, por si acaso los militares se percataban de lo que estaba sucediendo y reaccionaban en consecuencia.

Las mujeres estaban viendo a Cuica, actor y músico, que en ese momento se presentaba en La Feria de la Alegría, el maratónico programa que transmitía los sábados Radio Caracas Televisión, al mando de Henry

Altuve. Los “tomistas” les dijeron que no se preocuparan, que siguieran viendo la TV y que no les pasaría nada si colaboraban.

Acto seguido, según contaría después uno de ellos, Pedro Reyes Millán, “tiramós la señal acústica que debía ser respondida por debajo de los cimientos de la casa y a más de cincuenta metros de sus celdas. Se oyeron tres golpes lejanos, tímidos, cautelosos, debajo del piso de la casa; repetí la contraseña y la respuesta se hizo más audible. No había duda: estábamos sobre el objetivo”.

Cuando las agujas del reloj traspasaban el límite entre el 18 y el 19 de enero, comenzaron a salir los presos, ávidos de libertad. Cuando huyeron, los esposos Cuica, el ex funcionario y la otra dama fueron trasladados a la DIM, pero nada pudo comprobárseles, así que no fueron sometidos a juicio. Va de Dios que desde entonces Cuica no puede ver un guerrillero ni en retrato.

La operación rescate llevaba el nombre del ‘Motilón’ Alberto Márquez Finol, quien se había fugado del Hospital Militar y después había caído bajo las balas de la policía política en el Gobierno de Caldera, cerca del Centro Comercial Los Cedros; González Heredia, quien la dirigió, también moriría en una emboscada en los meses siguientes.

³² La fuga desató una represión incontrolada, tal como lo narró en aquella ocasión Diego Salazar -fallecido en 2004-- en su libro Después del Túnel; se habló de más

de doscientas detenciones y de allanamientos a cientos de viviendas, pero demasiado tarde porque los presos habían desaparecido como tocados por la vara de un mago.

Aunque en los años siguientes algunos de los fugados fallecieron a manos de los cuerpos de seguridad que los habían sentenciado de antemano por el ridículo en que los habían dejado, el túnel del San Carlos fue uno de los hechos más importantes, espectaculares y mejor organizados de los violentos años de la lucha armada.

Como todo suceso audaz tiene su anécdota, su moraleja o su parábola, este no iba a ser menos: el presidente del Consejo de Guerra Permanente de Caracas, el coronel Rosendo Natera Moncada, declaró a los periodistas que dos de los evadidos habían complicado su situación, pues iban a ser absueltos, ya que el fiscal militar se había abstenido de acusarlos por falta de pruebas en los hechos que se les imputaban.

Se trataba de William José Álvarez Blanco, detenido por el secuestro y muerte del Dr. Julio Iribarren Borges, y Rafael Uzcátegui, a quien se le juzgaba por el delito menor de repartir propaganda subversiva. Ambos, dijo el oficial, iban a ser puestos en libertad en pocas semanas.

Otro de los fugados en esa oportunidad fue Quintín Moya. Lo recuerdo en la lejanía de los años adolescentes como un hombre joven que de la noche a la mañana se transformó para los muchachos de nuestro barrio de

Pueblo Nuevo Norte, en El Tigre, en casi en una leyenda.

Quintín, un joven introvertido que no participaba de nuestras correrías juveniles, vivía a una cuadra de mi casa, en la quinta carrera de Pueblo Nuevo Norte, cuando, junto con un grupo de guerrilleros, entre ellos Pedro Véliz Acuña, trató de asaltar la sede de la Digepol en la Av. Miranda. Uno de los funcionarios de esa dependencia hizo un movimiento que a ellos les pareció extraño y alguien disparó, matándolo. Uno de los guerrilleros resultó herido en la acción y, en la huída, fue dejado por sus compañeros en el hospital de El Tigre.

Sin conseguir su objetivo, que era tomar la dependencia policial, se dieron a la fuga y entonces el cuerpo de seguridad del Estado montó un gran operativo para capturarlos.

Todas las salidas de El Tigre fueron tomadas por los uniformados, que requisaban a cuanta persona le parecía sospechosa, detenían a los conductores y allanaban casas con la misma facilidad que nosotros comíamos cotufas en el cine.

Para los muchachos de Pueblo Nuevo Norte fue una sorpresa la participación de un joven tan anodino como Quintín en una acción de tanta envergadura, pero fue ese, precisamente, el caldo de cultivo de la leyenda a la que las mentes juveniles le añadirían frases de exaltación de su personalidad con el transcurrir de los días de persecución a que fue sometido.

Porque los días fueron pasando y Quintín no aparecía por ninguna parte. En las noches tenebrosas del operativo policial oíamos pisadas en el patio de nuestra casa, al igual que los vecinos las escuchaban en las suyas, y aunque nadie lo dijera expresamente, suponíamos que era Quintín buscando la solidaridad de todos nosotros. Y la consiguió, porque nadie lo denunció.

En las tardes, después de regresar del liceo, los muchachos de la cuadra nos reuníamos a comentar las andanzas de Quintín en su peregrinar de casa en casa, noche a noche, huyendo de sus perseguidores. No sabíamos dónde se quedaba en el día, pero en la noche salía y saltaba de patio en patio como el personaje de *El Fugitivo* que en ese entonces protagonizaba con mucho éxito David Jansen y que después llegaría al cine de la mano de Harrison Ford.

Una tarde en que llegaba del liceo en mi bicicleta ávido de noticias sobre nuestro personaje, los muchachos salieron a recibirnos a mi hermano Bladimir y a mí, con la información todavía caliente, como el bizcocho de mamá Nieves, de que Quintín había sido capturado por la policía cuando se escondía en un garaje, a media cuadra de mi casa. Como huella indeleble del procedimiento, el portón del garaje tenía un hueco impresionante hecho por el disparo de uno de los funcionarios.

Por supuesto, ese disparo le puso alas a la leyenda, pues acrecentó la imagen de Quintín ante aquellos adolescentes pueblerinos que apenas los abríamos los ojos al mundo de aventuras de la guerrilla. Al disparo

le dimos las más variadas versiones, e incluso algunos de los muchachos afirmaban que Quintín se lanzó debajo del carro estacionado en el garaje para esquivar el tiro, como los personajes de los seriales que, en blanco y negro, veíamos los domingos en el cine Miranda de la primera carrera. Fue esa la primera noción que tuvimos de la forma como la policía hacía disparos de advertencia al aire... de los pulmones.

El hueco del portón se quedó allí mucho tiempo, años diría yo, porque el dueño de la casa parecía orgulloso de que el procedimiento hubiera ocurrido en su vivienda. Cuando pasábamos por allí no podíamos evitar dirigir la mirada al testimonio de las andanzas de Quintín, el guerrillero de la cuadra.

Quintín Moya moriría tiempo después de fugarse del San Carlos, en extrañas circunstancias. En ese entonces, como se demostraría en Cantaura, los Gobiernos no eran muy dados a capturar vivos a los guerrilleros, sobre todo si estos se habían fugado espectacularmente como había hecho nuestra leyenda viviente de aquellos años juveniles.

Entonces formábamos parte de la Juventud Comunista y en 1968 ganamos las elecciones estudiantiles en todos los liceos de la zona, cuatro en total; dos mujeres llegaron por primera vez a la presidencia del Centro de Estudiantes: Nelly Salazar, en el Liceo Briceño Méndez, y mi siempre rebelde hermana, Eugenia, en el Instituto de Comercio Alberto Carnevalli. Los otros dos planteles donde ganamos fueron el Liceo Revenga de El Tigre

y el Liceo Guanipa de El Tigrito.

El profesor José Antonio Arias Reyes, quien asumió la dirección del Liceo Briceño Méndez en 1964, recordaba que cuando comenzó la lucha armada muchos de los estudiantes de este plantel fueron inoculados con el virus de la subversión. Uno de ellos fue precisamente Gabriel Puerta Aponte; otro, Quintín, quien abandonó el liceo cuando se metió a la guerrilla.

En los años sesenta, otro de los estudiantes, Lenín Rosas, tendría también un trágico final por sus andanzas en la lucha armada. Arias Reyes decía que Lenín estudiaba quinto año cuando un amigo suyo de la Digepol lo llamó para decirle, “A ese muchacho lo andan buscando para liquidarlo, no para ponerlo preso”.

“De inmediato, llamé al padre y le dije que se lo llevara a otra ciudad para preservarle la vida. El padre estuvo de acuerdo y se lo llevó a San Juan de Los Morros, pero fue peor”, añadía Arias Reyes, buscando los rastros de Lenín Rosas en su memoria.

Junto a un grupo de compañeros, Lenín montó una operación guerrillera que fracasó cuando un hombre a quien habían herido tuvo tiempo de disparar contra él, poco antes de morir, y lo hirió de gravedad.

Sus camaradas sacaron a Lenín del sitio, lo subieron a un auto pero se les murió en el camino. El cuerpo lo dejaron tirado a las riberas del río Guárico.

“Eso fue un sábado”, recordaba Arias Reyes, “y el lu-

nes se presentó un hermano de Lenín a decirme..., a ordenarme, mejor dicho, que permitiera el velatorio del cadáver en el liceo. Le dije que ese liceo no era mío y que eso dependía de las autoridades nacionales, pero ellos se molestaron: tenía que ser allí, le gustara a quien le gustara. Yo, como es de suponer, estaba nervioso. Era un hombre joven, de unos 32 años, y era la primera vez que me enfrentaba con una situación como esa”.

De pronto, al director de le ocurrió una salida. “A Lenín”, les dijo, “lo enterraron en San Juan de Los Morros”.

Pero el hermano no lo creía. “Sin embargo, cuando averiguaron, se dieron cuenta de que era verdad. Era verdad y yo no lo sabía; simplemente lo inventé para salir del terrible momento... ¡Uuuffff!”, respiraba profundo todavía, decenas de años después, recordando aquellos tiempos turbulentos.

En los años setenta, concretamente en julio del 73, desapareció en Caracas otro exestudiante del Briceño Méndez miembro de Bandera Roja, Noel Rodríguez. Su madre, Zenaida, y su padre, Goyo, lo buscaron inútilmente durante estos treinta y tantos años.

Goyo murió en 2005 con la frustración de no haberlo encontrado y Zenaida sigue soñando con él. “Es terrible lo que hemos pasado en todos estos años”, dice, con los ojos nublados por la tristeza. “La desaparición de Noel me quitó la vida”. Zenaida es una mujer digna y cuando la miro recuerdo a mi madre. Son mujeres que

dedicaron su vida a la familia, a la crianza de los hijos, a su formación; son la belleza que Dios puso en el mundo para enfrentar la miseria.

Todos estos casos están unidos por un cordón umbilical: mi familia. Quintín Moya era nuestro vecino, Lenin era ahijado de mi papá, Sabas Rosas, y Zenaida, prima de papá.

Coincidentalmente, Fidel Jiménez, el joven que fue desaparecido y asesinado por la Policía del estado Anzoátegui a comienzos de los noventa, vivía al frente de la casa de Noel Rodríguez. El padre de Fidel emprendió un peregrinaje en busca de su hijo. En ese entonces yo era diputado al Congreso Nacional y realizamos una campaña ardua que nos llevó a conseguir los huesos de Fidel en el fondo de una laguna en el norte del estado. Los policías lo habían asesinado, nadie sabe por qué, porque se trataba de un muchacho que no solo no participaba en ninguna actividad política sino que presentaba, incluso, deficiencias motrices. Las dos familias, que eran vecinas, se unieron entonces en la desgracia mutua.

“Los muchachos”, decía Arias Reyes, “desertaban del liceo para irse a la guerrilla. Eran tiempos muy turbulentos y uno, el director, tenía que andarse con mucho tino en las relaciones con ellos”.

Que los muchachos se iban a la guerrilla sin preparación alguna lo reconocía sin ambages uno de los primeros guerrilleros, fundador del Frente Antonio José

de Sucre y uno de los hombres más ilustrados de la izquierda venezolana, Alfredo Maneiro.

Maneiro iba a nuestra casa de vez en cuando a conversar con papá, que era uno de los fundadores del Partido Comunista de Venezuela. Tenemos fotos con Alfredo cuando en una ocasión nos acompañó a una fiesta siendo mis hermanos y yo adolescentes. Alfredo decía que el problema del movimiento guerrillero siempre había sido ese: lo imberbe de los jóvenes que dejaban los estudios para irse al monte. No tenían preparación con las armas, simplemente lo hacían por un romanticismo que a nada conducía... y a nada condujo.

Maneiro, después de la lucha armada, fundó La Causa R con Pablo Medina y ambos incluyeron en ese proyecto a Andrés Velásquez, y de la división de este partido surgió el PPT, en 1997.

El presidente Hugo Chávez reconoce en Maneiro a uno de los hombres que más influyó en su pensamiento cuando, siendo teniente, se entrevistó con él. Maneiro creía en el encuentro de los iguales y en una sociedad que le diera a cada quien lo que le correspondía, en especial a las clases más necesitadas, carentes de todo en medio de la opulencia de un país petrolero saqueado por las camarillas partidistas.

Pero los jóvenes se iban a la guerrilla porque ser guerrillero daba estatus, no crean. A las muchachas las volvía locas la sola idea de que anduviéramos en esas andanzas de hombres valientes. Y a los malandros de

entonces, que eran niños de pecho ante los de hoy día, les atemorizaba la idea de enfrentarse a uno de esos guerrilleros.

Recuerdo –y lo cuento como una anécdota para significar la importancia del dicho– que en cierta oportunidad los jóvenes del Partido Comunista nos fuimos a un río con algunas muchachas a quienes pretendíamos y llegamos cantando el O Bella Ciao, la canción del Partido Comunista Italiano que entonces tenía –y sigue teniendo hoy-- para nosotros un gran significado.

Una mañana de sol radiante

O bella ciao, bella ciao, ciao, ciao

Una mañana de sol radiante

salí a buscar al opresor...

En el río se encontraban algunos malandrines que intentaron hacerse los graciosos con las muchachas que nos acompañaban. Cuando uno de nosotros los enfrentó, el que parecía ser el jefe le hizo una seña a sus compañeros y se alejaron, no sin antes decir: “No, mano, nosotros no nos metemos con ustedes; ustedes son guerrilleros, y los guerrilleros disparan ametralladoras”.

Pura bulla; lo digo sin rubor alguno. Jamás disparamos un arma. Al menos quien esto escribe nunca lo ha hecho. De lo cual ni nos orgullecemos ni nos sentimos avergonzados. No es necesario saber disparar para ser de izquierda, aunque me dicen que en La Habana hay un letrero gigantesco que dice: “El deber

de todo revolucionario es saber tirar". Por supuesto, en Cuba el significado de la palabra tirar es diferente al de Venezuela, pero a mí me sigue gustando más el nuestro, no solo porque es más placentero sino porque deja menos víctimas en el camino.

La Fuga de La Pica

Pero no sería solamente la fuga del San Carlos la que protagonizarían los miembros de Bandera Roja en esos años de lucha clandestina. Dos años después, en agosto de 1977, rescatarían a otros presos de la cárcel de La Pica, en el Estado Monagas; uno de ellos, el 'Catire Rincón', sería, después, el jefe del Frente Américo Silva acribillado en Cantaura. Se le había dado el mando a raíz de la detención de Gabriel Puerta Aponte, en abril del 82, cinco meses antes de los sangrientos sucesos. Otro fugado fue el que a la postre sería el último guerrillero del país, Francisco Javier Jiménez, conocido como el comandante Ruperto; también Antonio Arias, a quien llamaban 'Mochinga', entre otros dirigentes de BR que estaban siendo juzgados por el delito de rebelión militar.

El asalto a la cárcel de La Pica lo llevó a cabo Pedro Véliz Acuña con una columna de guerrilleros y las características en que se produjo el hecho fueron tan sorprendentes como insólitas.

Antonio Arias recuerda cada detalle como si fuera

hoy día. Los cuenta con maestría de escritor de novelas de suspenso. Alentada por el éxito en la fuga del San Carlos, ocurrida dos años antes, la Dirección de Bandera Roja había decidido dar un golpe espectacular liberando a sus compañeros presos en la cárcel del estado Monagas.

Se le dio la encomienda a Pedro Véliz Acuña, y el plan fue trazado desde adentro y desde afuera. Había un plan A y un plan B. El plan A consistía en que los guerrilleros al mando de Véliz Acuña llegarían desde el monte a una de las garitas de La Pica, de noche, y controlarían al guardia; luego encenderían la llama de un yesquero, que era la señal convenida para que, desde adentro, sus compañeros, que contaban con tres pistolas nueve milímetros y una granada, pusieran en práctica el plan B y controlarían a los vigilantes, corrieran a la alambrada y la cortaran después de apagar las luces de esa parte de la prisión, y volaran en libertad.

El día escogido fue un domingo porque a los presos les pasaban una película, de manera que se acostaban a las 9:00 de la noche y no a las 7:15 como ocurría usualmente; eso les daba a los guerrilleros una ventaja de una hora y 45 minutos para actuar.

“Los presos comunes estaban separados de nosotros, lo cual hacía más expedita la oportunidad de escapar. Entonces, todo estaba preparado para ese domingo”, dice ‘Mochinga’.

Para llegar a la cárcel, los guerrilleros debían atravesar

una explanada de doscientos metros desde el monte. Allí era donde los presos cultivaban la tierra. Como desde las garitas podía verse la operación que estaban ejecutando, tendrían que extremar las precauciones para no ser descubiertos.

El día de la fuga, en la tarde, el cielo se destapó en un chaparrón diluviano y la tierra, fuera de la prisión, se tornó tan pantanosa que era difícil caminar por ella, de manera que los guerrilleros se dieron cuenta de que tendrían problemas para llegar al objetivo.

“Pero eso no fue todo”, dice Arias, “el problema principal ocurrió en la noche. No hubo película ese día. Imagínese: el día anterior nos habían dicho que el proyector estaba bien y de pronto ese domingo nos dicen que está malo, que no iban a dar ninguna película y que debíamos recogernos a las siete y quince minutos. Pero el plan ya estaba en marcha y no podíamos retroceder”.

Ahora no tenían contacto alguno con el exterior; es decir, no podían informarles a sus compañeros de afuera del percance. Por su parte, la gente de Véliz Acuña no sabía lo que pasaba dentro de la cárcel; no sabían que no iban a pasar la película y que, por este motivo, no contarían con la hora y 45 minutos adicionales para actuar.

“Nosotros sabríamos que ellos habían llegado a la garita cuando encendieran el yesquero, pero no podíamos transmitirle a ellos ninguna información”, y ‘Mochinga’

dice estas palabras como si estuviera viviendo la tensión del momento otra vez.

A las 7:15, los vigilantes comenzaron a recoger a los presos, pero algunos de los dirigentes de Bandera Roja se escondieron en un cuarto donde hacían trabajos, para no ser descubiertos. No habían visto la llama del yesquero, así que decidieron actuar poniendo en práctica el plan B desde adentro con la confianza de que sus compañeros llegarían a tiempo. Pero no sabían que el terreno de afuera se había transformado en pantanoso por el torrencial aguacero por lo que tenían graves problemas para llegar a la cárcel.

Lo bueno fue que, con el arrullo de la lluvia, uno de los guardias se durmió y el otro fue neutralizado por los presos cuando lo llamaron y acudió presto. Era un hombre que respetaba a la guerrilla porque los guerrilleros eran hombres duros y decididos y a los hombres duros y decididos se les respeta. Sus captores lo encañonaron y lo rociaron con líquido paralizante para que no pudiera gritar.

A continuación apagaron las luces del sector, los reflectores de las garitas ubicadas en el lado de la cárcel por donde iban a escapar y que daban a las calles adyacentes. Más allá había un caserío donde los esperaban los automóviles de sus compañeros. Cuando la oscuridad cubrió totalmente el sector, salieron hacia la alambrada con una piqueta y en ese momento algunos vigilantes los vieron... vieron, mejor dicho, las siluetas... y les gritaron: "Epa, ¿para dónde van ustedes? ¡Regresen!".

Con rapidez de felino, todos los presos políticos llegaron a la alambrada que los separaba de la libertad. La noche anterior habían decidido los nombres de los que iban a pasar primero, pero, ante la emergencia, se aglomeraron todos cuando abrían un hueco en la alambrada con la piqueta. El comandante Ruperto, pese a sus 64 años de entonces, fue el primero en salir y arrancó como perseguido por el ánima sola en medio de la noche desolada y preñada de demonios, oscura como una tumba, porque la luna se había escondido detrás de los espesos nubarrones.

Cuando salieron, los primeros presos tuvieron que pasar por donde estaba una chatarra, la cual tropezaron debido a la oscuridad. Entonces se produjeron unos fogonazos. “¡Se escapan, se escapan!”, gritó alguien y se oyeron unos disparos aislados. “Yo oía lejanos los disparos, lo cual indicaba que no sabían por dónde andábamos; estaban tanteando en la oscuridad”, dice Arias.

Después, las ráfagas, rápidas, nerviosas, se desperdigaron por todas partes. Ninguna los alcanzó, así que salieron a descampado. “Pero cuando nosotros llevábamos quince metros avanzados, ya Ruperto y los que lo seguían nos llevaban una delantera impresionante”.

Arias, el catire Rincón y otros, debían llevar al gordo Cova Mata casi en hombros, porque este, fuera de los kilos de más, sufría de gota, que es la enfermedad de los reyes y de los príncipes y que nadie sabe cómo le fue a dar a un guerrillero con menos plata que un indigente.

Se perdieron, claro, se perdieron en la oscuridad de la noche. Y lo peor era que los guerrilleros que llegaron al sitio, en vez de dispararles a los guardias para proteger a los presos en fuga, disparaban para cubrirse ellos mismos. Fue una operación de lo más loca y todavía hoy nadie sabe cómo llegó a un final feliz para sus ejecutores.

Cuando llegaron al caserío, el catire Rincón vio a un hombre con uniforme militar que se perdía en una bocacalle. Era una sombra apenas en la tenue luz del alumbrado de barrio pobre “¡Ese es Pedro Véliz!”, gritó emocionado. “¡Ringo, Ringo!”, llamó a Véliz por el apodo. Y la misma suerte que cinco años después le daría la espalda en Cantaura lo favoreció porque, efectivamente, se trataba de Pedro Véliz.

Véliz los metió en unos vehículos y los sacó del sitio. Pero el comandante Ruperto y sus acompañantes no aparecían por ninguna parte, porque, desorientados, andaban dando vueltas como una veleta. Tan perdidos andaban que la mañana siguiente los sorprendió detrás de la cárcel. De hecho, escucharon el sonido lúgubre de su ominoso interior y las órdenes imperiosas de los guardias, con el alma encogida ante la posibilidad de volver a ella. Pero no los agarraron. Nadie sabe cómo fue posible eso, pero no los agarraron.

48 Cuando la fuga fue planificada, se resolvió que si alguno se perdía debía poner una señal en el sitio donde se encontrara desorientado. Una señal cualquiera, un trapo colgado de una rama, por ejemplo, todos los días

y todas las noches; una señal que fuera vista por los hombres del brazo legal de la guerrilla que andarían por esos caminos buscándolos en medio del operativo militar. Al cuarto día, jueves, encontraron a Ruperto y sus hombres, cansados, hambrientos, pero felices porque habían conseguido la libertad tan ansiada.

Ruperto volvería a la guerrilla y bajaría de la montaña con sus compañeros, 17 años después, en mayo de 1994, a raíz de la decisión del grupo Bandera Roja de legalizarse y participar en las elecciones. Parecían esos japoneses que fueron hallados en la selva treinta años después de finalizada la Segunda Guerra Mundial y que, perdidos en el tiempo y el espacio, peleaban batallas imaginarias como quijotes con molinos de viento. Pero no entregaron las armas, sino que las sepultaron en lugares convenidos, por si acaso... Todo guerrillero siempre ha pensado en la posibilidad de volver.

En ese acto, conocido como el Plan de la Mesa por el sitio donde se 'rindieron', estuvo presente el gobernador del estado Sucre, Ramón Martínez; el padre José María Olaso, director Derechos Humanos de la Fiscalía General de la República; el diputado Enrique Ocha Antich, en representación del Congreso Nacional, y José Adolfo Araque, de la Federación de Derechos Humanos de Venezuela, Fenadehh.

Ruperto era un hombre legendario, porque cuando se pacificó tenía 78 años y había pasado buena parte de su vida entre las montañas de Anzoátegui, Sucre y Monagas. Murió triste, porque la traición es una puña-

lada trapera que mata de tristeza, a comienzos de 2003 en Cariaco, Sucre, y fue sepultado en Maturín por sus hijos.

Ruperto era un luchador social abnegado, un hombre de bien que actuó al lado de su gente cuando se produjo el terremoto de Cariaco en 1995, y que creyó en la lucha armada como ningún otro, pero al final de sus días no encontró ayuda de sus ex compañeros. Tan solo el gobernador Ramón Martínez se solidarizó con él. Sus amigos dicen que en sus últimos años Ruperto estaba molesto con los hermanos Puerta Aponte porque estos no solo lo habían sacado de la presidencia de Bandera Roja sino que se habían vendido al enemigo, ciegos por su odio al chavismo, cosa que el viejo guerrillero no compartía porque era partidario de hablar con Chávez y acercarse al Gobierno.

Los Antecedentes

Gabriel Puerta Aponte era el secretario general de Bandera Roja y comandante del Frente Américo Silva. En febrero del año 82, sorprendió al Gobierno con una rueda de prensa junto a los otros guerrilleros, en Querecual, estado Anzoátegui. El sector donde se ofrecieron las declaraciones era conocido por los subversivos como Los Bajos de Arena, donde periodistas de diferentes medios de comunicación pudieron entrevistar al jefe guerrillero. Aunque se trató de un triunfo para la guerrillera porque el FAS dio una muestra de organización militar y de capacidad logística, después se darían cuenta de que se trató de un error, porque la acción, tomada como una afrenta por el Gobierno nacional, hizo que se recrudeciera el movimiento militar en la zona en operativos que produjeron enfrentamientos cruentos y que culminarían meses más tarde con la masacre de Cantaura.

Gabriel Puerta debió abandonar la zona donde operaba la guerrilla, por razones de seguridad, y fue trasladado a Caracas. El FAS se dividió entonces en dos destacamentos, uno al mando del catire Rincón y otro al mando de Enrique Márquez, 'Florencio'.

Un mes después, Puerta Ponte fue detenido por segunda vez, el 9 de abril. Había dirigido un secretariado regional de su organización, en el edificio Araguañey del sector Longaray, avenida Intercomunal de El Valle, que les había consumido toda la Semana Santa, desde el Miércoles Santo hasta el Domingo de Resurrección; de allí salió acompañado por Manuel González Meyer, quien era el jefe del Comando Regional Tito González Heredia, que abarcaba el Área Metropolitana de Caracas y el estado Miranda.

“Yo salí primero”, dice González Meyer de esa noche, “y fui a buscar mi carro para trasladar a Gabriel. “Cuando bajamos, vimos a un viejito en un Volkswagen y eso nos dio mala espina.”

Meyer se lo dijo a Puerta Aponte, “Ese viejito es raro”, pero Puerta Aponte no le dio importancia y arrancaron dejando en el apartamento al resto de la directiva del Comando Regional. En la vía, los pasó una camioneta van que para Meyer fue sospechosa, pero aún así siguieron su camino y Meyer dejó a Puerta Aponte en Montalbán, donde lo recogerían para llevarlo a su destino en la clandestinidad, una clandestinidad que ya no era tal para la Disip, organismo que los tenía montados y los seguía para dondequiera que iban, pegados a ellos como garrapatas.

Meyer cogió hacia la redoma de la India, en El Paraíso, donde lo interceptaron los funcionarios de la Disip quienes lo llevaron a la sede de este cuerpo en Los Chaguaramos. Cuando llegó, escuchó una voz conoci-

da, y entonces se percató de que también habían detenido a Puerta Aponte.

En Montalbán, Puerta Aponte había sido abordado por los agentes de la Disip que lo habían seguido para detectar su 'concha' (sitio de ocultamiento) en busca de documentos comprometedores para la guerrilla. Pensaban detenerlo después, pero resolvieron adelantar el procedimiento porque se dieron cuenta de que el jefe guerrillero los había detectado y corrían el riesgo de ser cazados por la presa que estaban tratando de cazar.

Puerta Aponte tenía 39 años en ese momento. Era uno de los guerrilleros más buscados por la Disip y por eso la sorpresa de los policías no tuvo límites al comprobar que andaba desarmado.

La crónica dice que trató inútil e ingenuamente de confundirlos identificándose como un ciudadano colombiano llamado Luis Emilio Martínez Escobar, pero los policías estaban más que seguros de su identidad verdadera y lo detuvieron.

El entonces director de la Disip, Remberto Uzcátegui, se ufanó el domingo 11 de abril, ante los reporteros de sucesos, del golpe que le habían asestado a la guerrilla con la detención de su principal dirigente y de otros miembros de Bandera Roja, al tiempo que se disculpó por haber allanado el apartamento del cantautor Alí Primera, en el edificio Araguañey, diciendo que se trató de un error porque la reunión de Bandera Roja se

realizó en el mismo edificio donde residía este. ¡Error un demonio! Habían allanado a Alí para dejarle un mensaje, que es como actúan desde siempre los cuerpos de seguridad del Estado.

Remberto Uzcátegui, sentado en el mullido sillón de su despacho de esbirro, y con el tabaco tipo Al Capone que le era característico entre sus dedos, mostró fotos de los detenidos, diciendo que todos los que estaban en la reunión del edificio de El Valle fueron capturados esa misma noche; y cuando los periodistas le preguntaron si Bandera Roja quedaba desmantelado con este golpe, respondió:

“No sería tan tajante al decir que queda desmantelado el grupo. Queda gente en las montañas y aunque no tienen mucha experiencia, sí tienen motivaciones y pueden convertirse en un riesgo. Puede producirse un encuentro que estoy seguro será pronto... A los muchachos que están en la montaña se les hará un llamado para que se rindan pacíficamente. Vamos a Oriente a intensificar el operativo para bajar a esos muchachos de la montaña porque si no es así vamos a tener que subir nosotros para quitarles las armas”. (El subrayado es nuestro)

La frase “puede producirse un encuentro que estoy seguro será pronto” demostraba que ya el cuerpo de seguridad tenía detectados a los guerrilleros, y los hechos posteriores dejaron en evidencia la falsedad de las palabras del siniestro policía cuando dijo que harían llamados a los guerrilleros para que se rindieran pacífi-

camente, porque en los sucesos de Cantaura no solo no hubo diálogo sino que el único sonido que se escuchó fue la explosión de las bombas y el tableteo de las ametralladoras del Gobierno.

Al día siguiente, lunes 12 de abril, el Ministro de Relaciones Interiores, Luciano Valero, en presencia del presidente Luis Herrera Campíns, rindió un pormenorizado informe sobre la detención de los hermanos Puerta Aponte y los otros guerrilleros de Bandera Roja al Comité Nacional de Copei, y en una crónica del 14 de abril, El Nacional informó: Valero garantizó que antes de que culmine el año todos los focos de ‘inadaptados’ que todavía subsisten en el país habrán desaparecido”.

Sus declaraciones parecieron confirmar lo que ya era una sospecha para los izquierdistas del país, pues dijo:

“Lo único que hay en Venezuela es la ‘guerrilla de oriente’ que actúa en esa zona. Están, por lo demás, totalmente ubicados.”

“Aunque no quiso dar el número y sólo dijo que ‘no son muchos’, --añadió el periodista que cubrió la reunión— trascendió que son alrededor de 36 personas”.

La exactitud de las informaciones que daban los cuerpos policiales y la seguridad de que antes de que finalizara ese año la guerrilla desaparecería por completo, eran suficientes indicios de que dentro de Bandera Roja había un quinta columna que proporcionaba datos a los investigadores.

Por lo demás, la presunción de que solo había 36 hombres armados pone de manifiesto que cuando el Gobierno destinó cuatrocientos efectivos al procedimiento de Cantaura se había dado la orden de exterminio total.

Los rumores sobre la delación de que fueron objeto los guerrilleros se acrecentaron cuando, después de que se produjo la masacre, los familiares de Luis José Gómez, una de las víctimas, llegaron a declarar en una estación de radio de Anaco que Gabriel Puerta Aponte había sido el informante después de ser capturado en Caracas.

Para ellos, miembros de la Liga Socialista, la detención de Puerta Aponte era un montaje para encubrir lo que verdaderamente había sucedido: el jefe guerrillero se había entregado a cambio de que le garantizaran un trato digno. Y es que no se explicaban cómo un hombre tan experimentado, el que tenía la mejor formación militar, había sido tan fácilmente apresado, sin disparar un tiro ni tratar de escabullirse.

Asimismo se preguntaban cómo era posible que la Disip supiera con exactitud la fecha en que se iba a realizar el pleno regional de Bandera Roja en oriente, en el sitio del mismo ('Los Changurriales del Morocho Evans', en las cercanías del hato Santa Ana) y la forma exacta como estaba distribuido el personal, incluyendo los anillos de seguridad. Solo alguien muy comprometido con la organización podía haber dado semejante dato.

No pareció ser así. En descargo de Puerta Aponte, el mismo González Meyer, a pesar de las diferencias que tienen actualmente (Meyer es chavista), sostiene que en ese momento el jefe guerrillero estaba comprometido con la revolución y que se torció en el transcurso de los años.

Por su parte, Eder Puerta Aponte contaría a sus amigos que Gabriel, al darse cuenta del seguimiento, debió dar vueltas por la ciudad a la espera de que uno de sus hombres, que se había bajado del automóvil, se comunicara con sus camaradas en el edificio Araguaney a fin de que destruyeran cualquier documento comprometededor que tuvieran en su poder, mientras él hacía lo propio. Por eso cuando fue capturado no tenía papel alguno que lo incriminara.

Meyer dice que los papeles comprometedores los tenía él en su apartamento y, cuando la Disip lo allanó, los incautó. Allí había nombres, fechas, lugares sumamente importantes para Bandera Roja y todavía hoy Meyer no sabe por qué los tenía en su poder.

En la reunión del apartamento del edificio Longaray, que era alquilado por la colombiana Claudia Yépez Restrepo, se había discutido la posibilidad del rescate de Pedro Véliz Acuña, preso en el San Carlos. En este sentido, se habían analizado los planos del cuartel, se había estudiado la agenda de otras operaciones y se habían tomado en cuenta los nombres de importantes cuadros urbanos para el rescate. Eder Puerta Aponte estaba en el edificio de la reunión cuando llegó la co-

misión al mando del comisario Arpad Bango, a detenerlos.

--¿Desde cuándo no ves a tu hermano? -le preguntó Bango.

--Tengo mucho tiempo sin verlo -respondió de inmediato Eder, haciéndose el tonto.

--Pues, ya lo vas a ver, porque lo tenemos preso -le respondió Bango, sonriendo con ironía.

Junto con Eder y la colombiana Yépez Restrepo fueron detenidos Luz Carrasquero Viloría, Carlos López Sánchez, Johnny Albino Guillén, José Oscar Garzón Pérez, Rafael Antonio Venegas, Eduardo Solórzano Mirabal y María Fernández Guerra.

Todos ellos fueron condenados a 18 años de presidio por rebelión militar, pero, en 1988, Jaime Lusinchi los indultó. Con el tiempo, tomarían caminos diferentes. Y Bandera Roja se uniría a AD y a Copei en la Coordinadora Democrática que tantos pesares le causó al país en el golpe de estado de abril de 2002 y la huelga petrolera de diciembre de 2002 y enero de 2003.

La actitud asumida por los Puerta Aponte, al dar un giro hacia la derecha desde el momento mismo en que Chávez llegó al gobierno, ha sembrado dudas en el ánimo de aquellos que no creímos nunca la versión de que la traición se había cometido antes, cuando estaban en la lucha armada. Otro hecho que conspira contra ellos es la orden tajante que dieron en el sentido de que no

se hicieran denuncias internacionales sobre la masacre de Cantaura.

“La orden que nos dieron fue: nada de esto debe hablarse, ni siquiera debe haber denuncias ante las organizaciones de derechos humanos”, dijo el abogado Rafael Hurtado, exintegrante de Bandera Roja.

Nadie se explica por qué se dio esa orden. Algunos especulan que para entonces los hermanos Puerta Aponte habían obtenido la promesa de que serían bien tratados en la prisión y la seguridad de que podrían volver a la vida común en su condición de dirigentes políticos, como en efecto sucedió.

Eder Puerta reconocía ante sus amigos que la forma en que los trataron después de la detención de abril del 82 fue diametralmente opuesta a la vez anterior cuando fueron objeto de torturas. En esta ocasión les garantizaron sus derechos como lo establece la Constitución Nacional.

¿Traicionaron ellos al movimiento en ese entonces? No hay informes ciertos en este sentido sino simples especulaciones. Pero el hecho de que con los años se unieran a los partidos de derecha ha conspirado contra ellos. El chavismo los acusa de traidores al proceso revolucionario y muchos de sus excompañeros han comenzado a dudar de sus versiones sobre la masacre de Cantaura.

En este sentido, se dice que el catire Rincón era parti-

Bandera Roja, cansados de la clandestinidad, presos y sin futuro.

“Ahora tienen mucho futuro dentro de la derecha, pero creo que llegaron tarde”, dijo un ex dirigente de BR que pidió el anonimato.

Efectivamente, no parece ser promisorio ese futuro. Sus excompañeros no los ven con buenos ojos, y la derecha desconfía de ellos porque antes eran sus enemigos. Quizás buscando sus quince minutos de fama en las televisoras privadas, se hundieron en un abismo insondable. Pero eso solo lo dirán los acontecimientos, aunque la política es el único oficio donde uno puede tener varias muertes. Es decir, en política nadie está muerto, a menos que se muera de verdad, pues, en algunos casos, políticos a quienes se consideraba muertos, como el Cid Campeador, han ganado importantes batallas; si no, allí tienen a Perón como ejemplo; o a Francois Mitterrand que fue el primer presidente francés en ganar dos veces seguidas después de que se le consideraba un cadáver político en los años sesenta; o al mismo Rafael Caldera, que se postuló numerosas veces a la Presidencia hasta ganar por segunda vez; o Lula da Silva, que se lanzó tres veces antes de ser electo; o Salvador Allende, que se postuló tres veces también.

60 Meyer dice que el caso Cantaura no fue denunciado internacionalmente porque en esos tiempos Bandera Roja sufrió muchas derrotas. “Fue como en el domi-
nó: después que caímos nosotros y que mataron a los

compañeros, cayeron otros comités regionales y estábamos a la deriva, algunos presos y otros huyendo”, dice.

Los enfrentamientos, la delación

Después de la detención de los jefes guerrilleros, en el sector Boca 'e Tigre, cercano a San Mateo en el mismo estado Anzoátegui, fue emboscada una patrulla del FAS, en el cual iban 'Florencio' (Márquez Velásquez), Sor Fanny Alfonso, a quien apodaban 'Patricia' y César Salazar, 'el Chifle'. A quienes varios funcionarios de la Disip ametrallaron inmisericordemente cuando viajaban en un vehículo.

'El Chifle', quien había estado preso a los 16 años en un destacamento militar en Monagas (del que fue liberado por ser menor de edad) sufrió un disparo en la cabeza, por lo que su condición era grave. Sor Fanny tenía un tiro rasante y 'Florencio' sufrió heridas leves con esquirlas, pero pudieron escapar cuando intervinieron otros guerrilleros, entre quienes estaban Efraín Salazar, (apodado 'Luciano'), hermano del 'Chifle', y Albeni Urdaneta, que les abrieron el camino a fuego cerrado.

‘El Chifle’ fue trasladado a Puerto La Cruz y dada la imposibilidad de llevarlo a un centro asistencial, sus compañeros secuestraron a un médico para que lo curara. Efectivamente, se curó y en pocos meses estaba de vuelta al campamento, donde ya sus compañeros heridos llevaban tiempo actuando.

En mayo, los dos destacamentos del FAS estaban reunidos en Barbacoas, a seis kilómetros de Barcelona, cuando fueron avistados por los organismos de seguridad, produciéndose un enfrentamiento a tiros, en el cual murieron dos guerrilleros, cuyos seudónimos eran ‘el Choco’ y ‘Jairo’, y seis funcionarios de la Disip, y doce integrantes de ambos bandos resultaron heridos. Los guerrilleros capturaron a un funcionario de la Disip, a quien dejaron en libertad un mes más tarde cerca de Anaco.

Después, los guerrilleros sospecharían que habían sido delatados por los hermanos Norberto y Alirio Rebanales, conocidos como ‘Inti’ y ‘Almeida’, y un sujeto llamado Dámaso, a quien apodaban ‘el Chino’. Lo supieron cuando la esposa de Efraín Salazar fue detenida preventivamente en Querecual junto a su hijo de apenas tres meses. Al ser llevada a la Disip en la avenida Country Club de Barcelona, ella pudo ver a dos individuos encapuchados a quienes reconoció por la voz como los hermanos Rebanales. Salazar dice haber presentado un informe al frente pero no le hicieron caso, y por eso los Rebanales siguieron haciendo de las suyas en la guerrilla como si nada hubiese sucedido.

El equipo de inteligencia del Frente Américo Silva realizó una investigación en torno a la emboscada sufrida por sus compañeros en Boca 'e Tigre y, así, dieron con el funcionario de la Disip Dionisio Valdés, a quien responsabilizaron del hecho, le hicieron un juicio militar sumarísimo y, en al acto, lo fusilaron. Después, la guerrilla tomó las poblaciones de Bergantín y Santa Inés, y en uno de los hatos de la zona, perteneciente a uno de sus amigos, hicieron una fiesta por todo lo alto, con licor y música, para celebrar la toma de los pueblos. La fiesta hizo tanta bulla que a la mañana siguiente, el ejército cayó en la zona y los guerrilleros debieron retirarse sin pelear.

En una conversación que sostuvo con Rafael Hurtado 25 años después de la masacre, Salazar le dijo que hubo momentos en que confirmó que estaban siendo traicionados por Rebanales, como una noche en que lo vio subir a la camioneta Grand Wagoneer de un tipo con acento italiano. Salazar dice haber puesto en conocimiento del catire lo ocurrido y este le dijo que le presentara un informe, a pesar de lo cual nada ocurrió. Salazar volvería a saber de Rebanales cuando, junto a su hermano César, lo vio en una laguna cercana lavando un uniforme. Después que Rebanales se fue, ambos encontraron un papel con detalles del armamento del FAS, como el calibre, los proyectiles, las armas defectuosas, etc. Pero cuando le hacen ver esto al catire, y le preguntan por qué un hombre que no es el armero ni el parquero tiene una relación del parque de la guerrilla, tampoco les hace caso.

En una discusión, deciden cambiarse de lugar y Rebanales asoma la posibilidad de ir a Los Changurriales. Algunos no estaban de acuerdo porque ese sitio estaba delatado, ya que allí habían estado encontrados los camaradas que se habían fugado del cuartel San Carlos, siete años antes. A pesar de todo, el catire y Márquez deciden trasladar el campamento a ese sector. Y así, sin saberlo, fueron a parar a su lugar de muerte.

Todos coinciden en que Rebanales fue el delator. Para González Meyer la verdadera infidencia estuvo en este personaje, pues la noche anterior a la masacre pidió permiso a sus superiores de la guerrilla, en Los Changurriales, para buscar unos documentos en Cantaura.

Rebanales era hombre de confianza de Roberto Antonio Rincón Cabrera, el catire Rincón, quien, como ya dijimos, había ascendido a jefe del Frente Américo Silva a raíz de la detención de Puerta Aponte, en abril.

Uno de los sobrevivientes de la masacre, Alejandro Velásquez Guerra, 'el Camarita', que era el cuarto comandante en la sucesión del Frente Américo Silva (el segundo era Enrique Márquez y la tercera, Emperatriz Guzmán, 'Chepa'), me dijo que a él le dio mala espina ver el sábado 2 de octubre un avión y un helicóptero que pasaron a cierta altura por encima del campamento.

66

'El Camarita' es uno de los revolucionarios que se quedan para siempre. Comenzó en el año 1970 cuando se

incorporó al Frente Antonio José de Sucre. Allí conoció a Américo Silva, Gabriel Puerta Aponte, Emperatriz, el gordo Cova Mata y el viejo Ruperto, entre otros. De Silva aprendió mucho, porque Silva era un verdadero revolucionario, de esos que, dice, mueren en el camino, combatiendo. Silva había estado en Cuba con Fidel Castro y cuando se unió a las guerrillas en Venezuela, les enseñó a sus hombres a integrarse con los campesinos, con los obreros, con la gente en general, y, sobre todo, les enseñó a ser combatientes humildes.

Velásquez Guerra dice que Silva era diferente a Puerta Aponte y Carlos Betancourt, que se involucraban poco con la tropa, pues por lo general hablaban solo entre ellos, y se la pasaban leyendo libros.

Para 'el Camarita' fue un grave suceso la muerte de su mentor en el estado Bolívar. Recuerda que Silva fue herido al combatir contra la Guardia Nacional y trató de saltar una alambrada pero fue alcanzado y rematado a mansalva.

Si Silva hubiese sido el comandante del FAS cuando se produjeron los sucesos de Cantaura, dice, otra hubiera sido la historia; pues era más desconfiado y tenía un sexto sentido en situaciones comprometidas, es decir, hubiera avizorado que el ataque estaba cercano, cosa que no hizo el catire Rincón a pesar de las sospechas que ellos tenían sobre Rebanales. El catire apoyaba a Rebanales porque este había sido enviado al FAS por Puerta Aponte y Pedro Véliz.

Rebanales había estado en el Frente Antonio José de Sucre con 'el Camarita' y desde entonces este, al igual que Efraín Salazar, sospechaba que era un delator.

Debido a las dudas que se cernían sobre este sujeto, le mandaron a pedir instrucciones a Gabriel, que estaba preso en el San Carlos, y Gabriel confirmó que debía dársele entrada. Según Gabriel, Rebanales y su hermano Alirio eran de su confianza, porque lo habían estado visitando en la prisión. 'El Camarita' cree que los dos hermanos fueron al campamento a buscar información para suministrársela a los cuerpos de seguridad que ya estaban acechándolos, y ellos cometieron el error de admitirlos en el seno del FAS.

“Siempre sospeché de Norberto Rebanales porque él entraba y salía del campamento con mucha libertad y frecuencia y cuando nos quejábamos nos decían que este señor había dejado en la ciudad muchos recursos y estaba tratando de traerlos a la guerrilla. Sin embargo, en los hatos cercanos, donde teníamos muchos amigos, nos alertaban que tuviéramos mucho cuidado, que en Cantaura había mucha gente extraña, muchos carros extraños; también nos alertaron que teníamos una persona sacando información para el enemigo. Esta información se la pasaba yo al catire Rincón y a Márquez y nos decían que era que los campesinos estaban asustados”

⁶⁸ En un programa de televisión realizado en Telecaribe-Barcelona, quince años después de la masacre, Gabriel Puerta Aponte dijo que sin duda Rebanales fue el trai-

dor y añadió que el catire Rincón se confió demasiado, pues se le había advertido sobre este individuo.

Rebanales, dijo Puerta Aponte, había sido detenido por la Disip y el comisario Henry López Sisco, de muy ingrata recordación para la izquierda, lo había reclutado.

“Creo”, dijo, “que hubo algunos factores que predominaron en los compañeros, uno de ellos el factor confianza; estaban confiados en que podrían resolver cualquier situación embarazosa que se les presentara. Se les había advertido sobre Roberto Rebanales, pero a este se le dejaba entrar y salir del campamento, y entonces llevó a la policía la información necesaria para que se diera la masacre”.

Pero Judith López, quien formaba parte de la Federación de Derechos Humanos en 1982 y que estuvo en El Tigre poco después de los sucesos, tiene otra versión. Ella confirma que Rebanales entró al Frente Américo Silva por órdenes de Puerta Aponte y Pedro Véliz. “Él entró recomendado, no escaló posiciones como propagandista de la organización, para ir observándolo, sino que entró por arriba”.

Se le dio el rango de comandante y, por si fuera poco, era el encargado de ubicar el sitio del campamento y de montarlo; es decir, estaba enterado de todo.

“En cierta oportunidad”, cuenta ella, “Rebanales me fue a buscar en un carro sin placas y, como eso era contraproducente, se lo dije a Puerta Aponte, en el San Carlos. Pero Gabriel me regañó, me dijo que no me me-

tiera en eso, que dejara al compañero quieto, pero a mi me daba escozor que ese tipo anduviera en un carro sin placas si era un revolucionario porque en cualquier momento podían detenerlo”.

No fue solo esa vez. Más tarde ella tendría señales de que Rebanales andaba en malas juntas. “Una vez lo vi en el aeropuerto de Maiquetía y estaba en el sitio donde permanecen los agentes de la Disip. Ese tipo fue quien delató el campamento de Cantaura; por su culpa murieron los compañeros”, dice con énfasis.

El Gobierno de Luis Herrera Campíns fue uno de los más tristes de la Cuarta República, un ejemplo de negligencia en grado sumo. Su principal característica fue la de un Presidente que dejó el poder en manos de sus amigos y estos hicieron lo que les vino en gana. Herrera Campíns -aunque pareció ser un hombre honesto porque murió en austeridad-- dejó que en sus propias narices sus amigos desbancaran el país y sus policías cometieran toda clase de tropelías de la mano de Remberto Uzcátegui, quien, dicho sea de paso, fue el protector de Luis Posada Carriles en su andar por los caminos del crimen.

Uzcátegui, en el primer gobierno de Rafael Caldera (1969-1974), había sido el jefe de los llamados “12

70 Apóstoles” de los servicios de inteligencia. Hombres inescrupulosos, temibles, que no se paraban ante nada a la hora de lograr sus propósitos, en nombre de

la República y por autoridad de la Ley; sobre todo los cubanos como Orlando García, Rafael Rivas Vásquez, el Mono Morales Navarrete y el mismo Posada Carriles, que se posesionaron de la Disip durante muchos años, transformándola en una policía corrupta donde se violaban los derechos humanos como en los peores tiempos de la dictadura.

Conforme mostramos en el libro ya mencionado sobre Posada Carriles, este, con todo el caradurismo del mundo, llegó a escribir que en esos tiempos contaban con un Poder Judicial que hacía caso omiso de los derechos humanos, lo que les permitió actuar a su libre albedrío. El resultado fue la tortura, el asesinato y la desaparición de personas como David Nieves, Alberto Lovera y Noel Rodríguez, respectivamente. Entonces, actuando con esa impunidad, ¿cómo no se iba a producir la masacre de Cantaura?

El general Narváez Churión, junto con Remberto Uzcátegui, completó el dúo del terror que, amparado en la negligencia del Poder Judicial y la omisión de la Fiscalía General de la República, acabó con el “peligro” que significaban para el sistema aquellos jóvenes en quienes el mismo Uzcátegui había reconocido que no eran más que muchachos inexpertos. ¡Si algunos no hacían sino pergeñar un manojito de sueños! ¡Y enfrentados a cuatrocientos hombres entrenados y armados hasta los dientes, no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir en un ataque como el que se dio en Cantaura!

Aquí debemos decir que somos conscientes de que todo el que se enfrenta al poder del Estado sabe las consecuencias a las que se expone. Como dicen los abogados, esa es una verdad juri et juri. Pero en todas las convenciones internacionales se deja constancia de la necesidad de preservar los derechos del detenido. Por eso fueron juzgados los soldados y oficiales norteamericanos que en la cárcel de Abu Ghraib, en Irak, abusaron de los presos, en medio de la condena pública mundial.

En el caso de Cantaura, debido a su superioridad numérica –cuatrocientos contra cuarenta-- y al sofisticado armamento con que contaban, especialmente los aviones Canberra y Bronco, el Gobierno podía haber rendido a los guerrilleros con apenas cuatro tiros, pero optó por la peor de las soluciones: el exterminio, amparado en el poderío de que hacía gala en ese momento.

El Gobierno creyó erróneamente que solo se violan los derechos humanos de aquellas personas que son detenidas, no los de los muertos. Pero el asesinato es una violación del derecho a la vida y el derecho a la vida es el más importante de los derechos humanos.

En Cantaura, ese aciago día de octubre de 1982, el gobierno de Herrera Campíns atravesó la delgada línea que separa la sindéresis de la estupidez y se metió en un callejón sin salida...

CAPÍTULO 2

Bombardeados y fusilados

El escenario del suceso

Cantaura es actualmente la capital del municipio Freites, el más grande del estado. Sus límites dan con los municipios Guanipa, Simón Rodríguez y Anaco, e incluso con los de otros dos estados orientales, Monagas y Sucre; por Monagas con Urica, el sitio de muerte de uno de los personajes más sorprendentes de la gesta independentista, José Tomás Boves, y por Sucre con la represa que surte de agua a buena parte de Anzoátegui, el Turimiquire.

Sus habitantes viven de la siembra y del petróleo pues en su territorio conviven comunidades campesinas, sobre todo indígenas, y obreros petroleros y profesionales de la industria; por lo tanto es uno de los municipios que más impuestos recibe por este concepto, debido a la cantidad de empresas que explotan la riqueza del subsuelo. Además, el aeropuerto de San Tomé, que sirve a los municipios del centro y sur de la entidad, está en suelo de Freites.

Sin embargo, Cantaura no ha dejado de ser una población humilde que en la actualidad tiene unos 70 mil habitantes, lo que significa un marcado contraste con el crecimiento que ha experimentado su vecino más cercano, Anaco, que lo dobla en población a pesar de que su territorio es menos extenso. Toda una incongruencia porque, en 1982, Freites era un distrito del cual dependía Anaco. Eso da una idea de lo poco que ha crecido Cantaura en los últimos veinte años.

Sus habitantes, antes y ahora, son sencillos, gentiles, con el alma bondadosa del anzoatiguense y el tesón del oriental. Sin embargo, pese a que fue una tierra en la cual la guerrilla se asentó tratando de consolidar sus sueños de un mundo mejor, nunca la izquierda ha ganado una elección en la Alcaldía; antes por el contrario, el municipio Freites en general y Cantaura en particular, es terreno adeco del más "obsoleto y periclitado". Lo cual no obsta para que todos los años se conmemore la matanza y se recuerde a los mártires con el mismo cariño de siempre. Eso la hace también una tierra digna de estudio por sus enfebrecidos contrastes ideológicos.

Todos los años sus pobladores se vuelcan en fervorosa manifestación de cariño y devoción hacia la Virgen de La Candelaria, en una de las fiestas religiosas más interesantes, llamativas y derrochadoras del país. Por

allí han pasado en el transcurso de los años los más importantes artistas y agrupaciones de Venezuela, como Simón Díaz, Héctor Cabrera, Henry Stephen, Oscar

Martínez, Oscar de León, La Billo's, Los Melódicos y Reinaldo Armas, entre muchos otros, pues a la hora de las fiestas no hay ahorro que valga.

Lo mismo sucede en la conmemoración de la masacre. Los cuatro de octubre de cada año, los más conspicuos representantes de la música revolucionaria han vertido sus versos en la tarima cantaurense, Allí Primera el más recordado de ellos.

Parte del municipio Freites está enclavado en la Mesa de Guanipa, impresionante sabana donde Dios no puso un solo obstáculo y uno puede mirar hasta más allá de donde alcanza la vista. Como no hay cerros, los aviones y los helicópteros vuelan a tan baja altura que es posible tocarlos con la mano.

Es una tierra de buenaventuranza, porque, por debajo, el petróleo fluye en corrientes subterráneas que llenan de dólares a las empresas transnacionales y a las arcas nacionales pero los pueblos que la circundan poco o nada reciben en compensación; al contrario, el trabajador siempre ha sufrido las consecuencias de la riqueza.

Entonces, transitar por la Mesa de Guanipa es andar por un camino cubierto de las más impresionantes contradicciones, que se muestran fácilmente en los gigantes mechurrios que sueltan al viento su flamígera belleza con opulencia de territorio millonario, mientras a su alrededor las comunidades indígenas apenas sobreviven y los pueblos y ciudades ven pasar en cámara lenta los días en el más abyecto de los subdesarrollos.

Ese fue, precisamente, el caldo de cultivo de la guerrilla en los años sesenta y setenta, porque todo guerrillero nace de la rebeldía por la injusta distribución de la riqueza y la violación de los derechos humanos.

De eso hablaban los guerrilleros del Frente Américo Silva que morirían en Cantaura en un video que grabaron sus compañeros de Bandera Roja. Allí, el catire Rincón se refería a que su lucha era por la igualdad de los pueblos, uno de los guerrilleros hablaba de la necesidad de que todos los jóvenes tuvieran acceso a los estudios universitarios y un tercero se refería a su lucha por los campesinos, el sector más desvalido de la sociedad.

“Después de la caída de Pérez Jiménez y de la instauración de la democracia burguesa cuando Betancourt era Presidente –decía Rincón--, las masas populares se ven decepcionadas por lo que ofrecían estos partidos burgueses y se inicia el proceso de lucha armada en Venezuela, es decir, de todos estos veinte y tantos años, el FAS resume apenas unos cinco años de lucha armada”. Después de referir que el FAS surgió de la escisión del Frente Antonio José de Sucre, Rincón decía que la primera gran operación del FAS fue organizar la fuga de La Pica, la cual resultó exitosa. “Nueve de los trece liberados eran miembros del partido. Eso representó para el frente guerrillero un gran apoyo y fortalecimiento, no solamente desde el punto de vista numérico sino por lo valioso de algunos compañeros que allí salían, tres de los cuales están muertos ahora,

Faustino Lugo, Luís Calma y José Noguera". El eco por la discriminación en la distribución de la riqueza tuvo altos decibels en Anaco, Cantaura, San José de Guanipa (El Tigrito) y Simón Rodríguez (El Tigre), de donde, como hemos escrito, surgieron numerosos jóvenes rebeldes que, consustanciados con los problemas de sus pueblos y en busca de la anhelada justicia, tomaron el camino de las armas.

En este sentido, los liceos Briceño Méndez y Cruz del Valle Rodríguez cobijaron en su seno a futuros guerrilleros, muchos de los cuales se fueron al monte sin que todavía les creciera la barba. Así, imberbes, dieron la vida temprana tratando de sembrar el futuro.

El grupo que comandaba el catire Rincón era muy sui-géneris porque algunos de ellos llevaban una vida completamente normal y eran apreciados en sus comunidades. Se les sabía izquierdistas pero casi nadie sospechaba que en las noches se desdoblaban en combatientes uniformados; eran los civiles que ese día 4 de octubre se iban a reunir en asamblea con sus camaradas de la guerrilla.

El sitio donde se iba a celebrar el pleno regional de Bandera Roja en el oriente del país era el único boscoso de la zona. Se le conoce como Mare Mare o Los Changurriales, y está ubicado a nueve kilómetros de Cantaura, en las inmediaciones del hato San Ana.

En la actualidad, buena parte del lugar donde estuvo el campamento ha desaparecido. El sitio dado paso a

la maquinaria pesada que arrasó con los árboles y se construyó una autopista que todavía no ha sido terminada a pesar de que se ha gastado tres veces el dinero que costaba. Después, en el sitio de la masacre se hizo un monumento a los caídos.

Los indígenas que habitan la zona tienen un baile que le da nombre al lugar y que es una de las características de la región: cantando el Mare Mare se abrazan formando un abanico y bailan hacia adelante y hacia atrás en acompasados movimientos dignos de un cuerpo de ballet, las mujeres con sus túnicas costumbristas y los hombres con sus guayucos, aunque el postmodernismo los ha llevado a vestirse como el resto de los mortales y los arcos y las flechas han dado paso a un arma más tecnificada, y en consecuencia más eficaz, el celular.

Coincidentalmente en el centro de Anzoátegui ese 4 de octubre de 1982 se iban a celebrar dos actos paralelos: el pleno de la organización subversiva y la graduación de los bachilleres del Liceo Cruz del Valle Rodríguez donde estudiaba uno de los jóvenes que perecería en la masacre y que por lo tanto sería el centro estudiantil donde con mayor intensidad se sentiría el peso de la tragedia.

Los Changurriales eran fríos y calurosos a la vez como toda zona boscosa en el trópico; fríos en la madrugada y calurosos durante el resto del día, sobre todo cuando la temperatura reventaba los termómetros con 35 grados centígrados a la sombra. Están en una zona bos-

cosa de seis kilómetros de largo, pero los árboles no son de gran altura, así que esconderse allí era un riesgo porque no había seguridad de pasar inadvertido.

Además, los guerrilleros cometieron muchos errores, y se dice que el catire Rincón, con la mayor ingenuidad del mundo, llegaba hasta Cantaura como un habitante más del sector. Para algunos “era como si estuviera jugando a la guerrilla”, y eso, claro está, lo perdió.

A la zona se entraba por la vía del hato Santa Ana, que aún existe. Aunque la geografía ha sido modificada por la construcción de la autopista, todavía queda una importante extensión de vegetación boscosa.

Más allá, la Mesa de Guanipa se extiende en toda una fantástica dimensión que reverbera con el sol intenso del mediodía y se transforma en una gama de colores variopinta en el ocaso; es una de las puestas de sol más maravillosas que uno pueda observar, y en la noche, la luna alumbra como reflector celestial. Entonces la sabana se pone nostálgica. Allá se van los poetas a inspirarse cuando el amor perdido se niega a volver.

Por allí un grupo de guerrilleros y civiles de BR había llegado a la importante cita y el otro se acercaba ya por Cashama, otra comunidad indígena un tanto distante del sitio de la masacre.

Entretanto, buena parte del país, ignorando su existencia (¡guerrilleros! ¿todavía hay guerrilleros? ¡Jesús!), vivía una vida de saudades nuevorrícos, con un dólar a 4,30 bolívares, lo que les permitía continuos viajes a un

Miami que abría sus brazos a todo aquel que pudiera disponer de una buena cantidad de dólares. A los venezolanos, en especial, se les quería y se les adulaba en su peregrinaje de sibaritas irredentos a quienes se les conocía como los “ta’barato, dame dos”.

Por eso, cuando ocurrió la masacre, nadie la entendió.

Muchos creían que la guerrilla era cosa del pasado, pues la gran mayoría de sus exjefes actuaban legalmente, comían en los mismos restaurantes, iban al mismo cine, estudiaban o daban clases en las mismas universidades y compraban libros en las mismas librerías donde lo hacían todos los demás.

El Gobierno, ignorando eso, pretendió cobrar prestigio matando guerrilleros y se hundió en el lodazal de la condena pública.

El ataque sorpresivo

Es increíble que en el campamento guerrillero no se hubieran tomado las previsiones ante la posibilidad de un ataque, ese 4 de octubre, a pesar de que en algunas ocasiones hubo cruce de palabras entre quienes presentían un ataque enemigo y quienes negaban esa posibilidad. Los días anteriores cuando al fin decidieron cambiar el campamento a otro sitio, como hemos visto, el catire Rincón había cometido el error de encargarle el asunto a Norberto Rebanales y este los había conducido, el viernes 1º de octubre, a Los Changurriales, donde se estaba preparando la celada. A los guerrilleros se les informó que pernotarían en ese lugar solo una noche y luego buscarían otro sitio más acorde donde se instalarían definitivamente.

Velásquez Guerra cree que en ese momento ya la suerte de todos ellos estaba echada. Había demasiado movimiento de fuerzas militares en el sector e incluso el día en que se movilizaron para Los Changurriales fueron vistos por los ocupantes de un automóvil.

Los días anteriores, cerca de la compañía Atlántida, una empresa que en la actualidad tiene unos cincuenta años en la zona, los trabajadores habían visto volar un helicóptero del ejército. Como relataremos más adelante, el padre de una de las futuras víctimas de Cantaura se preocupó al darse cuenta de que en ese lugar el Gobierno estaba montando un Teatro de Operaciones.

El sábado, le tocó guardia al 'Camarita', quien hizo el desayuno y, después de comer, todos se prepararon para partir, conforme a lo que se había convenido, pero extrañamente se dio la orden de seguir en el mismo sitio. 'El Camarita' dice haber hablado esa noche con Emperatriz Guzmán 'Chepa', a quien le dijo: "Creo que nos van a atacar pronto". Y ella le respondió: "Yo también lo presiento", y le dijo que estaba convencida de que debían salir de ese lugar cuanto antes. Pero el domingo 3 de octubre ocurrió lo mismo. Se hizo el desayuno y cuando se aprestaban a recoger sus aperos para salir, les dieron la orden de quedarse. En la noche, se establecieron las guardias nocturnas como si todo estuviera normal, aun cuando habían sido alertados sobre el peligro que corrían. En ese momento, las fuerzas militares y policiales los estaban cercando.

Extraño es que, por encima de las advertencias del 'Camarita', y las sospechas de 'Chepa', los demás guerrilleros no se dieran cuenta de que la muerte estaba a punto de echarse sobre ellos con furia denodada, a pesar de todos los indicios que existían en el sector de que el cerco se estaba estrechando en torno a ellos. Incluso,

la noche anterior habían escuchado ruidos que ninguno pudo explicar, pero, contrario a lo que indicaban las normas, no se adoptaron medidas especiales.

Indagando sobre lo ocurrido, tantos años después, uno no puede menos que admitir que Remberto Uzcátegui tenía razón al decir que los guerrilleros eran inexpertos; tan sólo unos pocos, como el catire Rincón, 'el Camarita', 'Florencio', Sor Fanny Alfonso; Mauricio Tejada, un colombiano a quien llamaban 'Plaza', y Chepa, tenían cierta experiencia en la subversión armada, y eso, sabiéndolo el Gobierno, es una prueba más de que actuó con premeditación y alevosía.

"Yo venía con el presentimiento, pero nadie hacía nada", dice 'el Camarita'. "Después de ver el helicóptero y el avión el sábado a las tres de la tarde me preocupé más y el domingo, como a las nueve y media de la mañana, se van Norberto Rebanales y otro apodado 'el Chino'. Esos fueron los delatores".

Efectivamente, nadie entiende cómo fueron tan incautos. Rebanales pidió permiso para salir y el 'Chino' Dámaso dijo haberse torcido un tobillo, como excusa para abandonar el campamento. Efraín Salazar dice haberlo seguido y notó que se encontraba con el mismo tipo de acento italiano de la Grand Wagoneer, de quien ahora se sabe que era el comisario Camilo Cusatti, de la Disip. Se dice que ambos fueron a Cantaura desde donde fueron llevados al Batallón de Cazadores Pedro Zaraza, en Barcelona y de allí, encapuchados, trasladados en helicóptero al lugar de los hechos.

Al ver salir a los dos hombres, Velásquez, presintiendo lo peor, decidió recoger sus cosas para irse con su gente temprano, al día siguiente, y así pasaron las horas tensas en medio de la incertidumbre que sentía. Estaba seguro de que Rebanales los iba a vender, porque ya no le quedaban dudas de que era el delator del que hablaban los campesinos.

Al sonar la diana a las cinco de la madrugada del lunes 4 de octubre, el catire Rincón fue uno de los primeros en levantarse. La alborada del día de su muerte seguramente se le antojó maravillosa porque iba a dirigir una de las reuniones más importantes de Bandera Roja desde que estaba al frente de las operaciones. La patrulla de reconocimiento salió después hacia los alrededores del campamento y alguien encendió el fuego para el café.

Fue un error. El fuego y el humo que se alzó hacia el cielo por entre las copas de los árboles orientaron a los pilotos de los aviones a medida que el sol despuntaba en el firmamento.

Ignorantes de que el peligro los acechaba, casi todos los dirigentes del frente se aglomeraron alrededor del fuego. 'El Camarita' no había dado dos pasos cuando vio los aviones en picada sobre ellos. "Allí", dice con tristeza, "estaban Sor Fanny, Emperatriz y el catire, todos alrededor del fuego, y yo les llamé la atención, diciéndoles, 'Bueno, ¿ustedes no ven que nos están atacando?', y en ese momento se prendió el bombardeo."

El catire no había terminado de sorber el café que tenía en sus manos cuando se le vino encima la muerte. Los aviones soltaron las bombas durante intensos minutos que parecieron una eternidad, en ataque sorpresivo a las posiciones enemigas como si se tratara de la guerra más cruenta, y ellos no tuvieron tiempo de esconderse en ninguna parte, porque cuando te bombardean desde el aire, ¿dónde demonios te escondes?

El rugido de los aviones y el bombardeo sonaban como si el cielo se hubiera resquebrajado en un intenso trueno antes de precipitarse la tormenta.

El catire, según contaría en un escrito Gabriel Puerta Aponte, apenas tuvo tiempo de gritar, “Apaguen la candela”, y Enrique Márquez ordenó, por su parte: “¡A sus posiciones, a sus posiciones!”

Tarde se percataron de que, ciertamente, el fuego encendido había sido un error de primerizos, pero de todas maneras el alerta temprano del ‘Camarita’ los salvó en las primeras de cambio.

Los aviones, uno, dos, tres... jamás supieron cuántos, hicieron varias pasadas rasantes vomitando su carga letal. Cinco cohetes y el fuego de metralla cayeron en diferentes partes del campamento y seis guerrilleros fueron heridos, en medio de la desesperación de sus compañeros. En esos primeros momentos no hubo muertos, pero se tiraba a matar porque se disparaba a mansalva.

En su despacho, el general Narváez Churión recibía los partes de guerra y debe haber sonreído a medida

que la sangre iba cubriendo el campamento. El director de la Disip, Remberto Uzcátegui, ya había tomado un avión desde Estados Unidos, donde se encontraba, para regresar al país a presenciar su obra más notable, la cual era ejecutada por dos de sus hombres de más confianza, Arpad Bango y Henry López Sisco. Este último también estaría involucrado en otras dos importantes masacres: la de Yumare y la de El Amparo.

El general declararía posteriormente que los aviones no fueron utilizados para dañar a nadie, pues tenían un propósito disuasivo y no destructivo, y la ironía popular le respondería, según Puerta Aponte, que este era, evidentemente, un trágico caso de mala puntería: tratando de no darle al campamento, los atacantes habían errado el tiro y habían metido las bombas exactamente en el centro del mismo.

En realidad, se estaba poniendo en práctica la amenaza lanzada unos meses antes por el ministro de Relaciones Interiores en el sentido de que todas las fuerzas militares y policiales se emplearían a fondo para lograr el exterminio de la guerrilla, y ese día todo ocurrió con la singular rapidez y maestría de los ataques sorpresivos.

Por eso no se escuchó ninguna voz del otro lado; nadie hizo un llamado a la rendición; nadie les dijo, “Están rodeados, es mejor que entreguen sus armas”.

86

Simplemente las armas lanzaron su mensaje de muerte y la muerte se cernió sobre ellos como una tenaza.

“Ese momento –dice Alejandro Velásquez– lo aproveché con mi gente para ir al sitio en que habíamos convenido reunirnos en caso de un ataque, pero no había nadie”. Y entonces la desesperación se apoderó de él. Las normas del campamento estipulaban que no debían ir a otro sitio sino al indicado porque eso permitía saber el número de bajas y las condiciones en que se encontraban todos los combatientes; además de coordinar las acciones siguientes para responder al ataque.

De pronto continuó el tiroteo. Ahora eran los militares y los policías de tierra quienes los atacaban. Lo hacían desde diferentes flancos. Después se reanudó el bombardeo inclemente durante todo el día lunes, sin intervalos, con saña, aunque no hubiera respuesta porque ya los guerrilleros estaban muertos, y los otros andaban huyendo.

Puerta Aponte dice que en medio de la confusión, y bajo el fuego de metralla de los funcionarios de seguridad del Estado, una columna guerrillera trató de romper el cerco por una zona distinta a la carretera y tuvo mejor suerte que sus otros compañeros. Avanzaron por entre las líneas enemigas e hicieron evidente que ese era el lado más débil del cerco.

En las cercanías del campamento, sus compañeros habían tenido el primer encuentro con las fuerzas del Gobierno al tratar de pasar un anillo de seguridad de media luna conformado por una serie de puntos fuertes que operaban en forma de emboscada; en ese intento, cayó uno de los combatientes, Antonio Echegarreta,

cuando trató de pasar una alambrada y lo alcanzaron los explosivos de la aviación.

Cuatro guerrilleros de la otra columna, a la vanguardia, lograron romper el cerco para abrirles el paso a sus camaradas, pero en el intento cayeron tres de estos. 'El Camarita' dice que los bombardeos obligaron a sus compañeros a salir a descampado. "Salieron del monte buscando escapar por debajo de un puente, pero los atacantes estaban arriba y los esperaron. Disparando hacia abajo, los cazaron con francotiradores. Allí murieron algunos. Ese fue un exterminio programado". Al parecer, Norberto Rebanales les había dicho a muchos de ellos que, en caso de ataque, no fueran al sitio de concentración sino que salieran por el puente, y allí fue donde los esperaron, según supo después el 'Camarita'.

El resto logró pasar la línea enemiga, exceptuando a dos de ellos que, en situación comprometida, optaron por retroceder y esconderse; eso les salvó la vida, pues se metieron en una especie de cueva vietnamita donde se cubrieron con tierra, cual topos, como habían practicado tantas veces. "Supe tiempo después que estuvieron así durante tres días hasta que salieron del sitio. Uno de ellos vio cuando Rosa, una de las compañeras, herida, era capturada por un soldado. El soldado le dijo a un teniente que había una mujer herida y el teniente le contestó: '¿Herida?, ¿no sabes que no debemos capturar a nadie herido? ¡Ya sabes lo que tienes que hacer!' Y el soldado la remató en el mismo lugar".

Lo mismo sucedió con el colombiano Mauricio Tejada; el otro guerrillero semisepultado dice haber visto cuando este, herido, fue capturado por las tropas. Pero al interrogarlo se dieron cuenta de su acento y lo ajusticiaron en un acto de xenofobia inconcebible en un soldado de la ley. De nada valieron los gritos de Tejada pidiendo que no lo mataran.

Puerta Aponte diría años más tarde que el segundo comandante del FAS, Enrique Márquez, y su novia María Luisa Estévez, fueron igualmente ajusticiados. “María Luisa había perdido el arma durante el bombardeo y Enrique también la perdió después de disparar contra el funcionario de la Disip que fue el único muerto por parte del gobierno el primer día. Los dos fueron capturados vivos y luego fueron ajusticiados”, dijo.

‘El Camarita’ parece escuchar aún el sonido de los disparos y de las explosiones cuando habla: “Después de bombardear y ametrallar el lunes todo el día, en la noche hubo aproximadamente media hora de tiroteo.”

La orden gubernamental, evidentemente, fue bombardear para arrasarlo con el campamento, mientras las fuerzas esperaban afuera a cualquiera que lograra salir, a fin de exterminarlo, en una orgía sangrienta sin precedentes en Venezuela. Este acto criminal se repetiría en El Caracazo del 89, con un considerable aumento de las víctimas.

Eso fue lo que pasó con el catire Rincón: por las heridas del cadáver, se pudo saber que una bomba le destrozó

una pierna; herido, cojeando, casi arrastrándose, salió del campamento y fue rematado sin conmiseración alguna por los atacantes, que no le dieron la oportunidad de rendición establecida en todos los convenios internacionales. Un funcionario de la Disip se ensañó con él disparándole a mansalva hasta dejarlo como un colador.

Fue una orden de exterminio total, de tierra arrasada, de no tomar prisioneros, con una ventaja de diez a uno en el teatro de operaciones; en la guerra (el Gobierno estaba convencido de que estábamos en guerra) los prisioneros son muy molestos, se quejan por todo, hay que tratarlos con mano blanda o de lo contrario sus familiares acuden ante los organismos internacionales de derechos humanos.

Luis Posada Carriles, quien había instituido esta forma de actuar contra los prisioneros en Venezuela, estaba preso en ese momento por el atentado al avión cubano, donde murieron 73 personas.

La orden de matar que se dio en Cantaura quedó impresa, como una huella del crimen alevoso, en los rostros, las cabezas y las sienes de algunos cadáveres que tenían tiros de gracia, e incluso estaban desfigurados.

El mismo resultado del “enfrentamiento” lo indica: 23 guerrilleros y un efectivo policial muertos el primer día, en unas horas apenas, porque ese mismo día ya todos los cadáveres habían sido ingresados al hospital de El Tigre.

Todavía hoy hay quienes recuerdan en Cantaura cómo fueron despertados tan temprano ese lunes de terror y cómo se veía el humo de las bombas desde lejos, desde las casas de los pacíficos habitantes, que no atinaban a entender lo que estaba pasando. ¡Si hasta en Anaco, a unos veinte kilómetros, se oyó el estruendo de muerte y desolación!

“Era como si de pronto se hubiera desatado un huracán, se oía el rugir de los motores de los aviones y el intenso tiroteo o bombardeo, pero todos nosotros estábamos confundidos. No sabíamos de qué se trataba. Yo diría que todos en el pueblo fuimos tomados por sorpresa”, recordaba un cantaurenses.

‘El Camarita’ Velásquez Guerra y sus hombres salieron de la zona de fuego porque corrieron en sentido contrario a sus demás compañeros, es decir, por el lugar donde habían convenido reunirse si eran atacados. Él dice haber seguido las recomendaciones de que, en caso de ataque aéreo, se debe pensar que hay tropas hasta donde lleguen los aviones.

Así que escaparon por la Mesa de Guanipa. ‘El Camarita’ recuerda lo sucedido de la siguiente manera:

“Luego del primer bombardeo, la gente que está conmigo se concentra; los aviones regresan y bombardean tres veces más. Al rato se van los aviones y vienen los helicópteros ametrallando. Yo observo que los helicópteros van dando vueltas en un mismo sentido y les ordeno a los camaradas que nos agarremos en cadena y

nos movamos en el mismo sentido que ellos. Hicimos tres cadenas, por eso no nos pegan ni un tiro... Aquello parecía el infierno. Loas helicópteros dan tres vueltas más y se van”.

En ese momento, les gritó a sus hombres: “¡Prepárense porque nos van a atacar! ¡Posiciónense para responder al ataque!”. Pero no sucedió nada en un intervalo de quince minutos que a ellos les pareció una eternidad. Un silencio ominoso cubrió la sabana y ‘el Camarita’ decidió entonces ordenar que se fueran al sitio de concentración, pero en el camino vieron una pica petrolera y se encontraron a un grupo de soldados justo cuando iban saliendo de un bosquecito. Allí se prendió la balacera. Fuego cerrado. Uno de los guerrilleros, que había sido herido con una esquirla de bombas, cayó muerto en el acto y cuando los demás miraron lo que tenían enfrente se encontraron con un sembradío de patillas que en nada los cubría de las balas enemigas, así que se lanzaron al suelo y, rampando en zigzag un kilómetro, se alejaron del lugar, escondiéndose como podían en unos mogotes de tierra que habían echado unos camiones. Uno de los disparos pasó cerca de la cabeza del ‘Camarita’, pero ninguno hizo impacto en su humanidad. Desde el suelo, vieron cómo sobre sus cabezas pasaban un helicóptero y un avión que se devolvieron para seguir bombardeando el campamento. Cuatro de los diecisiete hombres que huían estaban

92 heridos, pero eran heridas leves, así que pudieron salir de la zona de peligro y se escondieron en unos matorrales hasta que cayó la noche de ese primer día.

Los atacantes entraron al campamento al día siguiente, martes, cuando terminaron la operación exterminio iniciada 24 horas antes. Cantaura había sido tomada por el ejército y la Disip, y parecía que de pronto Venezuela toda hubiera entrado en guerra, aunque en Caracas la situación fuera de completa normalidad; tanto, que las muertes, en principio, parecieron tan lejanas como las del Medio Oriente, pues nadie creía que una cosa como esa pudiera estar pasando en un país que ya se había acostumbrado a vivir en paz. Por eso la masacre, cuando la gente despertó a la realidad, causaría indignación, en especial en liceos y universidades, ya que algunos de los fallecidos eran estudiantes.

Los aviones habían salido con el alba desde la Base Aérea Teniente Luis del Valle García, acantonada en Barcelona, detrás del aeropuerto internacional, cien kilómetros al norte del Estado, por lo que nadie en la zona se percató de su existencia.

En el enfrentamiento del primer día resultó muerto el detective de la Disip, Antonio José Lira García, cuyo cadáver fue llevado también al hospital de El Tigre presentando perforaciones de bala en la cabeza y el cuerpo, mientras un soldado del ejército, herido en los sucesos, era trasladado al hospital Razetti de Barcelona; después se sabría que había sido impactado accidentalmente en el glúteo por uno de sus compañeros.

La vía nacional Cantaura-El Tigre fue tomada militarmente y se impidió el paso de toda clase de vehícu-

los, incluyendo los de los trabajadores de la empresa Corpoven, filial de Petróleos de Venezuela.

Mientras se desarrollaban los sucesos, los miembros de otra columna guerrillera que se dirigían a la reunión del Frente Américo Silva, comandados por Alba Rosa Barreto (la comandante Violeta), observaron desde lejos a los aviones que bombardeaban a sus compañeros, y se lanzaron al suelo para no ser avistados.

Estaban un poco lejos, al oeste del asentamiento de la etnia Kariña, pero, como queda dicho, la Mesa de Guanipa no es precisamente el mejor lugar para protegerse del fuego enemigo, mucho menos cuando este viene del aire. Desde un avión se observa la sabana en toda su impresionante extensión, así que, como pudieron, estos guerrilleros se protegieron en los matorrales, al igual que el grupo del 'Camarita' al abandonar la zona de conflicto.

Pero los pilotos del Gobierno, concentrados como estaban en atacar el campamento, no se percataron de la presencia de la comandante Violeta y sus hombres, lo que les permitió a estos rescatar a algunos de sus compañeros que habían atravesado el cerco militar y venían huyendo del ataque.

Velásquez Guerra anduvo caminando con sus hombres tres días seguidos hasta que, cansados y hambrientos, llegaron a la casa de unos campesinos, a doce kilómetros del campamento, y estos los auxiliaron y les dieron la información de que sus compañeros estaban muer-

tos. Así, supieron que 'Chepa' había sido ajusticiada el martes a las nueve de la mañana, y se enteraron también del fallecimiento del catire Rincón, Márquez, la novia de este, y Sor Fanny, que eran los más conocidos por los periodistas.

"Ellos se habían enterado por la radio y los periódicos que me mostraron. Yo no sabía lo que había pasado porque cuando salimos las fuerzas del Gobierno estaban disparando y bombardeando. Eso fue una masacre, la peor de las masacres", recalca una y otra vez.

Amaneciendo el martes, un grupo de guerrilleros había logrado capturar al capitán Jesús Eduardo Ávila Paolini y a cuatro soldados a quienes desarmaron; eran jóvenes como ellos, jóvenes enfrentados en un combate entre iguales; pueblo contra pueblo. El capitán Ávila Paolini trató de desarmar a uno de los guerrilleros, pero fue sometido. El Gobierno dirá después que fue fusilado por sus captores. Algunas fuentes confirman que fue así.

Alertados por los disparos, llega otro grupo de militares. Se enfrentan a los subversivos pero estos los ponen en fuga. Luego, bajo el fuego de la metralla, se alejan del lugar con los prisioneros, pero más adelante, cuando se consideran fuera de peligro, a pesar de la situación que han vivido durante las horas precedentes, deciden ponerlos en libertad.

"Váyanse, ustedes son gente del pueblo como nosotros", les dicen, y tan cansados están que ni siquiera les

quitan los fusiles porque no tienen arrestos para cargarlos; tan sólo los despojan de las cacerinas. Poco a poco, la zona fue tomada por cientos de militares, tantos, que calcularse en tres mil el número de efectivos que participaron en la persecución de los insurgentes.

‘El Camarita’ estuvo una semana escondido, después fue sacado por los campesinos amigos de la guerrilla hacia Pariaguán. López Sisco le montó un seguimiento tanto a él como a sus hombres, y hubo momentos, dice ‘el Camarita’, en que ellos también estuvieron a punto de cazarlo en un juego peligroso del gato y el ratón, pero luego cada quien cogió su camino, porque López Sisco lo dio por muerto, y, al final, ‘el Camarita’ terminó recalando en una concha en Caracas. Allí elaboró un informe de 18 páginas sobre lo sucedido y sus antecedentes. Recordaba que desde que estaban en el campamento El Gavilán, le había escrito a Puerta Aponte alertándolo del peligro que corrían, pero este nunca les hizo caso. Cuando llegó a Caracas, después de la masacre, le envió una carta al cuartel San Carlos donde le decía que habían muerto 23 compañeros y que uno de los que había quedado vivo, para contar la historia, era él, ‘el Camarita’. A vuelta de correos, la respuesta de Puerta Aponte fue, “¿Y por qué no te moriste tú?”

Hoy en día, Alejandro Velásquez está convencido de que Puerta Aponte negoció con el Gobierno la masacre de Cantaura a cambio de su libertad. “Ahora entiendo por qué no se preocupó por la preparación ideológica y política de los cuadros revolucionarios, como sí

hizo Américo Silva. Nosotros nos tuvimos que preparar por iniciativa propia. Cuando entré a la guerrilla apenas era un campesino que tenía tercer grado. Había entrado a la escuela a los trece años. Después saqué la primaria en Misión Robinson y me sigo preparando, sigo leyendo mucho sobre política". Dice que, en total, se salvaron 17 guerrilleros, contándolo a él. Algunos siguieron en la lucha; a otros, como Alirio Quintero Paredes, 'Mariano', los mataron posteriormente; otros no han querido hablar de la masacre porque todavía tienen temor a las represalias, y a otros no ha vuelto a verlos desde entonces. Una de las mujeres, que vive en Puerto La Cruz, cada vez que escucha un avión y un helicóptero entra en pánico, aún pasado tanto tiempo.

De sus compañeros fallecidos no tiene sino grandes recuerdos. Del catire Rincón dice que siempre estuvo firme en la lucha revolucionaria. Había caído preso a los 16 años y lo enviaron a la Isla del Burro, un campo de concentración adonde llevaban a los presos políticos, en el Lago de Valencia, y de allí salió por una amnistía. Después, el catire se sumó a la guerrilla y cayó preso nuevamente. Se escapó de La Pica y volvió a la guerrilla. Poco conversador, el catire poseía una buena formación política. Era poco malicioso, sin embargo, y por eso se confió con Rebanales. Enrique Márquez, un buen combatiente, se le parecía mucho. La 'Chepa' Emperatriz era de carácter fuerte y siempre estaba lista para el combate; Sor Fanny, muy romántica, una bella mujer (había sido reina de belleza en Puerto La Cruz) y buen oficial; y así, las recuerda a todas, a Rossi,

a Mayra, a Natasha, a Euménides. Recuerda al Chifle, también un buen guerrillero que sobrevivió a la masacre con una herida en el cuello, pero quedó loco y ha desaparecido.

Después de la masacre, 'el Camarita' volvió a la montaña, en 1983, a reconstruir el Frente Américo Silva con Albenis Urdaneta. Llegaron a reunir 80 hombres, y con el tiempo se les unió el comandante Ruperto. Como estaba siendo solicitado por los tribunales militares, Velásquez se quedó en la montaña hasta el 92 cuando Chávez se alzó. Entonces bajó. Había pasado veinte años en la lucha armada y se había salvado de la peor de las muertes en Cantaura. Actualmente tiene 71 años y trabaja en la gobernación de Anzoátegui.

Al día siguiente de los sucesos, el candidato presidencial del MAS, Teodoro Petkoff, hace acto de presencia en Cantaura, donde deja ver su preocupación por el hecho de que no hubiera prisioneros.

“Todos entendemos”, dice el ex guerrillero, “que quien se alza contra el Gobierno sabe a lo que se expone, pero este caso tiene que ser investigado, porque, a pesar de la superioridad numérica, no ha habido prisioneros, ni heridos, sino que todos han muerto”.

El Morocho Evans, un ermitaño que decía haberle llevado periódicos de la zona en varias ocasiones al cati-re Rincón, vivía en una casa en las cercanías del sitio de la matanza, pero un poco más allá tenía animales

en crianza y por eso mantenía contacto con los guerrilleros.

Fue, quizás, el último no combatiente en ver vivo al catire Rincón fuera del campamento. Decía haberlo visto la noche del tres de octubre cuando caminaba sobre los tubos del oleoducto, ignorando que la muerte le pisaba los talones; detrás de él, el estudiante de bachillerato Luis José Gómez daba rienda suelta a sus sueños de un mundo mejor sin imaginar que estos iban a terminar abruptamente a sus tempranos 19 años.

Los guerrilleros caminaban lentamente y, contra la luna, sembraban una hilera de puntos negros en la noche desolada y triste.

El Morocho Evans fue un testigo de excepción; un importante observador que murió casi veinte años después del suceso sin que nadie se ocupara de tomarle una declaración para la posteridad.

Apenas alguien lo escuchó decir que uno de los aviones bombardeó inmisericordemente la zona mientras desde el aire uno de los Canberra disparaba a mansalva sobre el grupo y desde diferentes posiciones en tierra los funcionarios de los cuerpos de seguridad del Estado hacían lo propio como si de pronto todos los demonios hubieran desatado su furia sobre Los Changurriales.

Una cosa que llamó la atención fue el hecho de que, a pesar de estar cerca, el fundo del Morocho Evans no

fue tocado por los disparos ni por las bombas. Esto indicaría que los atacantes sabían exactamente el lugar donde se encontraban los guerrilleros.

Pero, así como el Morocho Evans contaba que le llevaba periódicos al catire Rincón, otros dicen que los guerrilleros salían continuamente de sus conchas y eran vistos por mucha gente.

“Se confiaron demasiado, creyendo que tenían a todo el mundo de su lado”, dice el abogado Ignacio Ramírez Romero, ex presidente de la Federación Nacional de Derechos Humanos de Venezuela, uno de los primeros en denunciar el genocidio.

Una fiesta transformada en tragedia

El 4 de octubre la ciudad de Anaco había amanecido engalanada porque estaba de fiesta. No era para menos, siendo el día de la graduación de bachilleres en el Liceo Cruz del Valle Rodríguez.

Como Anaco era una población pequeña entonces, este acontecimiento movilizaba a todo el mundo, pero en especial a los orgullosos padres, porque sus muchachos y muchachas habían coronado un importante escalón en el camino hacia la profesionalidad que irían a buscar en otras ciudades, tal vez Puerto La Cruz, tal vez Cumaná, tal vez Ciudad Bolívar, donde funcionan núcleos de la UDO; o tal vez Caracas, en la UCV, la Católica o la USB; después de todo, no hay bien máspreciado que uno pueda dejar en la tierra que hijos bien alimentados, mejor criados y suficientemente educados.

De pronto, la mala noticia atacó por mampuesto, traicionera, como siempre ocurre en las tragedias alevosas.

Rafael Hurtado, abogado, quien se ha especializado en rescate de personas en situación de riesgo, era uno de esos jóvenes que se aprestaba a recibir el título, ese día de risas y lágrimas, el cual se le quedó grabado para siempre como quedan grabados aquellos hechos que le marcan la personalidad a uno, tal como lo relató en un artículo publicado en el diario La Noticia de Oriente, el 4 de octubre de 2000, dieciocho años después de los sucesos, y que transcribimos a continuación:

Cantaura en la Guerra Fría

Lunes, 4 de octubre de 1982. Lo que parecía ser un día de parrandas y celebraciones se convirtió de pronto en el más nefasto de los amaneceres. Murió el día sin siquiera amanecer.

“Cantaura, te quemaron el sol, Cantaura.

Y la brisa dice que la luna tiene duelo
por los hombres.

Salieron de cacería y El Tigre vino corriendo
a contarnos que en Cantaura
la muerte llegó arrancando luceros.

(La Chiche Manaure)

Cruz del Valle Rodríguez nuestros títulos de bachilleres. Paralelamente preparábamos una programación para conmemorar la siguiente semana el 15° aniversario de la desaparición del CHÉ en Bolivia.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana. Estábamos a la entrada de nuestro querido liceo, sentados en el piso, conversando. De pronto se apareció la compañera Marlene, dirigente estudiantil del liceo Felipe Guevara Rojas, de Cantaura, para informarnos, entre sollozos, que en la madrugada habían bombardeado un campamento guerrillero, en Los Changurriales, en el cual presumiblemente se encontraba LUIS JOSÉ GÓMEZ -Pomponio-, y era posible que hubiese fallecido en el bombardeo.

En Anaco escuchamos las bombas y precisamente hacíamos chanzas diciendo que eran los adecos celebrando la muerte del dirigente copeyano Lorenzo Fernández.

Todos nuestros planes se nos empañaron en los ojos de la compañera Marlene. Hasta nos olvidamos de las solemnidades del acto de grado. Salimos desesperados a buscar información. Nadie sabía sobre José Luis, ni siquiera su hermano José Luis Franco, vicepresidente del Centro de Estudiantes del Liceo Cruz del Valle Rodríguez, el cual presidía este servidor y del cual también Luis José formaba parte.

Días atrás nos había comentado que iba para Puerto La Cruz a visitar a unos camaradas de la Escuela Técnica,

pero todos, orgullosamente cómplices, sabíamos en lo que andaba.

Era una época difícil pero a la vez muy hermosa dentro del movimiento estudiantil revolucionario, y el sueño dorado de todo militante de vanguardia era alistarse en las filas rebeldes y parársele firmes, pecho en tanque, a los comandantes guerrilleros, aunque fuera a los descamisados. De hecho, todos teníamos nuestras mochilas -con porsiacaso y todo- preparadas ante un utópico llamado de la Comandancia.

Dos días después se confirmó la nefasta noticia: Entre los muertos se encontraba LUIS JOSÉ GÓMEZ. “Fallecido en combate”, era el cintillo de una foto suya tipo carnet.

Se recrudeció el Plan Unión. Lo que siguió fue una ola de allanamientos, persecuciones y detenciones en todo el país, sobre todo en Anaco y Cantaura. Particularmente me salvé de milagro, porque me pasaron el dato de que iban a allanar la casa de mis padres y con un grupo de cantauenses que conformábamos el MEUP (Movimiento de Estudiantes en Unidad con el Pueblo) salimos huyendo para Caracas. Nos enconchamos en la UCV. Allí, en la boca del lobo, nos encontramos gente de todo el país que estaba en la misma situación. Otros estudiantes y dirigentes revolucionarios que no tuvieron acceso oportunamente a la información, o que fue imposible hacérselas llegar por lo brutal de las persecuciones, fueron detenidos y torturados por la Disip, entre ellos la compañera Marlene.

Cada vez que los estudiantes anaquenses nos reuníamos en la Plaza Madariaga de El Paraíso, en el comedor de la UCV o del Pedagógico de Caracas, Luis José, o Pomponio, como le decíamos, era tema obligado. Lo recordamos a menudo despotricando de la bota norteña, delirando en sus chácharas sobre el asalto al Cuartel Moncada, el Granma, la invasión de Bahía de Cochinos, o sobre la crisis de los misiles. Recordamos que idolatraba al Libertador, al Ché, a Salvador Allende, a Sandino, a Camilo Torres, a Farabundo Martí. Era apasionado por los poemas de Neruda, García Lorca y José Ángel Buesa. En alguna oportunidad, incluso, planteó la posibilidad de irse a Nicaragua y alistarse en el Ejército Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), entusiasmado tal vez por una campaña de solidaridad con los nicas que adelantábamos a nivel nacional, mediante la venta de un disco de Luis Mejía Godoy con poemas de Rubén Darío, que todavía conservo.

“Pronto dejaremos de ser el patio trasero de los gringos”, sentenció desde la azotea del Cruz del Valle Rodríguez, en el momento en que izaba la Bandera Nacional cuando nos llegó la información de que los sandinistas habían volado de un bazucazo a Anastasio Somoza.

Qué lejos estaba Pomponio de imaginarse que le iba a tocar protagonizar uno de los más cruentos e inhumanos episodios de la Guerra Fría. Que el nombre de Cantaura quedaría escrito en la Historia, como Hiroshima, Nagasaki, Vietnam, Angola, La Moneda

(Chile) o en la Escuelita de La Higuera (Valle Grande, Bolivia). Que lo habían condenado a muerte cuando sentenciaron a desaparecer de la faz de la tierra, a sangre y fuego, a todo aquel que simpatizara con el socialismo, o que sencillamente no compartiera criterios con el Tío Sam.

Aún hoy con frecuencia lo recordamos, con sus bigoticos cantinfléricos y sus pretensiones de barbas, tirado su guerrillero cuerpo en Los Changurriales del Morocho Evans.

Años después, el Morocho Evans nos comentó, entre tragos, que la noche anterior lo sorprendió caminando apuradito sobre un oleoducto, en la retaguardia del Catire Rincón. Presumimos que efectivamente murió en combate, por cuanto fue uno de los pocos guerrilleros que no presentó “tiro de gracia”, como se puede observar en unas fotos que pudimos recuperar y que guardamos con mucho celo.

Al menos a José Luis se le cumplió uno de los que pudo haber sido su máspreciado anhelo cuando Alí Primera vino a cantarles un año después de la masacre, el 4 de octubre de 1983, a instancias de su inseparable guanatero, el cantor Hendrick Figueroa, e improvisó una canción a los caídos que luego fue uno de sus mayores éxitos: “Los que mueren por la vida no pueden llamarse muertos”.

Los ministerios de Relaciones Interiores y de la Defensa informaron al país ese martes que “en la madrugada del día anterior tuvo lugar un encuentro armado, cuyas acciones se mantuvieron durante el día, entre la Brigada de Intervención de los Servicios de Inteligencia y Prevención (Disip) y unidades de las Fuerzas Armadas Nacionales con guerrilleros uniformados que operaban en las cercanías de Cantaura, estado Anzoátegui. En el sector donde se realizaron las operaciones se logró incautar un cuantioso material de guerra, integrado por armamento, granadas, municiones, morteros de fabricación casera, minas, uniformes, morrales de campaña y abundante abastecimiento, por lo cual se continúa el rastreo y limpieza general de la zona”.

“En el enfrentamiento resultó muerto el detective Antonio José Lira, de la Disip, y herido un soldado de las Fuerzas Armadas Nacionales. Asimismo murieron en el combate integrantes de la Comandancia del Frente Guerrillero Américo Silva, brazo armado del grupo clandestino Bandera Roja.

“Hasta el momento se habían cuantificado 23 bajas y numerosos heridos por parte de los irregulares. Entre los guerrilleros muertos se encuentra Roberto Rincón Cabrera (a) “El Catire Rincón”, quien estaba al frente del grupo armado a raíz de la captura de Gabriel Puerta Aponte, quien era el Comandante General de esa organización subversiva.”

Los cadáveres no habían sido identificados por lo que no se habló en el comunicado oficial de la posibilidad de que entre los fallecidos estuviera algún evadido del Cuartel San Carlos. Tampoco se hablaba de la muerte del capitán Ávila Paolini porque ésta se produjo al segundo día.

Admitía el Gobierno que aviones Bronco y Canberra habían sido utilizados en el operativo antiguerrillero y estimaba que entre 300 y 400 efectivos habían actuado en el procedimiento, sin contar el número de funcionarios de la Disip.

Fue en ese momento cuando una fuente del Ministerio de la Defensa manifestó que los aviones Canberra solo sirvieron como instrumentos disuasivos, aunque admitió que los Bronco sí dispararon. Y, con aspavientos, ufanándose por el triunfo, relató los hechos de la siguiente manera:

“Nosotros pasamos primero los aviones para disuadirlos y quizás eso haya hecho cundir el pánico entre ellos y hayan avanzado hasta donde se encontraban las tropas. Es posible que algunos guerrilleros hayan evadido el cerco que les fue impuesto, pero no tenemos informaciones precisas al respecto. Logramos la ubicación de este campamento guerrillero a través de informaciones que nos vienen llegando desde hace tiempo. Ellos habían dado ciertos golpes propagandísticos en las poblaciones del oriente y nosotros los hemos ido siguiendo hasta que por fin pudimos localizar la zona donde se encontraban, que es un sector despo-

blado. El encuentro en el que perdieron la vida varias mujeres se produjo ayer a las seis de la mañana. Esta es una demostración de que los organismos de seguridad en Venezuela están absolutamente capacitados para cumplir su misión. Hicieron un trabajo de inteligencia realmente completo y han demostrado que tienen una gran experiencia para combatir la guerrilla. La guerrilla en Venezuela no ha tenido ni tendrá futuro. Fue derrotada ayer, es derrotada hoy y será derrotada mañana, porque además de las aptitudes de los organismos de seguridad del Estado, no hay dudas de que las Fuerzas Armadas tienen, indiscutiblemente, poder de combate. La opinión pública mayoritariamente rechaza la subversión y la lucha armada en Venezuela. En nuestro país existe una democracia consolidada y todos pueden actuar dentro de la ley y conforme a la Constitución, de acuerdo con su ideología y su forma de pensar. Yo creo que el comando de la guerrilla ha sido completamente eliminado.”

En Anzoátegui, el gobernador Adel Mohamad Tineo, hizo mutis. Se negó a declarar diciendo que el operativo militar estaba “fuera de su competencia”.

Pero ya en todo el país se tenía noción de que este era el enfrentamiento con mayor número de víctimas desde que la subversión armada surgió durante el período de Rómulo Betancourt, veinte años antes.

Al mismo tiempo, lo que para el Gobierno era una victoria, para los sectores de izquierda era una condena al Gobierno, pues el hecho de que no hubiera he-

ridos ni detenidos indicaba que se había actuado con enseñamiento contra un grupo que, a fin de cuentas, solo había tenido una relativa actividad en los últimos tiempos, sobre todo después de la detención de su jefe máximo, Puerta Aponte.

Como indicáramos en páginas anteriores, en enfrentamientos anteriores habían muerto cinco guerrilleros y tres funcionarios de la Disip, pero la operación más importante practicada por la guerrilla ese año había sido la toma de Bergantín y Santa Inés, dos poblaciones rurales de gente humilde donde había muerto el funcionario Dionisio Valdez.

En Bergantín, un mes antes de su detención, Gabriel Puerta Ponte, con su estado mayor, había ofrecido una rueda de prensa sin darse cuenta de que estaba cometiendo un error.

“Esa fue una estupidez”, dice ahora José Luis Franco, hermano del estudiante fallecido, Luis José Gómez, ‘Pomponio’, “porque, a partir de ese momento, los cuerpos de seguridad supieron dónde ubicar a la guerrilla. Le hicieron un seguimiento a Puerta Aponte a quien agarraron en Caracas mientras le seguían la pista a los guerrilleros y, así, cuando ellos se mudaron de la zona de Bergantín para Los Changurriales, los esperaron y los masacraron. No es posible que Puerta Aponte no se diera cuenta de eso”.

Más o menos fue lo mismo que dijo Narváez Churión en Caracas. Los guerrilleros habían sido sometidos a

un seguimiento después de algunas acciones propagandísticas; por eso las fuerzas gubernamentales llegaron hasta el campamento.

José Luis Franco era el secretario de organización de la Liga Socialista de Anaco, en 1982, y Oswaldo Pino, quien comparte ese mismo criterio, era el secretario general. 'Pomponio' era de los Comités de Luchas Populares (CLP).

“Nosotros sabíamos que el Gobierno iba a atacar a la guerrilla” dice Franco, con énfasis, “y por eso alertamos a mucha gente que iba a llegar a la reunión ese día: gente de Bolívar, de El Tigre, de Sucre, de Caracas, de Carabobo, de Lara, de la UCV, qué se yo; allí iba a haber más de 150 personas. ¡Imagínese lo que hubiera sido eso! Sabíamos que se preparaba algo porque mi papá, que trabajaba en la Atlántida, había visto el helicóptero del Ejército sobrevolando la zona durante varios días, y se dio cuenta de que se estaba montando un operativo contra la guerrilla”.

José Luis dice haberle comunicado sus presentimientos a su hermano. “Le dije, ‘Tengan cuidado, que los van a joder’, pero él no le dio importancia y dijo, ‘Ustedes los de la Liga son unos culillúos, unos bueyes cansados’; eso fue el sábado en la tarde. Entonces me pidió la hamaca, los mecates y el bastimento y se los di. No nos hizo caso y ya usted ve lo que pasó”.

El martes 5 de octubre, cuando se supo la muerte del capitán Ávila Paolini, miles de efectivos militares fueron desplazados a la zona en un impresionante operativo destinado a la captura de los guerrilleros en fuga.

Catorce personas habían sido detenidas en Cantaura, pero al cabo de un tiempo se determinaría que nada tenían que ver con los sucesos y quedarían en libertad.

Las operaciones, al mando del general José Domingo Yépez, estaban centralizadas en el antiguo campamento de cazadores ubicado en la población de Buena Vista, cerca de Anaco.

Los periodistas desplegados en la cobertura del hecho solo tuvieron acceso a los sitios establecidos previamente por las Fuerzas Armadas; de hecho, varios días después, con el escenario convenientemente arreglado, (hay quienes dicen que fue llevada maquinaria pesada para ello) fue cuando pudieron entrar.

Yo estaba en la redacción de El Observador Venezolano, de Radio Caracas TV, cuando el Jefe de Información, Luis García Mora, me dijo: “Hay varios muertos en un enfrentamiento de la guerrilla con el Ejército, en Cantaura. Como esa es tu zona, ¿te gustaría cubrirlo?”

112

Se refería al hecho de que mi crianza fue en El Tigre, donde estudié en el Liceo Briceño Méndez, cuna de

aquellos jóvenes rebeldes de los años sesenta. Presumí que algunos de mis amigos pudieran haber caído en el enfrentamiento y me negué a cubrir el suceso.

El profundo sentimiento de amor que tengo hacia esa zona y los lazos que me unen al estado Anzoátegui podían hacer que torciera la verdad de lo sucedido en un momento dado, pues en el ejercicio del periodismo siempre fui consciente de que debía buscar la verdad sin mezclar mis sentimientos en la cobertura de los sucesos.

Ahora, indagando sobre este infausto suceso, me doy cuenta de que estaba equivocado, ya que en ese momento lo que se necesitaba era un periodista que estuviera comprometido con la zona para dar a conocer al país el crimen alevoso que se había cometido.

A veces los periodistas debemos integrarnos más a los hechos y ofrecerlos al público con toda la pasión que nos marcan nuestros sentimientos; por supuesto, sin apartarnos de la ética que necesariamente debe regir todos nuestros actos.

A lo mejor, eso fue lo que faltó en Cantaura. Porque, leyendo lo que se publicó entonces, salvo honrosas excepciones como las de Evaristo Marín, Pedro Marrero y Argenis Marcano, observo una frialdad espeluznante en los colegas que cubrieron el caso, como si la muerte de 23 jóvenes a manos de cuatrocientos hombres armados con toda la artillería pesada necesaria para una guerra, amén de que estaban mejor entrenados, fuera

un caso más y no un genocidio que debía ser denunciado con vehemencia de periodista independiente.

Era tan impresionante la superioridad de las fuerzas gubernamentales que me he preguntado durante los días que he pasado escribiendo estas líneas cómo fue posible que algunos guerrilleros pudieran evadir el cerco en el campamento.

Ante mi negativa, Luis optó por enviar a Ledda Santodomingo, una excelente reportera, con un sexto sentido estupendo en la búsqueda de la noticia. Ella formaba parte de un grupo de afamados periodistas que durante esos años prácticamente arrasaron con todos los premios en sus especialidades. Fue a Cantaura con Marcos Dinelli, quien tres años antes había hecho las tomas exclusivas del industrial norteamericano William Frank Niehous al ser liberado después de permanecer tres años secuestrado.

Ledda mostró en cámara a funcionarios de la Disip reunidos programando el ataque del cinco de octubre a la zona boscosa por donde había huido un grupo de guerrilleros, y tan pronto le dieron chance, entró a lo que parecía ser parte del campamento guerrillero, donde se observaban algunas trincheras y restos de comida; también, innumerables casquillos de FAL regados en el monte como prueba de la contundencia de las acciones.

Asimismo, las tomas captaban a los helicópteros del Ejército cuyos pilotos trataban de obtener alguna pista

del lugar donde estaban los guerrilleros que habían evadido el cerco; y se veía en toda su extensión el impresionante operativo militar en la zona.

Era como si el Gobierno tuviera un significativo interés en que se mostrara todo aquel operativo de hombres uniformados corriendo de un lado a otro como persiguiendo fantasmas, para hacerle ver al país el peligro que corría cada uno de sus ciudadanos ante la actuación de la guerrilla, aun cuando el ministro de la Defensa había hablado de que el comando del FAS había sido completamente exterminado.

Era evidente que en su cuarto año de mandato, Herrera Campíns había puesto en práctica, más que un operativo antiguerrillero, un operativo propagandístico para tratar de levantar la imagen de un Presidente cuya popularidad iba en franco declive, de cara a las elecciones del próximo año.

Todo había sucedido con demasiada rapidez. Las fuerzas del Gobierno, desplegadas por todas partes, actuaban como si de pronto una fuerza descomunal se aprestara a atacarlas. Y el terror se apoderaba de las comunidades campesinas e indígenas ante semejante despliegue ofensivo.

Para entonces las autoridades militares estimaban en 60 el número de subversivos que intentaban romper el cerco en las zonas montañosas aledañas a Cantaura. El Gobierno indicaba que, a través de altavoces, desde los helicópteros, se les habían hecho

llamados a la rendición, los cuales no habían sido acatados.

Pero esta excusa parecía llegar tarde, pues cuando el Gobierno debió hacer ese llamado, en el momento mismo del ataque al campamento, solo habían hablado las armas. Olvidaba el presidente Herrera Campíns que el venezolano es un ciudadano pacífico que prefiere un mal arreglo a un buen pleito, y que en ese momento, con los problemas económicos que ya se hacían patentes, no era la guerrilla lo que más le preocupaba al ciudadano común.

El desorden fue tan grande que el Gobierno entregó a los medios una lista donde aparecían algunos jóvenes que nunca estuvieron en el lugar de los hechos, como Róger Carías e Iraida Cuenca, lo cual indicaba que las autoridades se movían en el terreno pantanoso de la improvisación. Ese precisamente era el mejor indicio de que los militares y los funcionarios policiales habían ido a la zona con la expresa intención de matar a quienes encontraran; es decir, en buena medida mataron sin saber a quién mataban.

El sábado nueve de octubre, Evaristo Marín, de El Nacional, informaba que los periodistas habían tenido acceso a la zona del suceso. "Cuevas, tipo vietnamita, utilizadas por los guerrilleros como refugio, fueron localizadas en el área. También, en los alrededores de las tuberías petroleras y otras zonas próximas a Cantaura por la vía a El Tigre, este corresponsal y otros reporteros pudieron comprobar la existencia de numerosas

cápsulas de los proyectiles disparados durante la acción militar antiguerrillera”, escribió.

En esa misma edición, el reportero de sucesos en Caracas, Ezequiel Díaz Silva, daba la versión de “fuentes del gobierno” en el sentido de que la delación del campamento partió de dos guerrilleros que, viniendo de Maracay hacia el oriente para participar en el encuentro de Bandera Roja, fueron detenidos en el Parque Guatopo.

Según la nota, los dos hombres, ante la disyuntiva de ir presos, decidieron pacificarse entregando a sus compañeros, pero dijeron que solo lo harían desde el aire; así fue como, en un helicóptero que el fin de semana anterior al ataque estuvo sobrevolando Cantaura y sus alrededores, los dos hombres dieron la ubicación exacta del lugar. Después, fueron sacados por el Gobierno hacia el exterior.

Esta versión concuerda con la declaración de José Luis Franco. ¿Sería ese el helicóptero que vio su padre?

Sobre la ubicación del campamento por parte de las autoridades hay otras hipótesis. Además de las ya mencionadas en el sentido de que pudo haber sido^o Norberto Rabanales, un exsuboficial de la Aviación que estuvo con las tropas del Gobierno en Cantaura, quien pidió el anonimato como condición para declarar, le dijo a uno de mis colaboradores en el presente testimonio que en realidad la delación partió de un hombre, a quien no identificó, un enamorado de una de las mujeres, que

acudía regularmente a reunirse con los guerrilleros en el campamento.

Según esta versión, el individuo, celoso por el empeño que la mujer ponía en sus actividades políticas, y creyendo que ella mantenía relaciones con otro hombre vinculado a la guerrilla, acudió al Batallón de Cazadores de Barcelona donde denunció el sitio de reunión.

“Del batallón se fueron a la base aérea, donde yo estaba, y de allí llamamos al ministro de la Defensa en Caracas; el ministro consultó al presidente Herrera Campíns, el Presidente dio el visto bueno y fueron enviadas las tropas con la orden de acabar con el foco sedicioso”, dijo el informante.

Fue enfático en decir que “acabar” significaba “matar”, y por eso fueron al sitio con esa idea, la que pusieron en práctica sin objeción alguna porque a los militares se les entrena para matar al enemigo.

Otras versiones que hemos recogido indican que acciones como las de Cantaura y Yumare fueron juegos de guerra que pusieron en práctica las Fuerzas Armadas Nacionales.

En lugar de hacer simulacros –los periodistas participamos en algunos de ellos, cuando hacíamos los cursos de corresponsales de guerra con las diferentes fuerzas, a mediados de los ochenta--, actuaban sobre terreno cierto para “practicar” con un enemigo verdadero, de carne y hueso, y atacaban con todo.

Yumare, en Yaracuy, tuvo características similares a las de Cantaura. Aunque hubo menos muertos, nueve en total, no por eso deja de ser tan dramático como el otro. Ocurrió en mayo de 1986 cuando un grupo de civiles guerrilleros fue atacado por la Disip.

El gobierno de Lusinchi –cada gobierno tuvo su masacre en esos tiempos, e incluso Lusinchi tuvo dos, porque en 1988 ocurrió la de El Amparo– informó entonces que las muertes se produjeron en un “enfrentamiento”, pero versiones posteriores indicaron que el grupo que comandaba Henry López Sisco, quien participó en las tres masacres, como queda dicho, asesinó a mansalva a las nueve personas después de rendirlas y hacerlas sentar al pie de unos árboles.

Judith López sostiene que Norberto Rebanales también tiene las manos ensangrentadas en este caso. “Se trató de un grupo de revolucionarios que se preparaban para formar un movimiento. Tuvieron una reunión en Parque Central y Rebanales se los llevó a Yumare. Allí, preguntó por los más veteranos y se los llevó a otro sitio, donde los ejecutó. Pero de esa masacre también hubo sobrevivientes. Uno de ellos me contó lo sucedido”, dijo ella.

Esa versión fue confirmada por mí cuando viajé a Yaracuy a investigar este caso para el libro Yumare, la masacre impune que publiqué en el 2006. El libro provocó una investigación judicial: los cadáveres fueron exhumados y los asesinatos comprobados, motivo por el cual un tribunal les dictó medidas privativas de li-

bertad a los policías involucrados, entre ellos a López Sisco, quien, no obstante, pudo escapar y desde entonces está fuera del país.

En el curso de este hecho, López Sisco resultó herido. Hubo quien dijera que la herida era de gravedad, aunque otras versiones indicaban que en realidad era leve. Se comentó que era un tiro simulado pero el Gobierno lo sacó del país y se lo llevó al exterior, no se sabe si para curarlo o para disimular.

Como fuera, lo cierto fue que este hecho y el de la caída del helicóptero donde viajaba en El Amparo, le dieron a López Sisco una aureola de hombre invencible, superpoderoso, una especie de Rambo venezolano inderrrotable.

Por eso se tornó en un sujeto intocable al que, junto a Remberto Uzcátegui, hasta el Gobierno mismo le tenía miedo. En cualquier otro país donde no predominara el tráfico de influencias ambos personajes hubieran sido investigados por las muertes que produjeron en “ejercicio de sus funciones”, mas no en Venezuela, donde ellos hacían el trabajo sucio que protegía a sus jefes, y sus jefes se encargaban de su impunidad insolente.

La verdad de Yumare, como la de Cantaura, estuvo mucho tiempo sepultada en el mismo cementerio donde la IV República enterraba sus errores y sus pústulas. Pero los sobrevivientes andan por esos caminos de Dios esperando justicia. Por los momentos, en uno de esos casos esa justicia se ha hecho presente. Ahora,

cuando se han reabierto las tumbas de los fallecidos en Cantaura, todos esperan que ocurra lo mismo con la masacre del 4 de octubre de 1982.

Ante el desaguizado con la lista de nombres de los muertos de Cantaura que el gobierno de Herrera Campíns suministró, la cual sembró el pánico en algunas personas cuyos hijos no estaban en el campamento, la Federación de Derechos Humanos, que se había constituido ese mismo año bajo la presidencia de Ramírez Romero, envió a algunos de sus miembros a la zona.

La misión le fue encomendada a Judith López, Humberto Palacios y Ángel Miguez, quienes viajaron a Anzoátegui el jueves siete de octubre y se internaron en la zona boscosa donde murieron los integrantes del Frente Américo Silva, y después les dijeron a los periodistas que el Gobierno estaba mintiendo en relación a la lista de muertos, ya que ellos habían hablado con el estudiante Róger Carías, en Caracas, la noche anterior.

Un desmentido similar haría dos días después la madre de Irida Cuenca, señora Rosa Elena Vásquez de Cuenca, quien no terminaba de recuperarse de los momentos de terror que había vivido cuando supo la noticia de la “muerte” de su hija.

“No quiero ni imaginarme cuántas otras madres están viviendo la misma situación”, dijo ella, después de indicar que había hablado con la joven quien se encon-

traba en Caracas y se aprestaba a regresar a El Tigre donde residía la familia.

Ramírez Romero recuerda que ellos denunciaron lo ocurrido con la premura del caso. “Nosotros dimos en Caracas una rueda de prensa donde mostramos las fotos de los guerrilleros ajusticiados, con tiros de gracia, y pedimos una investigación al Congreso y a la fiscalía, pero después esa investigación se diluyó y fue a parar a los archivos; aún hoy no sabemos qué pasó con la documentación relacionada con ese caso. Pero eso no era nuevo, pues eso mismo ocurrió en casi todos los casos de la Cuarta República”, dijo.

Cuando, después de los sucesos, el Gobierno emprendió una persecución contra todo aquello que oliera a izquierda, dos damas, Desirée y Belinda Álvarez, buscaron hablar con su primo, Oswaldo Álvarez Paz, dirigente del partido de gobierno. Desirée era la esposa de Eder Puerta Aponte, quien estaba detenido en el Cuartel San Carlos.

Álvarez Paz demostró que en asuntos políticos la familia debe quedar de lado porque nunca quiso recibirlas para escuchar sus argumentos.

Belinda fallecería en 1991 a manos de la policía en una protesta universitaria. Le hicieron un disparo en la cabeza con una bala modificada para que no quedara huella del crimen. Una placa la recuerda a la entrada de la UCV desde la Plaza Venezuela.

AQUI CAYÓ BELINDA ÁLVAREZ
A QUIEN QUISIÉRAMOS RECORDAR
COMO LA ÚLTIMA ESTUDIANTE
ASESINADA POR LA POLICÍA

Escuela de Trabajo Social

03-04-1991

Las víctimas del enfrentamiento, finalmente, fueron identificadas. Damos sus nombres en el mismo orden en que lo hizo el Gobierno:

1.-Diego Alfonso Carrasquel (Alejandro). Estudiante, 28 años de edad. Natural de Barcelona, Estado Anzoátegui. Combatiente del Frente Américo Silva.

2.-Sor Fanny Alfonso Salazar (Patricia). Socióloga de 32 años. Egresada de la Universidad de Oriente, núcleo Anzoátegui. Natural de Puerto La Cruz. Graduada de Bachiller en el Liceo Tomás Alfaro Calatrava. Fue destacada guerrillera. Había sobrevivido a una emboscada de la Guardia Nacional en Santa Inés donde fue gravemente herida por disparos de FAL, incluso en la cabeza. Dejó una hija de nombre Sor Fanny Jiménez. Se había incorporado en 1972 a Bandera Roja y desarrolló una labor política en Caracas donde era miembro del Comité Político Nacional. En 1978 pasó a formar filas del Frente Américo Silva y se le dio el grado de primer oficial, el cual ostentaba en el momento de su muerte. Era una hermosa mujer que en 1972 había

sido electa Reina de la I Feria del Mar en Puerto La Cruz y que en su época de liceísta se había distinguido como redactora del semanario El Esequibo.

3.-Eusebio Ricardo Martel Masa (Domingo). Pocos datos sobre él. Apenas, que era un dirigente obrero de 23 años y que había nacido en Caracas.

4.- Carmen Rosa García (Rossi). Estudiante. 19 años. Nacida en Cariaco, Edo. Sucre. Pese a su corta edad, se había destacado en el campo de la cultura popular y las luchas reivindicativas de su pueblo. El mismo año de su muerte se había incorporado al Frente Américo Silva con el rango de combatiente.

5.- Beatriz del Carmen Jiménez (Mayra). Estudiante de 24 años, igualmente nacida en Cariaco.

6.-María Luisa Estévez Arranz (Natasha). 27 años. Estudiante de Arquitectura de la Universidad Simón Bolívar y Zootecnia en el núcleo la UDO-Anzoátegui. Natural de Caracas. Miembro del Secretariado del Comité Político Regional Hugo Guzmán Jaramillo de BR, partido al cual ingresó en 1976. Dos años después, su partido le encomendó tareas revolucionarias en Anzoátegui. Era combatiente y cumplía labores de retaguardia para el momento de su muerte.

7.-Emperatriz Guzmán Cordero (Chepa). 38 años. Fundadora y tercer comandante del Frente Américo Silva. Nacida en Aguasay, Monagas. Compañera de vida del Comandante Pedro Véliz Acuña, fundador del frente. Combatió hasta el último momento en Los

Changurriales tratando de romper el cerco después de que el campamento fue bombardeado. Su cadáver presentaba un tiro de gracia, es decir, fue rematada. Portaba un M1. Fue la primera mujer en subir a las montañas del Turimiquire. Fundadora de Bandera Roja. Participó en el secuestro del industrial Carlos Domínguez Chávez. Se había fugado del Cuartel San Carlos en 1975. Está sepultada en su pueblo natal.

8.- Jorge Luis Becerra Navarro (Gilberto). Estudiante de la UDO, núcleo Bolívar. 20 años. Nacido en Ciudad Bolívar.

9.-Mauricio Tejada (Plaza). Estudiante de la Universidad Central de Venezuela. Nacido en Medellín, Colombia, residenciado en Caracas. En su país se destacó como dirigente estudiantil de nivel medio. Se dijo en el momento de su muerte que había sido miembro del ELN. Formó parte del Partido Comunista de Colombia. Se vino con su familia a Venezuela a continuar sus estudios en el Liceo Andrés Bello de Caracas. Se destacó como dirigente estudiantil en la Facultad de Economía de la UCV, donde fue miembro del Centro de Estudiantes. Se incorporó al FAS en 1978 y para el momento de su muerte era primer oficial.

10.-Luis José Gómez (Pomponio). Dirigente estudiantil (4to. año de Bachillerato) del Liceo Cruz del Valle Rodríguez de Anaco. 19 años, nacido en Anaco. Para el momento de su muerte era combatiente del FAS y dirigente del Centro de Estudiantes del liceo. Su pa-

dre y hermanos eran cuadros de la Liga Socialista en la misma población de Anaco.

11.-Julio César Farías (Miguel). 20 años. Dirigente estudiantil de la Escuela Técnica Industrial de Barcelona. Dirigente comunitario de la populosa comunidad de Los Tronconales.

12.-Roberto Antonio Rincón Cabrera (El Catire). 32 años. Primer Comandante del FAS. Natural de Maracay, Edo. Aragua. Asumió la jefatura del frente después de la detención de Puerta Aponte en Caracas. Para el momento de su muerte era miembro destacado del Comité Político Nacional de Bandera Roja. Se incorporó al movimiento revolucionario desde muy joven, en la década del 60. Fundador de BR. Formó parte del Frente Guerrillero Antonio José de Sucre, asignado al Dtto. Fabricio Ojeda en Ciudad Guayana. Destacó como dirigente de estudiantes, obreros y campesinos de BR. Detenido en 1974, fue llevado a La Pica de donde se fugó en 1977. A partir de ese momento se incorporó al FAS. La mañana del 4 de octubre, a las ocho, fue herido. Cojeando, salió a un claro. Lo persiguieron efectivos del Ejército y de la Disip, sin darle tiempo a nada, lo remataron. Está sepultado en Maracay.

13.- Nelson Pacín Collazo (Víctor). 23 años. Estudiante del tercer año de Economía de la UCV. Nacido en Caracas. Fue destacado dirigente estudiantil. Dejó una carta a su madre explicándole que abandonaba los estudios porque era un revolucionario que se iba a luchar por su patria y le pedía que lo entendiera.

14.-Enrique José Márquez (Florencio). Segundo comandante del FAS. Estudiante de la UDO-Sucre. Nacido en Cumaná. Incorporado a B R en 1975, ya en 1977 era responsable del Comité Político Zonal en Sucre. Un año después ingresó el FAS.

15.- José Miguez Núñez (Zanahoria). Estudiante de la UCV, de 29 años. Natural de Sevilla, España, residía en Caracas. Era hijo único. Sus padres se fueron del país una semana después de darle cristiana sepultura en la capital.

16.-Rubén Alfredo Castro Batista. 27 años. Dirigente obrero del Puerto de La Guaira, donde había nacido.

17.-Baudilio Valdemaro Herrera Veracierta (Robin), 18 años, estudiante de bachillerato. Natural y residenciado en Barcelona.

18.-Antonio María Echagarreta Hernández (Ramón), 24 años, natural de Caracas. Importante cuadro de Bandera Roja en la capital de la República.

19.-José Isidro Zerpa Colina. 28 años, obrero. Nacido en Barinas, Edo. Barinas. Estaba recién incorporado al FAS. Fue uno de los ajusticiados y su cadáver quedó irreconocible. A duras penas se pudo establecer su identidad.

20.- Carlos Hernández Anzola. 32 años. Obrero. Dirigente vecinal y cultural del 23 de Enero en Caracas. En 1978 entró a formar parte de la Unidad Urbana de BR en Caracas y al año siguiente se incorporó al frente

guerrillero, del cual era segundo oficial. Su muerte ocasionó serios disturbios en el 23 de Enero. El Gobierno debió militarizar la zona e imponer un toque de queda en la urbanización, que se prolongó durante varias semanas.

21.-Itamar Lorenzo Morillo (Rafael). Estudiante de la UCV. Nacido en San Luis, Falcón. Era combatiente del FAS.

22.-Carlos Alberto Zambrano Mira (Jaime). 30 años. Responsable político de las milicias campesinas del frente. Natural de Santiago de Chile, residenciado en Cumaná. Su padre, el ingeniero Miguel Ángel Zambrano Ochoa, fue una de las personas que libró la titánica lucha para denunciar la muerte de los 23 jóvenes guerrilleros.

23.- Euménides Isidora Gutiérrez Rojas. Maestra graduada en el Instituto Arismendi de Puerto La Cruz, en 1979. Hija del sargento de la Guardia Nacional Teodosio Gutiérrez. Natural de San Tomé, Anzoátegui. Residenciada en el pueblo de Chorrerón, Guanta, del mismo estado. Se había incorporado en FAS cuatro años antes de su muerte.

Las secuelas

Una información que obtuvimos en el transcurso de la investigación para este libro indica que el jefe del grupo que dio muerte al capitán Ávila Paolini –y que dio la orden de liberar a los soldados que había hecho prisioneros– al final pudo escapar solo, atravesando toda la Mesa de Guanipa, caminando durante horas, hasta llegar, exhausto, a la población de Soledad, la cual está ubicada a orillas del río Orinoco, al sur del estado Anzoátegui, limitando con el Estado Bolívar; allí fue auxiliado por algunos de sus compañeros quienes se comunicaron con sus familiares en Ciudad Bolívar y estos se encargaron de él.

El cálculo que hemos hecho indica que este guerrillero debió caminar 160 kilómetros, tomando en cuenta que desde el campamento de Los Changurriales hasta El Tigre hay 45 kilómetros y desde El Tigre a Soledad, 115. Una verdadera odisea que nunca ha sido contada por los miembros de Bandera Roja, en ese extraño juego de intereses en que se han movido sus líderes desde que ocurrió la masacre; tan solo hemos sabido que en algunas reuniones se hicieron comentarios al respecto.

Otros tres de los sobrevivientes de la masacre fueron Juan Tamoi (Pável), Orlando Súnico Martínez (Sucre) y Carlos Alberto Cumana (Morrocoy), quienes murieron el 29 de julio de 1994 en un enfrentamiento con la policía del municipio Simón Rodríguez (El Tigre).

Los tres, después de escapar del lugar de la masacre, habían subido nuevamente a la montaña con el comandante Ruperto y, con él, se desmovilizaron en mayo de ese año en el acto al que hemos hecho referencia en páginas anteriores.

Poco después, cuando se encontraban en el Paseo Colón de Puerto La Cruz, fueron objeto de un atentado por parte de funcionarios de la DIM, pero salieron ilesos.

El 29 de julio atracaron el Banco del Caribe de El Tigre, desarmaron a unos funcionarios de la policía Metropolitana que custodiaban la nómina de la alcaldía de San José de Guanipa y cargaron con 600 mil bolívares del municipio, una buena cantidad en ese momento.

El abogado Juvencio Vivas, maestro técnico de primera del Ejército (r), quien era el director de la Policía Municipal de El Tigre, recuerda que los asaltantes trataron de escapar hacia Puerto La Cruz, “pero yo había dado la orden de que cuando ocurriera una asalto debíamos tomar las salidas de El Tigre, así que cuando ellos trataron de salir fueron repelidos después de intercambiar disparos con la policía.”

Buscaron entonces hacia Pariaguán, seguidos por la policía municipal y la PTJ.

“Detrás de la clínica Gutiérrez, en la salida de El Tigre a Pariaguán, entromparon a una señora y la bajaron del carro, le hicieron un disparo cerca del oído y la tiraron al suelo. Después, en otro intercambio de disparos, resultaron muertos”, recuerda Vivas. “Ellos cambiaron tres veces de automóvil e incluso lanzaron tres granadas contra las fuerzas policiales”.

Robin Rodríguez, ex secretario general de Bandera Roja en Anzoátegui, en un folleto que escribió a principios de este milenio y que tituló Relato de un subversivo, dice que sus ex compañeros murieron “en una operación encubierta” de la cual no dio mayores detalles.

Juntos habían escapado de la muerte en Cantaura, juntos subieron a la montaña otra vez, juntos se pacificaron y juntos entregaron sus vidas en una acción tan ilegal como inútil. En las primeras informaciones que se difundieron en torno a este suceso se hablaba de ellos como atracadores.

Esta acción produjo molestia entre los dirigentes de Bandera Roja que en ese tiempo se esmeraban en demostrar su disposición a actuar legalmente, y en este sentido, con el nombre de Movimiento por la Democracia Popular (MDP), habían inscrito candidaturas en varias ciudades del país para las elecciones regionales de 1995, año en el cual uno de esos candi-

datos, Miguel Vásquez, ganó la alcaldía de Cariaco, en el estado Sucre.

De manera que la acción de los tres ex guerrilleros, quienes supuestamente actuaron a su libre albedrío, era un retroceso para las aspiraciones de los hermanos Puerta Aponte y otros líderes del grupo. Por eso no hicieron ninguna protesta por su muerte y dejaron solos a los familiares en el entierro.

Pero otro grupo que había sido expulsado del movimiento sí asistió al sepelio al que le dieron un tinte político al punto de que intercambiaron disparos con la policía.

Este hecho motivó una nueva arremetida de los cuerpos de seguridad del Estado contra Bandera Roja, mientras un diario de circulación nacional emprendía una campaña mediática para justificar la represión.

Uno de los detenidos y torturados fue Rafael Hurtado, compañero de clases de 'Pomponio', el estudiante del liceo Cruz del Valle Rodríguez abatido en Cantaura. Hurtado todavía tiene secuelas de la paliza que le dieron los funcionarios policiales.

En Cumaná fue allanada la residencia de la Dra. Rosalía Fernández, activista de Fenadehh, vejada junto a su hijo Ramón, quien también se había desmovilizado con el comandante Ruperto. Este era menor de edad cuando subió a la montaña.

Otro que sufrió los rigores de la salvaje actuación policial fue el ex campeón mundial Antonio Esparragoza,

detenido y golpeado con saña; después la policía pondría una bomba en su negocio, acto criminal que pudo haberle costado la vida junto a sus familiares.

En Maturín fue perseguida la profesora Josefina Guzmán, también de la Federación de Derechos Humanos, cuyo hermano había muerto en Nicaragua cuando luchaba a favor de los sandinistas en contra de la dictadura de Somoza.

Asimismo, un hermano de los Puerta Aponte, Odelfi, vio cómo un jeep de la policía chocaba estrepitosamente contra el muro de su vivienda, derribándolo junto con el portón. Se le detuvo, se le incomunicó y se le torturó inmisericordemente.

Rafael Vásquez, fundador del MBR-200 en Anzoátegui, fue detenido por la DIM al ser allanada su residencia. La DIM negó la detención a pesar de que lo había trasladado a la sede de ese cuerpo en el sector Pozuelos de Puerto La Cruz.

Por este motivo, ante el temor de que lo desaparecieran, un grupo de sus compañeros montó una vigilancia en las cercanías del cuerpo de seguridad del Estado.

Cuando sacaron a Vásquez en un jeep CJ7 blanco, rumbo a Caracas, dos de sus amigos, Rafael Hurtado y Arnaldo Rosas, lo siguieron. Antes de llegar a las curvas de Aguas Calientes, los funcionarios se detuvieron en una estación de servicio. Se habían dado cuenta del seguimiento, así que cuando emprendieron viaje nuevamente, esperaron a sus novatos perseguidores y los

embistieron con el jeep tratando de lanzarlos por un barranco de los muchos que hay en la zona.

Hurtado y Rosas salieron ilesos, pero, dándose cuenta del peligro que habían corrido, optaron por actuar a distancia; sin embargo, cuando llegaron a Caracas, ante la imposibilidad de tener acceso al detenido, contactaron a un médico del cuerpo de seguridad, un coronel asimilado amigo de Rosas, quien sí pudo hablar con Vásquez.

Vásquez permanecía en ese momento completamente desnudo en los sótanos de la DIM, en Boleíta, un lugar de bajas temperaturas porque está ubicado a las faldas del Ávila. Sus amigos le hicieron llegar alguna ropa que el médico le entregó exponiéndose a ser descubierto.

Con el correr del tiempo, Vásquez llegaría a ser presidente del Consejo Legislativo Regional. Vinculado a Luis Alfonzo Dávila pagó por los errores de este y fue expulsado del Movimiento Quinta República.

Con el correr del tiempo, también, los hermanos Puerta Aponte transitarían caminos sinuosos en la política. Gabriel llegaría a ser diputado al Congreso y Eder se uniría al gobierno de David de Lima en Anzoátegui. De Lima es otro que ha andado por caminos sinuosos: estuvo con Chávez, se fue a la oposición y en las elecciones de agosto de 2012, volvió con el chavismo. Su credibilidad en Anzoátegui está en cero. No lo quieren de un lado ni de otro.

CAPÍTULO 3

La indignación. La lucha por recuperar los cadáveres

El mismo día cuatro de octubre, los cadáveres de los 23 guerrilleros fueron llevados a la morgue del hospital de El Tigre. Los médicos, al ver las heridas, se indignaron. Muchos de ellos, en su vida de universitarios, habían simpatizado con la guerrilla, así que aquella dantesca visión de cuerpos desmembrados por el bombardeo, con tiros de gracia, era repugnante en extremo.

Algunos no pudieron ocultar las lágrimas de impotencia ante la forma como se les había masacrado, sobre todo porque se trataba, en buen número, de jóvenes a quienes se les hubiera podido rendir; y además el país no estaba en guerra como decía el Gobierno.

El Dr. José Hernández, el conocido 'Paraulata' de la zona sur de Anzoátegui, un médico de amplia reputación que fue dirigente del MIR en la ULA en sus años juveniles, quedó tan impactado que todavía hoy no puede disimular su disgusto ante lo sucedido.

“Los cadáveres fueron traídos al hospital a las once de la mañana aproximadamente”, dice con un dejo de tristeza en la voz, “y en un momento determinado le pedí al Dr. José Ramón Urbáez que me acompañara a verlos por si había alguien que conociéramos, y nos encontramos con una de las visiones más dantescas de nuestra vida”.

Hace una pausa para recomponerse, desconcertado, como si el suceso estuviera ocurriendo otra vez ante sus ojos. “Los cuerpos estaban quemados, con las extremidades desmembradas, como si los hubieran bombardeado con napalm; por ejemplo, una de las mujeres tenía todo el pecho quemado, y todos tenían, además, tiros de gracia, muchos de ellos en la frente”, dice.

“Uno, el médico”, añade, “está acostumbrado a ver cadáveres, a enfrentar la muerte, pero dudo mucho que haya médico alguno que esté preparado para enfrentarse a lo que vimos ese día. Estuve una semana enfermo por el impacto que sufrí en ese entonces. Eso fue una masacre sin sentido; los militares planificaron la acción con mucha antelación, según los comentarios que escuchamos en el hospital, y cargaron con todo contra los guerrilleros cuando pudieron rendirlos con facilidad”.

Hernández no ha podido olvidar ese día en toda su vida. “Jamás he podido apartar esa imagen de mi mente. La recuerdo como si fuera hoy. No es algo que uno pueda olvidar fácilmente, porque este fue uno de esos sucesos que a uno lo marcan para siempre”.

Quizás fue por eso que uno de los médicos, perdiendo los estribos, le gritó a los militares, “Carajo, ¡cómo pudieron hacer eso!, ¿es que ustedes no tienen hijos?”.

Al día siguiente del ataque, el Gobierno ordenó sepultar a los guerrilleros sin que se le hubiera participado a los familiares de su fallecimiento; incluso, sin ser reconocidos todos ellos. Tampoco se permitió el acceso de los medios de comunicación ni de particular alguno.

El entierro se llevó a cabo bajo estrictas medidas de seguridad en el cementerio de El Tigre. A los ojos del país, fue como si se tratara de enterrar una verdad que, de salir a flote, mostraría las huellas de un crimen insólito. O la aberración de un conjunto de policías y militares capaces de cualquier cosa.

Después, cuando se supo que más de la mitad habían sido ajusticiados en una forma por demás inhumana, todo el país se daría cuenta de la forma tan brutal como la insania se había apoderado de los cuerpos de seguridad del Estado y de sus jefes.

Con el tiempo, la victoria de que se ufana el Gobierno se transformaría en una condena que caería sobre sus autores, y Copei y su candidato Rafael Caldera perderían las elecciones en forma aplastante, pero lo harían con AD, su partenaire en todo este desaguizado que era la democracia en ese entonces.

Todavía faltaban muchos años para que los ciudadanos se rebelaran contra ellos. El primer indicio se produciría siete años más tarde, con El Caracazo, como se

llamó el alzamiento popular del 27 de febrero de 1989, cuando la masacre se cometió ya no con la guerrilla sino con el pueblo mismo.

No obstante, en este momento de crisis del cinco de octubre de 1982, nadie sabía mayor cosa y se especulaba en consecuencia; todo era extraoficial, pues la información estaba centralizada en los ministerios de Relaciones Interiores y de Defensa, y el Gobierno solo informaba lo que le convenía.

De pronto, como había comenzado, el intenso operativo militar desplegado como un abanico de malas intenciones en Cantaura y sus alrededores cesó sin que fueran capturados los demás guerrilleros; como empiezan y terminan las cosas infladas, las noticias sin asidero, los vulgares montajes que en esa época causaban el efecto que los Gobiernos querían.

Pero el gobierno siguió trabajando por debajo de cuerda en otras zonas, allanando casas, deteniendo a dirigentes de izquierda, hasta que se produjo la reacción natural ante el crimen incalificable.

Reacciones y protestas

Primero actuaron los familiares de las víctimas que habían sido identificadas. Era insólito que ni siquiera se les dejara sepultar a sus seres queridos. El Gobierno se había convertido en juez, jurado, verdugo y sepulture-ro al mismo tiempo.

Después, los estudiantes, que reclamaban una investigación por la muerte de sus compañeros; y finalmente, los organismos de derechos humanos.

Por supuesto, la forma arbitraria como habían actuado las autoridades movió a la opinión pública y el caso llegó al mismísimo Congreso Nacional.

El miércoles seis de octubre, el diputado Héctor Pérez Marcano, del MIR, a instancias de José Vicente Rangel y algunas Organizaciones No Gubernamentales defensoras de los derechos humanos, elevó a la cámara un proyecto de acuerdo: "...Que la Cámara de Diputados del Congreso Nacional apruebe abrir una investigación, a través de la Comisión de Política Interior, sobre los hechos acaecidos en el estado Anzoátegui con motivo de la operación realizada por el Ejército y cuerpos

de seguridad del Estado, en la cual, según los partes de los Ministerios de Defensa y Relaciones Interiores, murió un grupo todavía indeterminado de personas. Para adelantar dicha investigación, además de todos los funcionarios y personas que se consideren convenientes, la comisión deberá interpelar a los ministros de Defensa, de Relaciones Interiores y al director de la Disip”.

Pérez Marcano, en su condición de exguerrillero de los años sesenta, habló largo y tendido sobre el suceso. Conocedor de la forma como actuaban los militares y los agentes de los cuerpos de seguridad del Estado, llamó la atención sobre lo que calificó de operación exterminio y exigió que la investigación, esta vez, llegara a sus últimas consecuencias, un lugar común muy usado en aquellos tiempos y que aún hoy no ha dejado de formar parte de la verborrea del político venezolano; también se refirió a la posibilidad de que algunos inocentes hubiesen caído en el operativo, y cuestionó la autonomía de los cuerpos policiales en relación con la jerarquía de la cual dependían.

Según dijo, estos hechos no tenían lugar en el país desde el 23 de enero de 1958 (día en que cayó Pérez Jiménez).

“Según las versiones, desgraciadamente confusas –siguió diciendo Pérez Marcano--, en Cantaura hay un estado de sitio. Existe una suspensión de garantías constitucionales de facto. La investigación es necesaria porque resulta inverosímil que se trate de presentar, de acuerdo a los partes oficiales, como un combate, he-

chos donde la disparidad de bajas hacen pensar otra cosa. De acuerdo a mi experiencia como integrante de un frente guerrillero, siempre que fuimos cercados por el Gobierno pudimos escapar y con muy pocas bajas, a pesar de que en la mayoría de los casos fuimos sorprendidos por el Ejército y nos encontrábamos en situación muy comprometida”.

Y seguidamente dio a conocer la información que había llegado a sus oídos.

“Aparentemente el grupo guerrillero estaba realizando un pleno y, por delación, los aparatos de seguridad estatales se enteraron del sitio donde ocurría esa reunión. Se montó una situación que puede ser violatoria de la Constitución, de los derechos humanos y hasta de acuerdos internacionales que rigen las situaciones de guerra. El Ejército, contrariamente a lo usual, no utilizó helicópteros en ese operativo. Cualquiera que hubiese estado en la lucha armada sabe que el guerrillero sensibiliza su oído para poder captar el ruido que hace el motor de un helicóptero desde distancias muy largas. Pero el Ejército solo usó helicópteros y aviones Bronco y Canberra, cuya presencia sólo se puede detectar cuando es demasiado tarde. Había, entonces, la intención de realizar una operación exterminio. No se dio la posibilidad de rendición a los guerrilleros y en caso de que estos hubieran expresado la intención de hacerlo, no se les dio tampoco oportunidad; por todas las características del hecho fueron masacrados. Es conocido que los cuerpos de seguridad actúan con una autonomía

peligrosa para el estado de Derecho y violatoria de las leyes. A manera de ejemplo podemos citar la muerte de dos de los captores del industrial William Frank Niehous, que fueron ejecutados luego de que se entregaron a las autoridades...”

Niehous, el vicepresidente de la Owens Illinois, fue el secuestrado que más tiempo estuvo en cautiverio en aquellos tiempos. Fue plagiado en Caracas durante el carnaval de 1976 y estuvo desaparecido durante tres años, como escribimos en páginas anteriores.

El 27 de junio de 1979, día del periodista venezolano, un grupo de funcionarios policiales lo rescató en una zona selvática del Estado Bolívar. Efectivamente, los dos guerrilleros que lo custodiaban fueron muertos por los policías.

Entonces se dijo que había habido un enfrentamiento, pero el suceso nunca fue esclarecido a pesar de que los jueces de esa entidad se avocaron a conocerlo; nadie reclamó, tampoco, así que las versiones de una ejecución sumaria quedaron en simples especulaciones, pues los policías que actuaron en el procedimiento fueron exculpados. Lo importante para muchos era que el industrial había sido rescatado. Poco después Niehous se fue a Estados Unidos y nunca más se supo de él.

En el debate del Congreso a que hacemos referencia sobre la masacre de Cantaura también intervino David Nieves, quien, precisamente, había estado preso por el caso Niehous. Nieves emplazó al Gobierno a que acla-

rara si estaba aplicando la pena de muerte. “Si es así, que lo diga y no siga hablando de estado de derecho... La situación de Cantaura se compara con la matanza de palestinos en El Líbano”, dijo antes de manifestar su desconfianza con los resultados de la investigación.

La moción fue aprobada por el MAS-MIR, URD y el MEP; se adhirieron las demás fracciones, incluso la del gobierno, Copei, aunque el jefe de esa fracción, diputado Gustavo Tarre Briceño, rechazó el término exterminio por considerar que esto indicaría que se actuó con la intención de matar; igual posición manifestó Pedro Tabata Guzmán, de AD.

La triste reacción de la Fiscalía

La actuación del Fiscal General de la República, Pedro Mantellini González, fue tan genuflexa como insensata. Al ser requerido por los periodistas, manifestó que ningún familiar había acudido a denunciar los hechos, como si la sola presunción de una masacre no fuera suficiente para que su despacho abriera la correspondiente averiguación por notitia criminis.

Mantellini añadió que, al contrario, sí había recibido denuncias de propietarios de fincas en esa zona que fueron víctimas de delitos contra la propiedad y contra su integridad física y las de los hombres que con ellos trabajaban.

“De manera, dijo, que puede haber alguna relación entre estos hechos dañinos a la propiedad y las personas y las actividades que desarrollaban esos grupos que hoy aparecen enfrentados al Ejército. Las denuncias se referían a abigeato y secuestro, no solo ante la Disip sino ante las autoridades militares que actúan en la zona, por parte de grupos armados y paramilitares. Muchos propietarios se quejaban de que habían abandonado la zona por carecer de la debida protección ante los ataques continuos de esas personas. Actualmente hay

un enfrentamiento entre militares y grupos paramilitares fuertemente armados y actúan desde el primer momento los tribunales militares por notificación del Ministerio de la Defensa, concretamente por el comando del Ejército que ha dirigido esas operaciones. De modo que los tribunales militares ya han abierto su investigación, y a la Fiscalía le quedará oportunamente solicitar del Fiscal Militar, de acuerdo a las previsiones que tiene la Ley del Ministerio Público, la información de los juicios militares. No tenemos información precisa, salvo las denuncias anteriores. La información está restringida mientras continúen estos hechos”.

La triste declaración del Fiscal General no pasó por debajo de la mesa; sobre todo esa patética admisión de que “la información está restringida mientras continúen los hechos”.

Estábamos en presencia de un fiscal atemorizado por el poder, pues se suponía que la Constitución Nacional le daba la facultad de intervenir ante la presunción de violación de los derechos humanos, en lugar de dejar la investigación en manos de los propios verdugos.

Ni imaginar tiene que los tribunales militares iban a ir en contra del ministro de la Defensa, el ministro de Relaciones Interiores y el omnipotente director de la Disip, Remberto Uzcátegui, quien en esos tiempos hacía gala de un poder incommensurable que le reían los propios, porque a ellos cuidaba, y los extraños, porque le tenían miedo.

Cinco meses después, Mantellini daría una demostración de cuánto respeto (o miedo) sentía por este personaje, pues fue Uzcátegui quien ordenó el allanamiento de la Fiscalía General de la República el último año de gobierno de Herrera Campíns.

En esa oportunidad, el gobernador de Caracas, Rodolfo José Cárdenas, ordenó la detención del editor Jorge Olavarría porque este, a raíz del Viernes Negro (como se llamó el día en que fue devaluado el bolívar), publicó en la portada de su revista, Resúmen, un billete en el cual a Simón Bolívar se le veía con un ojo morado.

Olavarría, que en esos tiempos era una especie de enfant terrible, a su edad, se negó a entregarse, se enconchó y de pronto apareció en el Congreso Nacional justo en el momento en que el Presidente presentaba su Memoria y Cuenta anual.

Cuando el acto terminó, Olavarría pidió la protección del Fiscal y éste se la concedió, llevándose a su despacho, mientras la policía rodeaba la sede del Ministerio Público en la esquina de Ferrenquín.

Remberto Uzcátegui, desde un restaurante del este de la ciudad a donde acudía diariamente a ahogar en alcohol los remordimientos que debían atormentarlo por tanta muerte a su paso, envió al Grupo Comando de la Disip, encabezado por López Sisco, a allanar la Fiscalía.

Así lo hicieron.

Olavarría, violentamente, fue sacado del despacho y detenido y el Fiscal quedó como un funcionario que, sin autoridad alguna, había sido incapaz de ordenar el arresto de los policías que le habían faltado el respeto en sus propias narices.

Remberto Uzcátegui fue ascendido a viceministro del Interior y el caso quedó impune para siempre. (Todo el allanamiento y la posterior investigación están relatados en el libro *Objetivo: Chávez. El periodismo como arma, de nuestra autoría.*)

El jueves 7 de octubre, el ministro del Interior, Luciano Valero, arguyó que en Cantaura “el encuentro fue inevitable” y negó que hubiese habido víctimas inocentes, porque la zona estaba despoblada.

“Todavía -dijo- hay combates y estamos en una labor de limpieza ya que pueden haber todavía guerrilleros que lograron salir del anillo de los cazadores y de los cuerpos de seguridad. La operación se mantendrá hasta que se haya limpiado la zona. El encuentro fue inevitable; se trataba de guerrilleros perfectamente entrenados, combatientes con uniformes militares, con armas automáticas, con armas de guerra y, por supuesto, perfectamente adecuadas para la lucha de este tipo. Yo lamento que se pierdan vidas humanas porque han podido ser útiles en otras áreas del país. En Venezuela está más que demostrado que la lucha armada y la guerrilla no tienen futuro ni porvenir; nunca ha podido

tener éxito, ha sido derrotada en varias oportunidades y, desde luego, la democracia y las instituciones tienen medios con que defenderse y hacerle ver a quienes persisten en la lucha armada con métodos contrarios a la Constitución y las leyes, que ciertamente es una temeridad sin objetivos y sin posibilidades de victoria”

Y luego confesó, “Los cadáveres fueron enterrados en fosas comunes sin ser mostrados a sus familiares porque esto sucedió en un acto de guerra. Aún hay lucha armada en la zona y se actúa conforme a las previsiones de este tipo de eventualidades”.

Estas destempladas declaraciones, sobre todo lo relacionado con la “labor de limpieza” y la increíble excusa de por qué los cadáveres habían sido sepultados en fosas comunes, en lugar de entregarlos a sus familiares, motivaron una dura respuesta de los estudiantes universitarios de todo el país quienes se pusieron de inmediato en pie de lucha exigiendo justicia.

El Centro de Estudiantes de la Universidad Simón Bolívar informó que entre las personas muertas en Cantaura hubo cuatro estudiantes universitarios, identificados oficialmente por el Gobierno como Mauricio Tejada, José Miguez Gómez y Nelson Pacín Collazo, de la Escuela de Economía de la UCV, y María Luisa Estévez Arranz, quien cursaba Arquitectura en la USB.

“Condenamos los hechos”, decían los dirigentes universitarios, “nos unimos a todos los sectores que en el país han venido repudiando el caso, el cual consti-

tuye una masacre. Exigimos que los cadáveres sean entregados a sus familiares y los heridos sean atendidos debidamente bajo la inspección de la Cruz Roja Internacional y tratados de acuerdo a las normas internacionales que regulan los enfrentamientos bélicos. El movimiento estudiantil censura la actitud del Gobierno cuando denomina a la operación militar “operativo de limpieza y exterminio”, menospreciando la condición humana y los derechos fundamentales del hombre”.

Pero el Gobierno, incapaz de retroceder, arreció la represión, con allanamientos en todo el oriente, según argüía, en busca de los compañeros de los guerrilleros fallecidos.

Bajo la sospecha de ser uno de los sobrevivientes, un ciudadano identificado como Carlos José Romero fue detenido en el Terminal de El Tigre cuando se preparaba a viajar a San Félix, mientras numerosas viviendas eran allanadas en El Tigre, Anaco, Barcelona, Puerto La Cruz y Cumaná.

El secretario general de AD en Anzoátegui, José Manuel Azócar, denunció la detención de varios militantes de esa organización, entre ellos su propia secretaria, Oneida Álvarez.

También pasaron por ese mismo calvario Ramón Zuniaga, diagramador de El Metropolitano; Reinaldo José Prada, reportero gráfico de El Tiempo y Pepe Pineda, asistente de ingeniería de Inavi.

Zuniaga, un hombre muy apreciado en la zona norte del estado, estuvo preso en la cárcel de La Pica durante tres años al cabo de los cuales salió en libertad. Pero nunca más volvió a ser el mismo porque durante el tiempo que estuvo preso prácticamente perdió a su familia. Murió en el 2003 todavía apesadumbrado por el peso de los años injustos en la cárcel.

Azócar, quien estimó en veinte los allanamientos realizados solamente en Barcelona, negó que los militantes de su partido estuvieran involucrados en actividades subversivas.

En cierta medida era un contrasentido pensarlo, puesto que AD era el mejor aliado de Copei tanto en el Congreso como en otras instituciones. Parecía que la Disip, basada en la autonomía de que hacía gala su director -quien actuaba como le venía en gana, sin rendirle cuentas a nadie--, se daba el lujo de pasar por encima de las leyes sin que sus agentes arrastraran las consecuencias por semejante proceder.

A pocos les quedaron dudas, entonces, de que Herrera Campíns no era más que un monigote en el Gobierno, un Presidente del que se burlaban sus subalternos, lo que se comprobaría después cuando, al perder Copei las elecciones, se abrieron averiguaciones penales contra algunos de sus ministros por delitos contemplados en la Ley de Salvaguarda del Patrimonio Público, y se comprobó cómo se habían enriquecido ilícitamente. Uno de ellos, investigado por los tribunales militares, fue el mismo general Narváez Churión.

José Vicente Rangel, que durante todos los gobiernos de AD y Copei se convirtió en ardoroso defensor de los derechos humanos, ante los abusos que se estaban cometiendo, le salió una vez más al paso al Gobierno con vehemencia democrática.

“Los últimos informes que he recibido revelan que se ha desatado una violenta represión en la zona”, dijo. “No se le ha dado acceso a los medios de comunicación, lo cual configura en la práctica una suspensión de garantías. Es insólito que en un país democrático puedan morir más de 20 personas y la única explicación que se le ha dado a la opinión pública es a través de lacónicos partes oficiales impidiendo que la prensa informe sobre lo ocurrido e impidiendo que se verifique in situ las características de lo que sin ambages se puede calificar de tragedia. El derecho a la vida es sagrado y, como dice la Constitución, ninguna ley puede autorizar la pena de muerte ni autoridad alguna aplicarla. El número de víctimas es tan desproporcionado que el país está conmovido. Mucho más cuando se decía que los focos guerrilleros estaban erradicados; por eso creo que es urgente la investigación del Congreso y de la Fiscalía y que el Gobierno informe con seriedad y suficientemente lo sucedido en Cantaura.”

También se refirió a la información falsa de que uno de los muertos era Róger Carías.

152 “Desmiento la versión oficial de que el bachiller Carías está entre los muertos de los sucesos de Cantaura”, dijo Rangel. “Este fue involucrado irresponsablemente por

el director de la Disip hace unos meses en la muerte de unos agentes de la Disip en el Oriente del país, denuncia que fue suficientemente aclarada por el cúmulo de testimonios favorables a Róger Carías, quien es estudiante de Historia e instructor del Instituto para Menores de Los Chorros. Para la fecha de los acontecimientos estaba recibiendo clases y trabajando en el instituto; ahora aparece entre los muertos cuando de acuerdo a sus familiares todo este tiempo ha estado cumpliendo con sus tareas.”

Por su parte, el ministro de la Defensa respondió las denuncias de Pérez Marcano y de Rangel, insistiendo en que los aviones nunca bombardearon el campamento guerrillero.

En un comunicado difundido el jueves 7 de octubre, el general Narváez Churión dijo: “Los aviones y helicópteros militares que sobrevolaron la zona del oriente del país donde se puso al descubierto un campamento guerrillero no lanzaron bombas ni cohetes cuando intervinieron en la acción antisubversiva del Ejército y la Disip. En este operativo iniciado en una amplia zona montañosa entre Cantaura y Campo Mata, en el Estado Anzoátegui, hubo muertos y numerosos heridos, todos con balas disparadas con armas largas. El Ejército sufrió una baja que fue el capitán Jesús Eduardo Ávila Paolini. La Disip perdió un detective, Antonio José Lira García. También a la fuerza castrense le hirieron un soldado que está fuera de peligro ya que una bala lo alcanzó en el glúteo derecho.”

Y seguidamente explicó las acciones de la siguiente manera: “Cuando los agentes de seguridad de la Disip adscritos al grupo comando se lanzaron al desmantelamiento del grupo guerrillero, contaron con el apoyo por aire y tierra de la aviación y del ejército. Una vez ubicados los irregulares, se procedió con helicópteros y dos aviones OV-10 Bronco de fabricación norteamericana a un intenso hostigamiento. Desde esos aparatos, a baja altura, se hicieron miles de disparos de ametralladora calibre 9 milímetros. Seguidamente un avión de guerra Canberra de la Fuerza Aérea Venezolana efectuó varios vuelos rasantes pero sin arrojar bombas. El Canberra intervino en el operativo para producir entre los guerrilleros un impacto psicológico. El ruido de los motores de ese aparato fue bastante efectivo para que los irregulares salieran de sus escondites y así caer en un cerco militar-policial y provocar un encuentro armado. La batalla fue ganada por el ejército. Cuando el Gobierno señala que hubo muchos heridos en el encuentro, toma como base los numerosos rastros de sangre que fueron hallados en pequeños caminos. Los irregulares que huyeron no tuvieron tiempo de retirar su armamento, tampoco una serie de documentos, equipos de campaña y alimentos, así como medicamentos e instrumentos clínicos para primeros auxilios. No es descartable que muchos de los guerrilleros heridos que huyeron cayeran muertos en la zona montañosa. Al día siguiente del operativo, poco antes del amanecer, varios guerrilleros atacaron a tiros a una patrulla de cazadores que comandaba el capitán Jesús Eduardo Ávila

Paolini. Este oficial resultó muerto al recibir en la cabeza un balazo de Fusil Automático Liviano (FAL). Sobre el soldado herido en el encuentro del pasado lunes, se informa que todo había ocurrido en forma accidental”.

El capitán Ávila Paolini, el único militar muerto en el sangriento suceso, había nacido en Barinas el 20 de marzo de 1951. Sus superiores lo elogiaron como un excelente oficial que se inició en el Centro de Adiestramiento de Reemplazo de Cazadores Sucre N° 1. En mayo de 1981, al mando de una patrulla de cazadores hizo frente a un grupo de guerrilleros en el oriente, con saldo de dos irregulares muertos y otros capturados. En el operativo fue incautado un armamento. El alto mando militar lo ascendió al grado de mayor y lo sepultó con honres militares.

En el primer comunicado desde que ocurrió la masacre, Bandera Roja denunció que el operativo de Los Changurriales era la aplicación de la pena de muerte en el país. Calificó la acción como una “masacre de carácter fascista y terrorista perpetrada por la aviación y sus cazabombarderos. El lunes 4 a las 5: 30 de la mañana, las fuerzas aérea y terrestre bombardearon la zona campesina conocida como Mare Mare, donde habitan numerosas familias campesinas y densa población civil, asesinando en dicho bombardeo a 26 personas. Estamos en presencia de la institucionalización de la pena de muerte en Venezuela”.

Los padres de la estudiante de la Universidad Simón Bolívar, María Luisa Estévez Arranz, Jorge Estévez y

Vicenta Maruja de Estévez, apesadumbrados por la pérdida, tuvieron arrestos para emprender una dramática campaña en busca de que les entregaran el cuerpo de la joven; campaña que llevaron más allá de las fronteras, debido a que él era capitán de aviones DC-10 de Viasa y ella criadora de caballos y propietaria de varios comercios del este de Caracas.

Ambos pudieron tener acceso a los canales nacionales y a televisoras del exterior donde se admiraba su decidida lucha en defensa de sus derechos constitucionales al insistir en que se les diera la negada respuesta acerca del lugar donde estaba enterrado el cuerpo y se les entregara para darle cristiana sepultura. Asimismo denunciaron la actitud complaciente del Fiscal General de la República y la represión de los ministros del Interior y de Defensa.

Jorge Estévez, en su condición de piloto, hizo un llamado de ayuda a sus colegas, quienes se solidarizaron con él de inmediato y de esa manera llegó a todos los confines del mundo una misiva dirigida al Fiscal General de la República, reproducida por Amnistía Internacional en varios países.

Fue de tal magnitud de la campaña de los esposos Estévez que cuando Rafael Caldera, llegó a Filadelfia, en los Estados Unidos, y a Ottawa, en Canadá, el 8 y el 9 de octubre, a dictar cátedras de derecho constitucional y justicia social, tanto en los claustros universitarios como en sus encuentros con los periodistas, lo que

todos querían saber era lo que había sucedido en un pueblito de Venezuela llamado Cantaura.

Caldera, incapaz de deslindarse de la política emprendida por su compañero de partido Herrera Campíns, declaró: “Los que en Venezuela han persistido en forma terca y obstinada en el uso de la violencia y en la acción armada para subvertir el orden tendrán de frente a toda una nación empeñada, hoy más que nunca, en construir un futuro en ambiente de paz y tranquilidad”.

Deploró el elevado costo en vidas por los enfrentamientos, pero a la hora de las lágrimas las vertió políticamente por el capitán Ávila Paolini y el funcionario Lira García, aunque al final se comprometió a interceder porque se hiciera “una exhaustiva investigación” y para que se entregaran los cadáveres a los familiares.

Teodoro Petkoff también fue preguntado por los periodistas cuando, el 9 de octubre, llegó a Bolivia a la toma de posesión de Hernán Siles Suazo.

En ese mismo escenario los dirigentes adecos Carlos Andrés Pérez y Carlos Canache Mata fueron severamente increpados; previamente, en el Perú, Pérez debió detenerse a hablar del tema, que se había convertido en materia obligada a la hora en que se entrevistaba a cualquier líder político o religioso venezolano que llegara cualquier parte del mundo.

La declaración de los esposos Estévez decía: “Con la urgencia constitucional que ameritan las indagacio-

nes –y sobre las circunstancias de modo, lugar y tiempo– de los hechos violentos que se produjeron el día 4 de octubre de 1982 en la ciudad de Cantaura, estado Anzoátegui, en la que perdió la vida un número indeterminado de ciudadanos venezolanos, entre los cuales se encontraba nuestro familiar María Luisa Estévez, y teniendo en consideración que el Ejecutivo Nacional no ha informado suficientemente a la opinión pública sobre esos hechos, y habiéndonos enterado de ellos a través de la prensa y la televisión, sin que en ningún momento hayamos recibido alguna notificación de los organismos del Estado, nos dirigimos mediante esta comunicación al Fiscal General de la República, en su condición de garante de la Constitución y las leyes para solicitar de esa fiscalía las actuaciones siguientes:

PRIMERO. Que se ordene una investigación exhaustiva tendiente a averiguar de manera clara y convincente cómo se produjo la muerte de María Luisa Estévez y del resto de los jóvenes que en esas circunstancias acia-gas fallecieron.

SEGUNDO. Que dadas las condiciones como fueron sepultados, negándose nuestro derecho a su cadáver para comprobar su identidad y determinar mediante experticia legal la forma como se produjo su muerte, solicitamos de su competente autoridad la INMEDIATA EXHUMACIÓN DE LOS CADÁVERES a los fines pertinentes.”

Y finalmente mencionaban las normas constitucionales en las cuales fundamentaban su solicitud.

El Gobierno se contradice

La presión internacional era de tal magnitud que a medida que pasaban los días, parecía que el Gobierno se estaba quemando en su propio horno.

Las versiones eran cada vez más contradictorias, hasta que, compelidos por la opinión pública, el propio presidente Herrera Campíns y el ministro Narváez Churión se dieron cuenta de la magnitud del error cometido y llegaron a decir que la decisión de atacar el campamento fue tomada por los mandos naturales del Ejército y de la Disip sin haberlos consultado previamente y que se enteraron de los hechos cuatro horas después de ocurridos.

A muchos les pasó por la mente que ambos estaban tratando de responsabilizar a sus subalternos para escurrir el bulto.

Y por si fuera poco, hubo encuentros verbales entre los jefes de la Disip y de las fuerzas militares, cada uno descargando las culpas en los otros, cuando se dieron cuenta de que la versión del enfrentamiento se caía

a pedazos porque el motivo que dieron era tan frágil como un castillo de arena.

En el procedimiento se habían cometido demasiados errores y ya en la opinión pública no quedaba dudas de los ajusticiamientos, los cuales se confirmaron cuando los familiares tuvieron acceso a los cadáveres.

La exhumación de los cadáveres

La fiscal primera del Ministerio Público en la zona sur de Anzoátegui, Luisa Marcano Berti, abrió una investigación instada por la protesta popular y la indignación de los dirigentes gremiales que clamaban una actuación más resaltante de parte del organismo garante de los derechos constitucionales.

Ya el lunes 11 de octubre, a una semana de los sucesos, los medios titulaban con la exhumación que se realizaría ese mismo día.

El ministro de la Defensa, de visita en la zona del suceso acompañado de periodistas de Caracas, esgrimió una excusa tan lamentable que contradecía lo dicho por el ministro del Interior: los cadáveres habían llegado a la morgue del hospital en tal estado de descomposición que debieron ser enterrados en fosas comunes, una vez realizada la necrodactilia.

Y aunque se había dicho que en la exhumación se permitiría el ingreso de los periodistas, al final no sólo no se les dejó hacer su trabajo sino que algunos de ellos

fueron agredidos por los militares presentes, quienes obedecían órdenes del juez militar de Maturín, mayor Gustavo Pérez Herrera; de su secretario, el teniente Richard Mora, y del fiscal militar, el capitán Luis Véliz Guerra.

A la doctora Luisa Marcano Berti, quien se presentó al sitio, las autoridades militares tampoco le permitieron presenciar la exhumación.

“Lo lamentamos mucho, doctora, esta no es su jurisdicción”, le dijeron, imperativos, “desaloje el cementerio inmediatamente”.

La fiscal, rodeada de efectivos militares en actitud amenazadora, se vio obligada a obedecer.

Era insólito lo que estaba ocurriendo.

En lugar de la natural cooperación entre los diferentes poderes, o las diferentes jurisdicciones, se maltrataba a la representante de la vindicta pública, aun cuando ella alegaba haber sido autorizada por la propia Dirección General de la Fiscalía.

La orden de desalojo la había impartido su “colega” el Fiscal Militar, quien, a solicitud del Ejército, decía ser el “autorizado” a presenciar la exhumación, como si las víctimas tuvieran una jurisdicción específica aún después de muertos.

Pero ese capitán, como ocurrió después, solo estaba allí para impedir que la verdad saliera a la luz pública; o, cuando menos, si no podía impedirlo, el Gobierno iba

a tratar de que no se penalizara a quienes habían ajusticiado a los guerrilleros.

Por eso, cuando mis colaboradores buscaron en el hospital de El Tigre los protocolos de autopsia o algún documento que indicara adónde habían ido a parar estos, no encontraron nada.

Judith López, quien acompañó a los familiares en su peregrinaje angustioso para recuperar los cadáveres, tiene una explicación a eso, pues dice que a uno solo de los guerrilleros fallecidos, a Nelson Pacín Collazo, se le practicó la autopsia. “Estaba reventado por dentro, y tenía una pierna partida. Por eso existió la presunción de que los agentes de la Disip habían usado balas explosivas en el operativo”. Aunque resultara insólito, a los demás no se le hicieron las correspondientes autopsias, añade, lo que constituyó una evidente violación a la Ley.

López, que hoy es economista y trabaja en el Ministerio de Salud y Desarrollo Social, debió hacerse pasar como familiar de Pacín Collazo por temor a ser detenida.

“Pero, cuando esperábamos los cadáveres, un funcionario de la Disip se estaba vanagloriando de haber matado al catire Rincón, ‘Ese tipo, decía, se la tiraba de arreo, así que cuando lo vi le disparé en los brazos y en el pecho’. Resulta que cuando sacaron el cuerpo del catire me di cuenta de que el Disip estaba en lo cierto. Lo habían acribillado y tenía las piernas destrozadas; eso me produjo una indignación total y lo increpé fuer-

temente". El funcionario amenazó con llevársela detenida y en eso la madre de Pacín Collazo intervino y le dijo: "Desgraciado, no te conformas con matarme un hijo sino que también quieres llevar presa a su hermana". Y el hombre, ante la decidida madre, retrocedió y se alejó.

Mauricio Tejada, el colombiano, tenía un tiro en la nuca que le voló parte del rostro. "Aquello era dantesco. Cuando sacaron los cuerpos en el cementerio, nos dimos cuenta de que solo cinco de ellos habían sido enterrados en fosas aparte, los demás estaban en una fosa común, todos desnudos, exceptuando a la 'Chepa', que era la única que estaba vestida con su uniforme; todos estaban descompuestos. Para sacar los ataúdes usaron máquinas excavadoras porque el cementerio estaba lleno de agua".

Previamente, los familiares y ella, junto a Ángel Miguez y otros miembros de la federación, hicieron vigiliias en el cementerio. "Una noche los militares inventaron que los guerrilleros iban a llegar al cementerio e incluso dispararon ráfagas; nos dimos cuenta de que trataban de amedrentarnos, pero no les hicimos caso. Entonces se marcharon y nos dejaron solos en el sitio. En vista de eso decidimos irnos también, pero regresamos al día siguiente".

En el hospital no hay documento alguno sobre el caso, nada más queda como huella de la tragedia una fría

lista de cadáveres entregados a los familiares donde se hace constar que uno de ellos no fue requerido por persona alguna, motivo por el cual fue sepultado por órdenes de las autoridades en el cementerio de la ciudad.

Alguien que estuvo en ese nosocomio en el momento del suceso y que todavía trabaja allí asomó el comentario de que los militares se llevaron todos los documentos en el momento mismo de los hechos.

Es decir, cualquier rastro, indicio, o prueba de la masacre desapareció con esos documentos. Era así como actuaban los Gobiernos de la Cuarta República: mataban y desaparecían los rastros incriminatorios del crimen.

Peor aún sus tribunales.

En lugar de abrir una investigación en torno a la forma como actuaron las fuerzas castrenses y los cuerpos de seguridad del estado, el tribunal militar de Maturín la emprendió contra civiles a quienes les dictó auto de detención. Esos civiles, como explicamos en el caso de Zuniaga, fueron trasladados a la cárcel de La Pica donde estuvieron presos algunos años.

No sólo se había violado descaradamente la Constitución en la Operación Exterminio sino en los juicios porque los civiles fueron juzgados por tribunales militares aun cuando la Carta Magna de 1961 establecía, como la del 99, que cada quien debe ser juzgado por sus jueces naturales.

Aquella tarde soleada del 11 de octubre, a una semana de los sucesos, la exhumación comenzó a las dos y media y terminó pasadas las 6:00 p.m.

Familiares de algunas víctimas, con el corazón encogido por la tragedia y la indignación atenazándoles el alma, estaban presentes.

Petrica Salazar de Alfonso, madre de Sor Fanny, indignada, gritaba por los restos de su hija para darles cristiana sepultura en Puerto La Cruz. Sor Fanny era una joven muy apreciada en esa ciudad; fue una socióloga que nunca ejerció y una reina de belleza que dejó el esplendor de la pasarela por el tormento del monte con el fusil al hombro.

Allí estaban también, entre los más destacados, los familiares del catire Rincón, de Emperatriz Guzmán, de Enrique José Márquez, de Carlos Alberto Zambrano y de María Luisa Estévez.

La madre de esta se indignó tanto al ver el cuerpo de su hermosa hija acribillada a balazos en las piernas y con un tiro de gracia, que se lanzó sobre el fiscal militar, gritando improperios contra sus victimarios, descontrolada por el dolor. La visión era brutal para todos los familiares.

166 Poco antes, la señora Estévez había declarado a los periodistas lo siguiente: “Si mi hija estaba o no vinculada con grupos guerrilleros, es cosa que yo no sabía. Lo

que quiero ahora es ver el cadáver para saber si se trata de ella y darle una honrosa sepultura. Mi hija fue víctima de una masacre que debe ser investigada exhaustivamente. Ella era una estudiante sin antecedentes e integrante de un hogar ampliamente conocido por la sociedad caraqueña. El sábado 2 de los corrientes mi hija viajó a Puerto La Cruz con un amigo. Ella llegaría a la casa de su abuela materna. Fue algo terrible como me enteré de su muerte. La noche del pasado jueves, otro de mis hijos, de ocho años, estaba en casa viendo la televisión y en un noticiero aparecía la foto de María Luisa. El niño lanzó un grito, 'Mamá, mamá, han matado a mi hermana en un encuentro con guerrilleros'. No estoy de acuerdo con las palabras 'exterminio' y 'limpieza' expresadas por el titular de Relaciones Interiores cuando se refiere a los sucesos contra los guerrilleros en el Estado Anzoátegui."

"No he podido olvidar eso", dice Judith López. "Estuve tan mal después de presenciar esa barbarie que perdí dos semestres en la universidad. Creo que me desequilibré por las escenas dantescas que tuve que presenciar ese día y por la manera como se comportaban los representantes del Gobierno".

La forma como fueron protegidos los efectivos militares y los funcionarios policiales que actuaron en el "procedimiento", gracias a la negligencia de la Fiscalía, fue tan indignante que en el quinto aniversario de los sucesos, en 1987, el ingeniero Miguel Ángel Zambrano

Ochoa, padre de Carlos Alberto Zambrano Mira, el joven chileno muerto en Los Changurriales, bajo el título La Masacre de Cantaura y la Fiscalía General de la República, le envió una carta al entonces presidente Jaime Lusinchi, que transcribimos a continuación:

El 4 de octubre se cumplieron cinco años de la archiconocida “hazaña” del “Gobierno de los pobres” Social Cristiano Copei presidido por el Dr. Luis Herrera Campíns. En aquella fatídica y fría mañana del cuatro de octubre de 1982 (...) se consumó un acto criminal de grandes proporciones que para la mayoría de la gente no podrá ser olvidado jamás. Fue un acontecimiento bochornoso e indignante, siendo noticia en los 5 continentes y que puso en entredicho el Precepto Constitucional que se refiere al derecho a la vida y además se burlaron de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Cuatro aviones de la Fuerza Aérea iniciaron la acción con un bombardeo indiscriminado al sitio donde se encontraban reunidos unos cuantos muchachos idealistas. Se disponían a saborear el aroma del café mientras la espesa sombra de la muerte tendía su manto envolvente sobre el suelo oriental, tomando posiciones de asalto en cerco terrible de exterminio. Simultáneamente, fuerzas terrestres del Batallón de Cazadores, al mando del General José Murga Cabrices, ayudados por comandos de la Disip, PTJ y otros, tendían un enorme cerco de emboscadas con el único fin de ir rematando a los que lograron escapar al siniestro bombardeo.

El resultado del alevoso, insólito e injusto acto criminal es bastante conocido: 23 jóvenes venezolanos muertos. No hubo heridos capturados, no hubo detenidos. Cuando se hizo entrega de los cadáveres a sus familiares y se realizó la exhumación y reconocimiento, se permitió determinar que por lo menos 14 de éstos presentaban tiros de gracia en la nuca o detrás de la oreja. Uno de los cadáveres que presentaba un horrible tiro en la nuca era el de mi hijo, CARLOS ALBERTO ZAMBRANO MIRA, cuyo cadáver fue entregado el 12 de octubre a las 5 de la tarde, después de una escena dantesca que recuerda a las hordas criminales de la época hitleriana.

Los presuntos responsables de esta horrible y repudiable masacre son muy conocidos: El ex presidente Luis Herrera Campíns, los ex ministros Dr. Luciano Valero, el General Vicente Narváez Churión y el Dr. Remberto Uzcátegui. Todos ellos tienen la principal responsabilidad frente a este hecho, perpetrado en violación flagrante de todos los Tratados Internacionales previstos para esa clase de confrontación. Sin embargo, lo más grave del suceso criminal es la violación del artículo 58 de la Constitución Nacional.

El gobierno que presidió el Dr. Luis Herrera Campíns durante los cinco años se empeñó y trató de convencer al mundo de que en nuestro país había un estado de derecho, un régimen de garantías ciudadanas, un sistema democrático respetuoso de los derechos humanos, pero quedó demostrado con la Masacre de Cantaura

que la ficción democrática que vivimos es sólo una cortina de humo detrás de la cual se esconde un régimen injusto, opresivo, represivo y de dominación de una pequeña minoría sobre las amplias capas sociales que conforman el pueblo venezolano.

¿Qué hizo la Fiscalía General de la República ante este acto criminal? Axiomáticamente nada. La Fiscalía General debe velar por la observancia de la Constitución, de las leyes, de los Derechos Humanos y las Garantías Constitucionales de todos los ciudadanos en todo el territorio nacional.

El ex Fiscal General de la República (Dr. Pedro Mantellini González) declaró cerrado el caso Cantaura, y una vez realizadas las diligencias en el sitio del suceso concluye: “El suceso fue un acto de guerra y por lo tanto no hay motivos para continuar la investigación”.

Naturalmente, los fiscales del Ministerio Público fueron al sitio de la masacre varios días después y se limitaron a observar el terreno después que el gobierno lo había hecho limpiar con maquinaria pesada de todo tipo a objeto de borrar las huellas del desastre. Ni siquiera ordenaron practicar una autopsia detallada de las causas que provocaron la muerte de los 25 venezolanos caídos. El médico forense, Dr. Edgar Morillo, certificó la causa de la muerte de mi hijo Carlos Alberto de la siguiente manera: “Estallido de cráneo por disparo de arma de fuego”. Pero no dice que sus piernas estaban destrozadas por bombas y tampoco especifica

el horrendo “tiro de gracia” en la nuca y numerosas balas esparcidas en todo el cuerpo.

La Masacre de Cantaura quedará en la memoria de todos como el crimen fríamente calculado donde se aplicó la técnica del exterminio. El grupo de muchachos y muchachas pudo haber sido capturado por sorpresa y pacíficamente. Pero la intención del gobierno no era esa. Aquí se trató de una masacre contra un grupo de jóvenes venezolanos que estaban técnicamente prisioneros. Era un grupo inerme. Cantaura fue un genocidio político.

Nuevamente solicito encarecidamente al ciudadano Presidente de la República, Dr. Jaime Lusinchi, ordene una exhaustiva investigación imparcial que aclare definitivamente lo sucedido en Cantaura. El señor Presidente tiene facultades legales para ordenar abrir esa investigación.

Como venezolano creyente en la democracia, y como padre de uno de los masacrados, elevo nuevamente mi grito de protesta y de denuncia frente a la impunidad criminal de los cuerpos policiales y la complicidad de instituciones como la Fiscalía General de la República y el Congreso Nacional.

Palabras inanimadas, vacías, irreales para un Gobierno que, como el de Lusinchi, pasó cinco años sibaritas en medio de vapores etílicos. No hubo nunca tiempo para eso; más bien, Lusinchi no mandaba. Como todo el mundo sabe, la que mandaba era Blanca Ibáñez, y fue a

ella, por lo tanto, a quien el ingeniero Zambrano Ochoa debió dirigirle la carta.

Además, esos eran los tiempos del matrimonio morganático entre AD y Copei, así que, como en efecto ocurrió, el Gobierno adeco no iba a ocuparse de una investigación que perjudicara al Gobierno de Copei. ¡Si el de Lusinchi-Ibáñez fue un Gobierno que tuvo sus propias masacres, la de Yumare y la del Amparo!

En esta última fueron asesinados catorce pescadores y nunca se establecieron las responsabilidades de los autores, a pesar de que todos ellos fueron identificados.

Problemas en la Conmemoración de la fecha en Cantaura

Cantaura ha sido escenario de problemas en algunas de las conmemoraciones de la masacre. De una u otra manera los resentimientos han aflorado en los mismos grupos a los que pertenecían los jóvenes fallecidos.

En una ocasión, fueron miembros de Bandera Roja quienes sabotearon el acto porque en el mismo iba a presentarse Gabriel Puerta Aponte a quien consideraban un traidor, en 1994.

Al conmemorarse los doce años de la masacre también se conmemoraban los 27 años de la muerte del Ché Guevara, en octubre de ese año. En el acto que se escenificó, como siempre, en la avenida principal de Cantaura, el personaje central era Francisco Javier Jiménez, el comandante Ruperto. Este se había desmovilizado en mayo de ese año, como queda dicho, y su presentación estaba a cargo de Puerta Aponte.

Una muchedumbre llegada de todas partes del país se había dado cita en la población como todos los años.

Cantaura es un peregrinaje obligado de los sectores de izquierda en el mes de octubre. El primer indicio de que habría problemas se presentó cuando el dirigente de la Liga Socialista, Fernando Soto Rojas, trató de intervenir y los organizadores le negaron el micrófono.

Se dio inicio al acto y se presentó a Puerta Aponte, quien dijo que 27 años antes, cuando murió el Ché, ya ellos estaban incorporados a las guerrillas en Guatopo. La muerte del guerrillero los impactó en la misma medida en que, quince años más tarde, ocurriría con la masacre de Cantaura. Dijo que ellos, a través del MDP, partido fundado para actuar legalmente en las elecciones desde el año anterior, pensaban cambiar las cosas en el país.

De pronto algunos miembros de la organización que insistían en la continuación de la lucha armada trajeron armas mientras gritaban “¡Muerte al traidor!”, y dispararon contra Puerta Aponte.

El comandante Ruperto se lanzó al piso de la tarima, mientras algunos de sus compañeros lo cubrían con sus cuerpos, protegiéndolo; un estudiante del núcleo de la UDO en Cumaná, Antulio Ramos, se lanzó sobre Puerta Aponte para cubrirlo, con tan mala suerte que recibió un disparo en el abdomen y una herida rasante en la cabeza.

De inmediato la confusión reinó en el lugar. La multitud se dispersó con rapidez, unos a la izquierda y otros a la derecha, buscando ponerse a salvo desesperada-

mente porque los del grupo de Puerta Aponte también extrajeron sus armas y en poco tiempo el sitio estuvo a punto de transformarse en un campo de batalla.

En este tipo de actos la policía no intervenía para nada. Una de las condiciones de los organizadores era esa, porque cualquier policía podía ocasionar el fenómeno contrario a la seguridad de la concentración, ya que los autores de la masacre que se conmemoraba habían sido, precisamente, policías.

La policía no se desvivía por eso, tampoco. Si los presentes se mataban entre ellos, pues, mejor que mejor.

De manera que la seguridad de los asistentes al acto estaba todos los años en manos del equipo coordinador, el cual auxilió a Ramos, mientras los agresores huían en un auto Toyota Corolla blanco estacionado a un lado de la tarima, en posición de salida y con el motor encendido.

Puerta Aponte declaró que el jefe del grupo que había disparado, Willman Molina, era un agente de la DIM y añadió que durante los doce años anteriores se habían realizado actos en conmemoración de la fecha y era esta la primera vez que se producía un incidente de ese tipo.

Esa misma noche fue repartido un volante en el que se acusaba a Puerta Aponte de ser responsable de los muertos de Cantaura y del fracaso de la lucha armada. Se le atribuía haber negociado con el gobierno de Herrera Campíns la desmovilización del frente guerri-

llero, y se le condenaba a muerte por fusilamiento en un acto público.

El volante era el mejor indicio de que, bajo la premisa de acabar con la barbarie, los autores del atentado se estaban convirtiendo en bárbaros.

Pero hay que decir que no era verdad lo que había dicho Puerta Aponte en el sentido de que era esa la primera vez que se producían incidentes. Su mismo partido los había protagonizado el primer año en un acto similar. En 1983, miembros de Bandera Roja, todavía en la lucha armada, se negaron a que en el acto hablara José Vicente Rangel, a pesar de que este había sido uno de los más enconados denunciadores de la masacre.

Rangel era candidato presidencial y Alí Primera candidato al Congreso Nacional por un grupo de partidos de izquierda. Los miembros de Bandera Roja, en tanto partidarios de la lucha armada, eran abstencionistas.

Además, Bandera Roja se sentía con derecho a cogerse para ellos el acto como si este fuera una franquicia de la cual tenían la exclusividad y no una concentración anual de profundo sentimiento humano para condenar un genocidio.

La noche en que pretendieron quitarle el micrófono a José Vicente, Alí Primera, quien lo había invitado, protestó la acción anunciando que no cantarían en el acto si se persistía en esa actitud. Los estudiantes de las diferentes universidades del país lo secundaron.

Al final Rangel pudo intervenir, y fue esa noche cuando Alí, cantando a todo pulmón con su recia voz de combatiente, desparramó aquella frase demoledora que es un homenaje a los luchadores dispuestos a dejar el pellejo en el camino de sus creencias y que se ha quedado para siempre en el corazón de los venezolanos de izquierda, “Los que mueren por la vida no pueden llamarse muertos”.

Ya en el 2002, después de que Bandera Roja pasó a formar parte de la oposición al Gobierno de Chávez, no se les permitió a sus dirigentes montar la tarima en Cantaura. A partir de ese momento dejaron de participar en el acto pues, a juicio de los familiares de los 23 guerrilleros, traicionaron los principios por los cuales estos murieron.

“Yo me enfrenté a Gabriel y personalmente lo saqué”, dice José Luis Franco sobre ese día. “No sólo porque por su culpa ocurrió la tragedia sino porque traicionó a sus compañeros, entre ellos a mi hermano”.

Muchos temen que al paso del tiempo, la masacre de Cantaura quede sepultada en el olvido en que permanecen otros casos tanto o más asombrosos.

Algunos de los guerrilleros de los años 60, 70 y 80 han hecho mutis ante los llamados a formar un movimiento que rescate la memoria del país sobre los crímenes cometidos por los Gobiernos de esos años violentos. No quieren hablar de eso. Prefieren olvidar, unos porque, como en el caso de Bandera Roja, han adoptado otra

actitud, y otros porque la vida misma los ha llevado por otros senderos.

Finalmente están aquellos que en la actualidad ocupan buenos cargos y, contrario a lo que les sucedía en la juventud, no quieren meterse en problemas. Pero los hay quienes sí quieren llevar este asunto hasta el final, hasta que quede la evidencia cierta del crimen.

José Vicente Rangel, cuando me instó a escribir este libro, me decía que era necesario abrir investigaciones sobre los crímenes y las desapariciones de esos años, porque Chile, Argentina y Uruguay ya habían desvelado el misterio de los crímenes cometidos por las dictaduras que como la peste asolaron esos países.

“Es necesario –decía José Vicente-- desclasificar los documentos de los cuerpos policiales para saber la verdad. Aquí en Venezuela se produjo el primer desaparecido en tiempos de Leoni. Debemos darle respuesta a todos los familiares; debemos devolverle la memoria al país”.

A instancias suyas, como vicepresidente de la República, fue nombrada una comisión de la Asamblea Nacional para investigar los asesinatos (individuales y colectivos), las torturas y las desapariciones de esos años oscuros. Pero poco se ha hecho. Los distintos presidentes de la comisión no han cumplido con su deber. Sin embargo, la Fiscalía General de la República sí ha abierto una averiguación sobre la operación exterminio de Cantaura. Podríamos em-

pezar por allí. Los asesinos andan sueltos todavía. Y las exhumaciones practicadas recientemente han determinado, fuera de toda duda, que los guerrilleros recibieron tiros de gracia.

También, Zenaida, la madre de Noel Rodríguez, quiere saber antes de morir qué ocurrió con él, a dónde fue llevado cuando desapareció en 1973, en manos de Posada Carriles. “No descansaré en paz si no lo sé”, dice con un dejo de amargura en la voz y el semblante marcado por una profunda tristeza que no la desampara desde que en 1973 el destino le jugó la mala pasada de la pérdida de su primogénito. “He vivido un infierno y Goyo murió con la tristeza de no saber nada de nuestro hijo. Me gustaría llevarle alguna respuesta cuando me toque a mí la llamada del Señor”.

Lo mismo piden los familiares de Luis Alberto Hernández, desaparecido en el año 69, en Aragua de Barcelona. Y los familiares de Alberto Lovera, que todavía no conocen a sus asesinos, también esperan justicia.

Como delitos de lesa humanidad estos casos no prescriben y los familiares quieren escuchar del Gobierno las palabras que debieron haber sido pronunciadas hace tiempo. Palabras como las del presidente Ricardo Lagos, en Chile, después de leer el informe de la comisión que investigó los crímenes de la dictadura de Pinochet: “En nombre del Estado les pido perdón; esto no ocurrirá de nuevo”.

Mientras ese día llega, sería bueno que volvamos a leer las frases de Julius Fucick, el revolucionario checo asesinado por los nazis en Berlín, en 1943:

Sé que seré condenado y que mi vida toca a su fin, pero también sé que hice lo que pude por nuestra victoria. Estoy seguro de que seremos los vencedores. Nosotros morimos pero otros vendrán a continuar la obra. (...) Hemos vivido por la alegría, por la alegría hemos ido al combate y por la alegría morimos. Que la tristeza no sea unida nunca a nuestro nombre.

INDICE

	pág.
Agradecimientos _____	7
No al olvido _____	11
CAPITULO 1. Las guerrillas. Bandera Roja y el Frente Américo Silva _____	17
La Segunda Fuga del San Carlos _____	29
La Fuga de La Pica _____	43
Los antecedentes _____	51
Los enfrentamientos, la delación _____	63
CAPITULO 2. Bombardeados y fusilados	
El escenario del suceso _____	73
El ataque sorpresivo _____	81
Una fiesta transformada en tragedia _____	101
Las secuelas _____	129
CAPITULO 3. La indignación. La lucha por recuperar los cadáveres _____	135
Reacciones y protestas _____	139
La triste reacción de la Fiscalía _____	145

	pág.
El Gobierno se contradice _____	159
La Exhumación de los cadáveres _____	161
Problemas en la Conmemoración de la fecha en Cantaura _____	173

Esta edición de 5.000 ejemplares
se imprimió durante el mes de mayo del año 2013,
en los Talleres de P&P, Producciones Gráficas C.A.
en Caracas República Bolivariana de Venezuela



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



corazón
VENEZOLANO



Alexis Rosas

Periodista, locutor y escritor, nacido en la Isla de Margarita.

Tres veces ganador del Premio Nacional de Periodismo (1981, 1991 y 2006) y dos veces ganador del Premio Municipal de Periodismo en Caracas (1982, 1993).

Ha escrito los siguientes libros: *Yumare, la masacre impune*, *La noche de los generales* (sobre el golpe del 11 de abril), *El terrorista de los Bush* (con Ernesto Villegas), *El rescate del Pilín León* (sobre la huelga petrolera del 2002), *Un policía para un triple crimen-El caso Mamera* (con Sandra Guerrero), *El caso Lorena* (con Beatriz Hernández), *Los últimos pájaros de la tarde*, *El Juicio es de Dios*, *Vida y muerte de Rafael Vidal*, *El asesinato de los hermanos Faddoul*. Por publicar: *El último combate*, *La tragedia del Inca Valero*.

Ha laborado en *Tribuna Popular*, *2001*, *El Nuevo País*, *RCTV*, *VTV*, *Radio Continente*, *Radio Visión* y *Radio Rumbos*.

Fue diputado al Congreso Nacional y gobernador del estado Anzoátegui. Actualmente esta dedicado por completo a la literatura, en Barcelona, donde reside.

**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA**
PROHIBIDA SU VENTA